

**AE**  
COLECCIÓN ACCIÓN FAMILIAR

**MARÍA TERESA LÓPEZ LÓPEZ  
VIVIANA GONZÁLEZ HINCAPIÉ  
ANTONIO JESÚS SÁNCHEZ FUENTES**

# **Personas mayores y solidaridad intergeneracional en la familia**

## **El caso español**



**S**  
ediciones  
cinca

Colección Acción Familiar  
Ediciones Cinca  
N.º 13

# Personas mayores y solidaridad intergeneracional en la familia

El caso español



# Colección Acción Familiar

## Ediciones Cinca

PATROCINA:



PRIMERA EDICIÓN:

Noviembre de 2015

© DE LOS AUTORES

© DE ESTA EDICIÓN:

© Fundación Acción Familiar  
Ediciones Cinca

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en las obras de la Colección Acción Familiar editadas por Ediciones Cinca, S. A., incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, S. A., se identifique con las mismas.

DISEÑO DE COLECCIÓN:

Juan Vidaurre

PRODUCCIÓN EDITORIAL,  
COORDINACIÓN TÉCNICA  
E IMPRESIÓN:

**Grupo editorial Cinca, S. A.**

General Ibáñez Ibero, 5A

28003 Madrid

Tel. 91 553 22 72

[grupoeditorial@edicionescinca.com](mailto:grupoeditorial@edicionescinca.com)

[www.edicionescinca.com](http://www.edicionescinca.com)

DEPÓSITO LEGAL: M-36814-2015

ISBN: 978-84-15305-99-6

# Personas mayores y solidaridad intergeneracional en la familia

El caso español

---

M.<sup>a</sup> Teresa López López  
Viviana González Hincapié  
Antonio Jesús Sánchez Fuentes



Este libro recoge los principales resultados alcanzados en la investigación «Personas mayores y solidaridad intergeneracional en la familia» desarrollada en el programa de trabajo de la Cátedra Extraordinaria de Políticas de Familia AFA-UCM.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
Capítulo 1	
<b>CAMBIOS EN LOS COMPORTAMIENTOS SOCIALES Y EN LAS VARIABLES DEMOGRÁFICAS: INFLUENCIA EN LA SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL EN LAS FAMILIAS .....</b>	<b>17</b>
1.1. Análisis de las principales variables demográficas y económicas que muestran cambios sociales y familiares .....	17
1.1.1. Caída de la fecundidad .....	17
1.1.2. Incremento de la esperanza de vida .....	34
1.2. ¿Estamos ante un declive de la familia como institución? Continuidad de las relaciones intergeneracionales .....	39
1.1.3. Debate en torno a la supuesta crisis de la familia .....	39
1.1.4. Cambios demográficos y verticalización de las relaciones familiares: relevancia de la solidaridad intergeneracional .....	43
Capítulo 2	
<b>RELACIONES INTERGENERACIONALES EN LA FAMILIA .....</b>	<b>47</b>
2.1. Las generaciones en la familia desde una perspectiva relacional .....	47
2.2. Sobre el papel de los abuelos en las relaciones intergeneracionales .....	53
2.2.1. Cambios en el modo de relacionarse abuelos y nietos .....	53
2.2.2. Funciones que desempeñan los abuelos en las relaciones familiares .....	56
2.2.3. Etapas de la relación entre abuelos y nietos desde una perspectiva del ciclo vital .....	59
2.3. Estudio de las relaciones intergeneracionales en la familia .....	64
2.3.1. El paradigma de la solidaridad intergeneracional .....	64
2.3.2. Motivos que están en el origen de las transferencias entre miembros de distintas generaciones en la familia .....	67
2.3.3. Las generaciones en la familia en perspectiva longitudinal o transversal .....	75

Capítulo 3

**ANÁLISIS EMPÍRICO DE LA SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL EN ESPAÑA** ..... 79

3.1. Dimensiones para medir la solidaridad intergeneracional: asociativa, estructural y funcional. Metodología ..... 79

3.2. Bases de datos y estadísticos descriptivos ..... 82

3.3. Resultados del análisis empírico unidimensional de solidaridad intergeneracional en las familias españolas. El papel de las personas mayores ..... 86

3.3.1. Dimensión asociativa ..... 87

3.3.2. Dimensión estructural ..... 101

3.3.3. Dimensión funcional: tareas domésticas, cuidado de niños y ayuda a adultos miembros del hogar ..... 109

3.3.4. Dimensión funcional: transferencias monetarias inter-vivos ..... 123

Capítulo 4

**ELABORACIÓN Y CÁLCULO DEL INDICADOR SINTÉTICO DE SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL (ISSIG). RESULTADOS Y CONCLUSIONES PARA EL CASO DE ESPAÑA** ..... 135

4.1. Construcción y cálculo del ISSIG ..... 135

4.2. Resultados del Indicador Sintético de Solidaridad Intergeneracional-ISSIG ..... 138

4.3. Conclusiones del análisis empírico de la solidaridad intergeneracional en España ..... 144

Capítulo 5

**REFLEXIONES FINALES. LOS MAYORES ¿UNA “CARGA” O PERSONAS QUE SIEMPRE APORTAN “RIQUEZA”?** ..... 151

**BIBLIOGRAFÍA** ..... 163

**RESEÑA DE LOS AUTORES** ..... 169



## INTRODUCCIÓN

Las ciencias sociales y muy especialmente la economía pública, cuando analizan y estudian el crecimiento económico y los efectos sobre el mismo de los cambios sociales, tienen en cuenta —casi exclusivamente— el comportamiento de las que consideran las principales instituciones económicas: el estado y el mercado. Con excesiva frecuencia olvidan la institución primaria e insustituible para la sociedad: la familia, cuyas decisiones y comportamientos, teniendo carácter estrictamente privado, presentan consecuencias públicas. Sin familias fuertes y estables es difícil lograr cohesión social y resulta indispensable para lograr un crecimiento económico sostenido.

La familia presenta dos niveles de actividad aparentemente opuestos: la dimensión privada y la pública. Aún siendo importante diferenciar ambos, las decisiones que se toman en uno y otro ámbito, afectan tanto a la configuración de la sociedad como a la economía e incluso a la propia acción política. De hecho, existe una clara unanimidad en torno al reconocimiento del papel primario que ocupa en tanto que institución básica de la organización social, ya que estamos ante *un elemento natural y fundamental de la sociedad que tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado* (Asamblea General de Naciones Unidas, 1948, art. 16.3 y 25.1) y desempeña *un papel de amortiguador social para garantizar la sostenibilidad y la cohesión social* (Comité Económico y Social Europeo, 2011), así como *para lograr la estabilidad económica y el crecimiento económico sostenido* (Comisión Europea, 2013).

Resulta necesario reconocer que la familia y la economía están irremediablemente unidas, y sus decisiones son interdependientes. Y si los gestores de las políticas públicas buscan alcanzar el bien común, es necesario que ayuden a la familia en el correcto desempeño de sus funciones, que están inevitablemente asociadas a su propia naturaleza y esencia, y de cuyo buen hacer nos beneficiamos todos, empezando por los miembros que la forman.

Entre estas funciones hay tres de especial relevancia: la *función reproductiva*, de *formación de capital humano y social* así como de *enlace entre generaciones*. La familia es el lugar en el que se lleva a cabo la reproducción humana: acogiendo a aquellos que nacen y brindándoles los medios necesarios para afrontar la vida, a la vez que constituye el principal punto de encuentro y enlace entre generaciones. Asimismo, la formación de capital humano —necesario para lograr la máxima eficiencia en el desarrollo de la

actividad económica— tiene su origen innegablemente en ella. Sobre todo en cuanto este capital humano debe ser atendido, cuidado y formado no sólo desde una perspectiva académica y para el desempeño de la propia actividad profesional, sino desde una visión integral de lo que implica ser persona. Y el primer lugar en el que esto ocurre es en la familia.

Pero la familia no es sólo el lugar en el que nacen los hijos, es también el primer y más importante *contexto socioeducativo en el que se transmiten los valores*. Es el primer núcleo de convivencia y durante un período, más o menos largo del ciclo vital, resulta ser el referente más importante para sus miembros. Posee unas características propias y exclusivas, que la convierten en la institución clave e insustituible durante el desarrollo del proceso educativo, especialmente en las primeras etapas de nuestra vida. En ella prima el cariño y el afecto, que es fundamentalmente lo que inicia o bloquea la adquisición de los valores. Es además un espacio con permanente actividad educativa, ya que los padres y madres siempre están educando, incluso cuando están ausentes también lo hacen, ya que sus propios comportamientos y actitudes resultan fundamentales en el proceso educativo de sus hijos. Así pues, podríamos afirmar que los padres y madres no pueden no educar, lo hacen incluso a través de su *no presencia*.

Pero estos valores personales y familiares, que se transmiten de manera diferente por padres o abuelos, y se perciben igualmente de manera distinta en función de que seamos padres o hijos, son también *valores sociales* que ayudan a comprender e interpretar la realidad. Por ello resulta necesario no reducir la familia a un asunto privado, porque es frecuente inducir a la familia a concebirse como un lugar de puros afectos privados, en el sentido de que están eximidos de responsabilidades públicas, y a no ver sus funciones y valores sociales (Donati, 2014). La familia debe ser entendida como un sujeto activo en la construcción de la cultura y de la sociedad, siendo un elemento clave para introducir cambios en ella. En definitiva, la familia desempeña una función de socialización primaria especialmente importante, que le otorga una fuerza y un protagonismo muy especial en los cambios sociales y económicos. Es a través de ella como el individuo adquiere comportamientos relativamente duraderos que le permiten participar en la vida social y contribuir a su desarrollo, lo que la convierte en una institución con un claro papel público. Y esto exige contemplarla teniendo siempre presentes a todos los miembros que la configuran, y por tanto sin excluir a los más débiles, entre los que se encuentran los de mayor edad porque aparentemente ya no son productivos y precisan recursos para su cuidado.

La familia es a su vez el único ámbito que permanece constante como apoyo seguro a lo largo de toda la vida. Incluso en momentos en los que observamos elevadas tasas de divorcio e importantes fracturas entre sus miembros, la familia, en cuanto lugar de enlace entre generaciones, siempre continúa existiendo. Nacemos como hijos o hijas y nunca dejamos de serlo;

también podemos convertirnos en padre o madre y lo seremos siempre (López López, 2008), aunque dejemos de ser esposa o esposo. Pero la posición de cada uno de los miembros de la familia cambia —en relación a su familia de origen— en función del momento del ciclo vital en el que se encuentre, teniendo lugar importantes cambios en las relaciones intrafamiliares a lo largo de la vida. Esto permite explicar, como se realiza en este trabajo, cambios en las formas de manifestación de la solidaridad intergeneracional en dichas familias.

Parece pues necesario insistir en la necesidad de reconocer su valor como principal motor de los cambios sociales, para lo que resulta de especial interés la tesis de Donati (1993) que denomina *teoría relacional*. El autor propone que para comprender adecuadamente el cambio social —y podría añadirse que también el económico e incluso el político— es necesaria una teoría que se oriente al carácter relacional de la sociedad, como realidad *sui generis* hecha de relaciones sociales. La propuesta de ese paradigma relacional implica que el cambio social consiste en la emergencia de realidades sociales cuyo motor son sujetos que están en relación entre sí dentro de un contexto determinado y es innegable que la familia es el principal sujeto, y por tanto el principal motor del mencionado cambio social.

En la búsqueda del equilibrio en el desempeño de sus funciones hay una tercera que cobra especial relevancia en términos económicos, especialmente en época de crisis: la función de solidaridad, a la que se presta especial atención en este estudio.

La solidaridad es uno de los principios básicos de un estado social de derecho, y podría afirmarse que en las sociedades actuales constituye un objetivo prioritario para una buena parte de sus miembros. Pero la solidaridad implica, en primer lugar, que todos se sientan responsables de todos, y por tanto no puede y no debe dejarse sólo en manos del estado. La familia juega un papel clave como red de solidaridad y actúa como una institución imprescindible en la construcción y estabilidad de dicho estado social de derecho y también del estado de bienestar. Entender y aceptar a la familia en tanto que red de solidaridad es determinante para exigir ayuda pública y social para ella y por tanto para justificar la existencia de políticas de familia.

La solidaridad significa la igualdad radical de todos los seres humanos y tiene su origen en los fundamentos de la justicia social que se derivan de dicha igualdad. Algunas personas toman como propias las cargas de otros y se responsabilizan, junto con ellos, de dichas cargas. Lo hacen voluntariamente, y de su decisión no sólo se benefician aquellos que son atendidos, sino la sociedad en general, al asumir situaciones en muchos casos precarias y ayudar a mejorar la calidad de vida de los otros. Sin embargo en muchas ocasiones no se valoran igual todas las formas y expresiones de dicha solida-

ridad. Nos referimos a la solidaridad informal y a la formal. La primera se identifica con los cuidados desempeñados desde la familia mientras que la segunda se refiere a los que se llevan a cabo desde los poderes públicos y desde la sociedad en general a través de instituciones intermedias —organizaciones no gubernamentales, fundaciones, etc.—.

Estamos viviendo momentos de gran desarrollo y visibilidad de ejemplos de solidaridad formal, pero ésta se produce en una sociedad cada vez más individualista, en la que cobran excesiva importancia los resultados inmediatos; materialista, ya que las personas que no son productivas, bien porque son niños, enfermos o personas mayores, se consideran en muchos casos como *obstáculos* para las carreras profesionales de sus cuidadores; e independiente, entendiendo que esa independencia, sobre todo en términos económicos, es un valor a lograr, estimando negativamente la voluntad y la opción de muchas personas de *dependen* de su familia, sin saber que esa dependencia es, por el contrario, un signo de auténtica y verdadera libertad. Pero es en este mismo entorno social en el que tiene lugar el desempeño de la solidaridad informal a través de la familia, que se produce sin necesidad de ninguna organización intermedia, pero que exige comportamientos en todos sus miembros que resultan incompatibles con los rasgos anteriormente descritos.

Resulta pues imprescindible un análisis riguroso de la realidad de las familias, que integre a todos sus miembros, para que a través del conocimiento y visibilización del valor —tanto cualitativo como cuantitativo— de la función de solidaridad que tiene lugar en ellas, la toma de decisiones públicas de apoyo no se lleve a cabo sobre premisas erróneas. Y esto es especialmente importante cuando el análisis se realiza considerando la existencia —en dichas familias— de personas que pertenecen a un colectivo en ocasiones especialmente vulnerable como son las personas mayores. Con excesiva frecuencia son consideradas como una *carga social y económica* para la sociedad y especialmente para los presupuestos públicos. Nada más lejos de la realidad, especialmente cuando se analiza el papel que dicho colectivo desempeña en el ámbito familiar y especialmente en el desarrollo de la función de solidaridad entre generaciones.

Quizá los cambios producidos, especialmente en las últimas décadas, en dos de las principales variables demográficas —caída de la fecundidad y aumento de la esperanza de vida— en las sociedades occidentales, han hecho centrar la atención en el aumento del envejecimiento y sobre envejecimiento de la población, dando lugar a una inversión en la actual pirámide de población en el caso de España, tal como se analiza en el capítulo 1 de este trabajo. El aumento de la esperanza de vida, que debe identificarse como uno de los mayores logros de la civilización, ha estado acompañado de un discurso en el debate público de tonalidades más bien negativas, que apuntan hacia la *insostenibilidad* del sistema de pensiones y consideran

como un auténtico *problema* los cuidados de nuestros mayores. Pero esta valoración es sólo una verdad a medias y el origen de esta limitación está en un análisis parcial de la realidad.

El análisis de esta realidad en España nos permite comprobar que el *Teorema de Thomas* se cumple de una manera clara cuando lo integramos en el análisis de la familia. Dicho teorema afirma que *si los hombres definen ciertas situaciones como reales, éstas serán reales en sus consecuencias*. Es decir, si una realidad se interpreta erróneamente, es seguro que dará lugar a una definición equivocada de los problemas y por tanto llevará a tomar decisiones igualmente erróneas (Zamagni, 2012). Esto es especialmente grave en la valoración que social y en muchas ocasiones políticamente, se realiza de las personas mayores, especialmente cuando dicho análisis lo realizamos desde una perspectiva de familia.

Si sólo consideramos el elevado incremento de la tasa de dependencia —consecuencia del aumento de la esperanza de vida y de la caída de la fecundidad—, y valoramos exclusivamente la necesidad de cuidados que precisan nuestros mayores, estamos olvidándonos que la edad no siempre va vinculada a una incapacidad del mayor para desempeñar determinadas funciones. De hecho en muchos de ellos, aún con una edad elevada, no sólo no necesitan cuidados, sino que ellos mismos son cuidadores, de su pareja, de sus hijos ya adultos, e incluso de los hijos de sus hijos.

¿Por qué entonces el discurso predominante considera a las personas mayores sobre todo como una carga, desconociendo por completo el valor que aportan a nivel social y familiar? La razón que explica este discurso se apoya exclusivamente en una visión parcial y sesgada de la realidad social y del lugar que en ella han ocupado y ocupan las personas mayores. Este trabajo pretende proporcionar una visión más amplia y por tanto más realista de lo que aportan nuestros mayores a la familia y por tanto a la sociedad y a la economía.

Su primer objetivo es avanzar en el estudio de este colectivo desde una perspectiva de familia, que proporcione una visión completa, y no parcial, de cuál es su papel en la sociedad y en la economía en España. Este análisis, que necesariamente conlleva una visión antropológica, también incorpora un sólido y riguroso análisis empírico, cuyos resultados visibilizan claramente que las personas mayores son un pilar fundamental de nuestra estructura social, facilitando el desempeño de la solidaridad como función básica de la familia.

Las mejoras en las políticas sociales, especialmente los avances en la prestación de asistencia sanitaria, no sólo han logrado aumentar la esperanza de vida de las personas, sino que también han mejorado considerablemente su calidad de vida. El desarrollo de numerosos programas públicos de envejecimiento activo, por ejemplo, ha convertido a nuestros mayores en

un colectivo que está aportando a la actividad económica un volumen de riqueza importante, y lo hace, fundamentalmente, a través de la familia.

Sería casi imposible medir en términos estrictamente monetarios esta riqueza, pero sí resulta posible identificar y cuantificar diferentes indicadores que permiten una aproximación al valor de la misma. Y este es el segundo objetivo de esta investigación. Proponer y estimar para el caso de España, un conjunto de indicadores, que a su vez nos han permitido elaborar un indicador sintético, con el fin de aproximarnos a una medida cuantitativa de lo que nuestros mayores aportan a la sociedad a través de sus relaciones familiares.

Esto exige previamente analizar y conocer cómo son las relaciones intergeneracionales que se producen en la familia, y las razones que explican las transferencias de todo tipo —monetarias, cuidados, etc.— en el ámbito de la misma. En definitiva, avanzar en el conocimiento de lo que podemos identificar como la *solidaridad intergeneracional*, en tanto realidad que tiene lugar en las relaciones familiares, que va más allá de la reciprocidad y que convierte a nuestros mayores en actores principales para la estabilidad y cohesión social.

Para ello el trabajo se estructura en cinco capítulos. En el primero se realiza un breve estudio preliminar —con especial atención a la situación de las personas mayores— analizando los principales cambios en los comportamientos sociales y en las variables demográficas, que a su vez ayudan a interpretar los que han tenido lugar durante las últimas décadas en las relaciones intergeneracionales de las familias españolas. Esta descripción nos lleva a plantearnos la pregunta de si estamos ante un declive de la familia. Los resultados que ofrecen algunos estudios pueden hacer dudar de la respuesta, aunque se presentan argumentos que permiten afirmar que aún observándose cambios en su estructura y comportamientos, la familia continúa siendo una institución indispensable para la cohesión y estabilidad social además de para el equilibrio personal.

En el segundo capítulo y con el objetivo de conocer el papel de las personas mayores en la familia, se aborda el estudio de las relaciones intergeneracionales desde una perspectiva de familia. Tras estudiar la configuración de las generaciones desde una perspectiva relacional, se profundiza en algunos elementos que permiten conocer bien cómo son las relaciones intergeneracionales en la familia, centrando nuestro análisis fundamentalmente en la relación que existe entre las dos generaciones que se sitúan en los extremos: abuelos y nietos. ¿Qué cambios se han producido en el significado de la edad y en la forma de relacionarse abuelos y nietos en España? ¿Qué influye en esta relación y cómo cambia a lo largo del ciclo vital? ¿Cuáles son las funciones que desempeñan los abuelos? Habiendo analizado el contenido de las relaciones intergeneracionales, y tras constatar que las necesidades



y capacidades de unos y otros miembros de la familia son distintas de acuerdo al momento del ciclo vital en el que se encuentren, podemos decir que la perspectiva más idónea para analizar los flujos y transferencias existentes entre unas y otras es la de la solidaridad. En el último apartado de este capítulo, se examinan los fundamentos de esta perspectiva a través de un recorrido por las aportaciones de la literatura académica, examinando en profundidad el paradigma de la solidaridad intergeneracional y los motivos que están en el origen de las transferencias.

En el tercer capítulo, partiendo de los fundamentos teóricos desarrollados en los capítulos anteriores, se presentan los resultados del análisis empírico unidimensional. Para afrontar la compleja tarea de cuantificar algunas de las aportaciones que las personas mayores realizan a la solidaridad intergeneracional en la familia, susceptibles de ser medidas en tiempo o en euros, se construyen distintos indicadores que miden la solidaridad intergeneracional desde diferentes dimensiones, mostrando cada uno de ellos un aspecto parcial de la misma.

Pero dado que la observación aislada de cada una de dichas dimensiones no responde plenamente al objetivo de este estudio, esto es, analizar de forma global la realidad del fenómeno de la solidaridad intergeneracional para el caso español, se ha diseñado en el cuarto capítulo un *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional* (ISSIG), que permite extraer conclusiones globales sobre algunos aspectos relevantes del papel que desempeñan las personas mayores en dicha solidaridad. El lector ha de ser consciente no sólo de las limitaciones de las fuentes estadísticas disponibles en España en relación al objeto de estudio, sino también —y sobre todo— de la imposibilidad de cuantificar en toda su amplitud y profundidad la solidaridad intergeneracional que tiene lugar en la familia, y que viene dada por la propia naturaleza de las relaciones familiares. Por tanto, los datos que se recogen en este último capítulo, tan sólo pretenden dejar constancia de una parte de dicha solidaridad, reconociendo así el importante papel que las personas mayores desempeñan en las relaciones intergeneracionales.

En el último capítulo se recogen una serie de reflexiones finales, que plantean —a modo de conclusión— algunos de los puntos más relevantes extraídos de este trabajo, así como algunas propuestas que no pretenden más que arrojar nueva luz sobre las formas de interpretar y de valorar social y familiarmente el papel de las personas mayores en el continuo sucederse de generaciones que constituye el tejido de una sociedad.





## CAPÍTULO 1

### CAMBIOS EN LOS COMPORTAMIENTOS SOCIALES Y EN LAS VARIABLES DEMOGRÁFICAS: INFLUENCIA EN LA SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL EN LAS FAMILIAS

#### **1.1. Análisis de las principales variables demográficas y económicas que muestran cambios sociales y familiares**

Durante las últimas décadas hemos asistido a una serie de cambios profundos en los comportamientos sociales y familiares, que han tenido y tienen importantes consecuencias en la estructura social y composición de la población en España. La fuerte caída de la fecundidad, la reducción de la tasa de nupcialidad, así como el descenso en valores absolutos del número de matrimonios, el aumento de las tasas de rupturas matrimoniales —separaciones y divorcios—, el crecimiento de las parejas de hecho y la cohabitación como fórmulas de convivencia, entre otros, han dado lugar a cambios muy significativos en la composición y dimensión de las familias, lo que a su vez puede incidir de manera directa e indirecta en el desempeño de su función de solidaridad. Estos cambios, unidos al comportamiento de otras variables tales como el incremento de la esperanza de vida, el aumento de las tasas de dependencia y el envejecimiento de la población, entre otras, han introducido importantes transformaciones en la estructura y composición de la población.

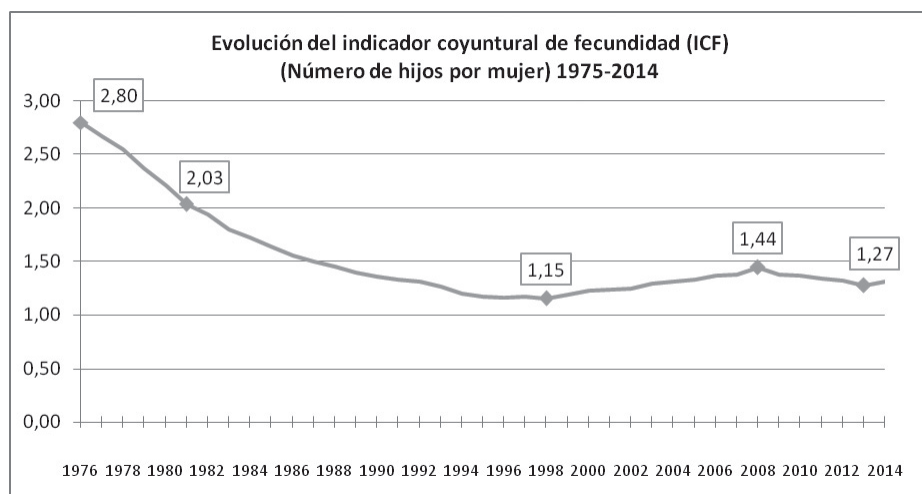
A continuación presentamos un breve análisis de los cambios más relevantes que se han producido en las principales variables demográficas, lo cual nos servirá, a su vez, para entender cómo se han modificado los comportamientos sociales y como consecuencia de ellos, la estructura y composición de las familias, aspectos esenciales para comprender el desempeño de la función de solidaridad que tiene lugar en el interior de ellas.

##### **1.1.1. Caída de la fecundidad**

De todos estos cambios quizá el más significativo y el que tiene y tendrá en el futuro importantes consecuencias económicas y sociales es la notable caída de la fecundidad (gráfico 1.1). Hasta mediados de la década de los setenta, España se encontraba entre el grupo de países occidentales con

mayor número de hijos por mujer —aproximadamente 3—. A partir de 1976 comienza un importante y continuado descenso del número de hijos por mujer, que desde 1981 sitúa el Indicador Coyuntural de Fecundidad (ICF) por debajo del nivel de reemplazo. Este indicador alcanza su mínimo histórico en el año 1998, con un índice de 1,15 hijos por mujer, momento en el que se observa un cambio de tendencia que continúa hasta el año 2008 y que nuevamente se invierte en el último quinquenio hasta situarse en 2013 en tan sólo un 1,27, cifra especialmente reducida que los demógrafos han denominado como de “fecundidad muy baja” (F. Billari & Kohler, 2004). Los últimos datos publicados, correspondientes a 2014, indican un ligero repunte, que habrá que esperar para comprobar si tiene continuidad en el tiempo.

GRÁFICO 1.1



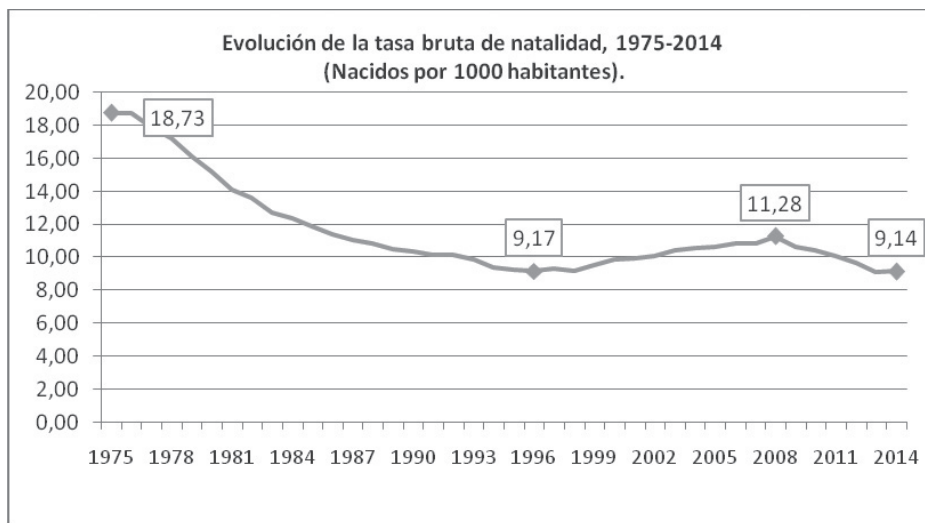
Fuente: Elaboración propia a partir del INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Esta importante caída en el número de hijos por mujer viene acompañada también de un fuerte descenso de la tasa bruta de natalidad —nacidos por 1000 habitantes— que pasa de 18,73 en 1975 a tan sólo 9,11 en 2013. Al igual que en el caso anterior, ésta muestra un ligero crecimiento en 2014, situándose en 9,14 (gráfico 1.2)<sup>1</sup>. Esta disminución de la natalidad puede ser vista

<sup>1</sup> Es necesario tener en cuenta que la inmigración también ha jugado un papel importante en la evolución de la natalidad en España. Las estadísticas indican que hace sólo cinco años, uno de cada cuatro nacidos en España lo era de madre extranjera (20,3% del total de nacidos). Aunque en 2014 esta cifra se ha reducido ligeramente (17,5%), los datos muestran que el número medio de hijos de mujeres extranjeras (1,61) supera el de las españolas (1,26) (INE, Indicadores Demográficos Básicos). Sin embargo, algunos estudios señalan que la contribución de la población inmigrante al Índice Sintético de Fecundidad es más bien moderada, debido en gran parte a

como una clara descapitalización social, con los efectos que esto tiene y tendrá en el futuro sobre el crecimiento económico (Mota & Fantova, 2014)

GRÁFICO 1.2



Fuente: Elaboración propia a partir del INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Pero este cambio en los comportamientos de las mujeres no se ha producido exclusivamente en nuestro país, la totalidad de los estados de la Unión Europea han experimentado comportamientos similares en sus tasas de fecundidad, aunque España e Italia fueron los primeros países que a principios de la década de los noventa caerían por debajo del 1,3.

Pero, ¿a qué se debe esta caída tan pronunciada de la fecundidad en los países desarrollados?. Numerosos estudios han abordado este fenómeno, prestando muchos de ellos especial atención a la reducción tan acentuada que se ha producido en los países del sur de Europa. A la hora de explicar las causas de este comportamiento, se alude a un conjunto de factores tanto macro como micro sociales, que habrían contribuido a generar cambios importantes en el comportamiento de las familias y en las decisiones personales a la hora de tener hijos. Aunque estamos ante una realidad compleja,

---

un descenso progresivo de las tasas de fecundidad de las mujeres extranjeras, que han ido adaptando su comportamiento al de las mujeres autóctonas (cfr. Castro-Martín & Martín-García, 2013). Lo cierto es que más allá de la contribución directa de la población inmigrante a la natalidad en España, se ha producido también una contribución indirecta importante: se trata de los trabajos de cuidado de niños y personas mayores que a cambio de una remuneración desempeñan las mujeres extranjeras, viéndose obligadas, en muchas ocasiones, a dejar a sus propios hijos en sus países de origen.

en la que deben tenerse en cuenta múltiples variables, de carácter muy diverso, las de naturaleza económica aparecen en casi todos los estudios como determinantes para explicar el comportamiento de la fecundidad (Doliger, 2008; Gauthier & Charbonneau, 2002 entre otros). Aunque en menor número, también pueden encontrarse algunos estudios en los que los resultados muestran que dichas variables económicas, en ocasiones, juegan un papel limitado en las explicaciones de las diferencias de fecundidad (López Hernández, Montoro Gurich & Vinuesa Angulo, 2009).

Estamos ante una cuestión de gran trascendencia y complejidad, pues siendo una realidad que en las familias hay un gran número de decisiones que se toman exclusivamente por razones económicas, en la elección del número de hijos, intervienen otras de naturaleza muy diferente, que no deben quedar fuera del análisis. Éstas pueden agruparse en tres tipos (Ibíd.). En primer lugar las variables intermedias de carácter biológico, tales como la duración de la vida fértil, la esterilidad natural, la mortalidad intrauterina, o la añosidad de las madres en el momento de concebir su primer hijo, hecho éste cada vez más frecuente, entre otras. En segundo lugar las variables sociales, tales como la tasa de nupcialidad, la edad al contraer matrimonio, el momento y edad del nacimiento de los hijos y la tasa de divorcios, por poner algún ejemplo. Y por último las variables mixtas, tales como los intervalos entre partos o los períodos de lactancia entre otras.

Aunque el objetivo de este capítulo es únicamente conocer los cambios producidos en los comportamientos sociales que tienen que ver con la familia, para en secciones posteriores analizar sus consecuencias sobre las relaciones familiares especialmente en lo que se refiere a la solidaridad, sí resulta conveniente hacer una breve referencia a algunas de las causas que, según la literatura académica disponible, pueden estar en el origen de algunos de los cambios experimentados en la fecundidad y por tanto en la familia.

De manera muy breve podemos sintetizar en cuatro las principales teorías que ayudan a avanzar en el conocimiento de algunas de las razones que pueden explicar la caída de la fecundidad (McDonald, 2002)<sup>2</sup>:

- a) *Teoría de la elección racional*. Cuando las parejas desean tener un hijo evalúan si las ventajas que se derivan de dicha decisión son superiores a los costes en que se incurre. Si el beneficio neto es positivo, tendrán un hijo, si no optarán por evitarlo. Son muchas las limitaciones que tiene esta teoría, pero el principal problema que presenta este planteamiento es la dificultad de concretar y definir las *ventajas* de la maternidad y paternidad, no sólo las de carácter personal sino y sobre todo las sociales. Podríamos afirmar que resultan imposibles de medir

---

<sup>2</sup> Son muchos los trabajos que analizan estas teorías, utilizándose para la redacción de esta síntesis, fundamentalmente el de McDonald, 2002.

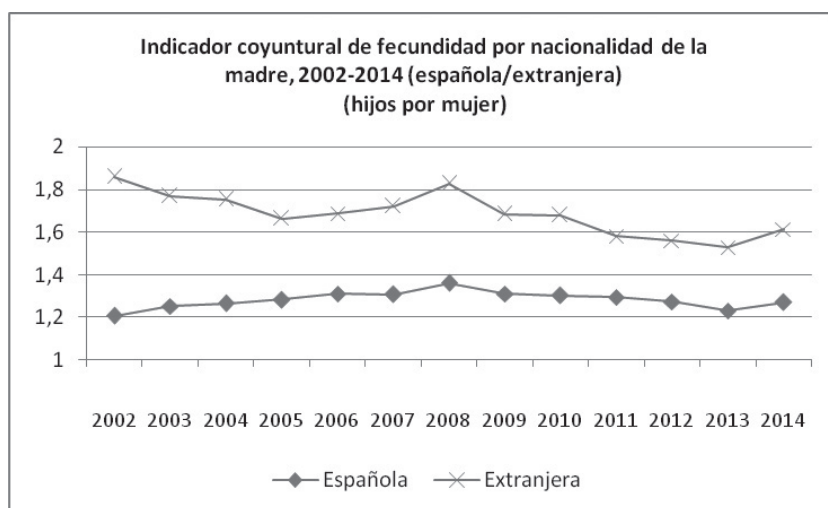
en la práctica en términos estrictamente monetarios porque las *ventajas* de tener hijos deben recoger los aspectos afectivos y psicológicos y por tanto resulta muy difícil —si no imposible— expresarlas en euros. Además, analizando la realidad de las familias, la forma de evaluación de los costes y beneficios de tener hijos, varía mucho de unos individuos a otros, pudiéndonos encontrar incluso que la maternidad y la paternidad son, para muchas parejas, una decisión más de las muchas que tienen lugar en la familia y que se fundamentan exclusivamente en la generosidad, sin esperar nada a cambio.

Sin embargo, aun presentando esta teoría limitaciones importantes, resulta muy útil para identificar algunas de las razones por las que el ICF apenas supera un hijo por mujer en el caso de España. Aunque es creciente el número de parejas que no tienen hijos, el problema no es tanto que la mayoría de las más jóvenes no deseen tenerlos, sino que sólo tienen uno. Es probable que el nivel de los beneficios netos de carácter psicológico y no monetario disminuya a medida que aumenta el rango de nacimientos, o lo que es lo mismo, los mayores beneficios de naturaleza no monetaria se producen con la llegada del primer hijo. Igualmente, parece razonable pensar que estos beneficios disminuyen a medida que la edad de la madre aumenta, lo que nos llevaría a explicar la no llegada del segundo o sucesivos hijos en el caso de España, donde la edad de la primera maternidad supera los 31 años. *Cuanto más aumenta la edad de la maternidad, menor es la probabilidad de tener un nuevo hijo* (McDonald, 2002).

- b) *Teoría de asunción del riesgo*. Aporta una nueva dimensión a la teoría de la elección racional, ya que considera que los costes y las ventajas que se derivan del nacimiento de un nuevo hijo lo son a futuro, y por tanto no pueden apreciarse ni estimarse de manera exacta. La decisión de tener un hijo supone un cambio muy importante en la vida de las personas, y por tanto dependerá de la manera en que la proyecten. Si se sienten inseguros frente a su futuro económico, laboral o afectivo, es probable que no quieran tomar decisiones que impliquen nuevas responsabilidades futuras. Esto supone que son variables en muchas ocasiones externas y de naturaleza laboral y/o económica las que explican las tasas de fecundidad tan bajas. Esta teoría también permitiría explicar, al menos en parte, la caída en el número de nacimientos como consecuencia del crecimiento de otras formas de convivencia, distintas del matrimonio, en las que el compromiso que se adquiere es menor y puede romperse con la máxima facilidad.
- c) *Teoría de los valores post-materialistas*, asociada a la segunda transición demográfica. Afirma que los cambios en los comportamientos sociales y demográficos tienen su origen en el aumento de valores de éxito individual, de satisfacción de los logros estrictamente personales, del

excesivo liberalismo, y en la pérdida de valores de naturaleza moral, ética e incluso espiritual. Sin embargo las cifras no parecen corroborar siempre esta teoría, al menos tal y como está formulada, ya que la fecundidad es, en muchas ocasiones, más elevada en las sociedades más liberales y más reducida en las más tradicionales. Ahora bien, lo que es una realidad es que el escaso valor que en algunas sociedades se da a la maternidad frente al éxito profesional, por ejemplo, lleva consigo unos comportamientos empresariales, sociales e incluso personales, en los que el tener hijos implica asumir unos costes de oportunidad muy elevados. En cierta medida muchas mujeres se ven empujadas a optar por un trabajo remunerado, relegando la posibilidad de tener un hijo, porque ni la sociedad, ni el estado, ni la empresa lo valoran, y por tanto no dan facilidades para ello.

GRÁFICO 1.3



Fuente: Elaboración propia a partir del INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Quizá, uniendo algunos de los argumentos de estas dos últimas teorías, podríamos afirmar que la *cultura social*, concretamente el escaso valor social y económico de la maternidad, y por tanto su elevado coste (directo, indirecto y de oportunidad), es un importante determinante a la hora de tener hijos. De hecho si se observa el ICF de las mujeres extranjeras residentes en España sorprende comprobar la brecha existente en relación a las españolas, siendo dicho ICF mucho más reducido para estas últimas (gráfico 1.3). Es por tanto obvio que estos datos pueden hacernos pensar que detrás de la decisión de ser madres no hay sólo una cuestión económica o laboral, sino que es igualmente determinante el componente cultural y por tanto

de valores y costumbres. Asimismo esta decisión viene condicionada por cuestiones tales como el exceso de individualismo, la facilidad de acceso y una cierta banalización social de los métodos anticonceptivos y del aborto, o en ocasiones por una mal entendida igualdad entre hombres y mujeres, que en la búsqueda de una identidad de los comportamientos, desconoce las diferencias concretas que genera la maternidad y la paternidad.

- d) *Teoría de la igualdad de sexos*. El profesor McDonald (2002) afirma, al referirse a esta teoría, que la fecundidad disminuye de un nivel elevado a uno moderado cuando *aumenta la igualdad entre los sexos en el seno de la familia*. Esta afirmación resulta fácilmente comprensible si se entiende que este avance en materia de igualdad permite a la mujer comenzar a tener capacidad de decisión en la esfera familiar, especialmente en materia de fecundidad, pero a la vez la hace responsable a ella, casi exclusivamente, a la hora de decidir el número de hijos. Quizá, ese descenso de la fecundidad a que se alude, basado en la *igualdad de sexos*, se pueda explicar más que por la igualdad en términos de derechos, por la identidad en los comportamientos. Es evidente que el reparto del trabajo en la casa debe estar equilibrado entre hombres y mujeres, pero eso sólo no es suficiente para lograr una verdadera igualdad. Las condiciones sociales —nula valoración del trabajo no remunerado que se lleva a cabo en la familia, etc.— y laborales —especialmente la irracionalidad de los horarios laborales, en particular en el caso español—, conllevan mayores dificultades de conciliación, y es evidente que esto incide en la decisión de tener hijos. En familias con un reparto equilibrado de las tareas, las posibilidades de gestionar los cuidados de los menores y las tareas domésticas son mayores y por tanto es esta idea de igualdad la que puede facilitar la decisión de tener hijos. Pero en función del momento del ciclo vital de cada familia, de las necesidades de cuidados que ésta exija, de las posibilidades económicas y de otras muchas variables, el hecho de tener hijos, aun deseando tenerlos, puede resultar imposible.

Estas y otras razones que tratan de explicar desde un planteamiento teórico una realidad tan compleja, como es la elección de la maternidad y paternidad en las parejas jóvenes, es necesario situarlas también en el contexto concreto de la realidad económica y social de España. Nuestro actual modelo económico podríamos definirlo como una *nueva economía de mercado*, entendiendo como tal una sociedad caracterizada por un exceso de materialización y en la que las familias con demasiada frecuencia, toman sus principales decisiones en función, casi exclusivamente, de su capacidad de consumo. Los hijos aparecen en muchas ocasiones, como nuevos *bienes* que entran en competición con la compra de la vivienda, las vacaciones o lo que resulta más difícil de aceptar, la permanencia de la madre en su puesto de



trabajo. Estamos ante una realidad social en la que la obtención de beneficios a corto plazo prima sobre las inversiones a largo y en la que el altruismo resulta difícil de comprender porque no proporciona beneficios económicos directos e inmediatos.

En esta *nueva economía de mercado* no resulta fácil para una misma persona ser coherente y compatibilizar su comportamiento como trabajador con el de madre o padre de familia. El primero le exige ser en muchas ocasiones excesivamente competitivo<sup>3</sup>, individualista, con horarios laborales interminables; y el segundo le pide desarrollar a la vez un comportamiento generoso, gratuito y solidario en el ámbito de la familia, teniendo hijos y asumiendo en solitario todos los costes de esta decisión y repartiendo con la sociedad y con las generaciones futuras los beneficios que se derivan de la misma. En definitiva, las ventajas que se obtienen del funcionamiento del mercado e incluso en algunos casos del propio Estado, podríamos pensar que son inversamente proporcionales al número de hijos. Esto implica que para lograr un aumento de la tasa de fecundidad es necesario un nuevo contrato social que permita progresar y humanizar la economía de mercado y que ofrezca justas recompensas a aquellos que dedican una parte importante de su vida a desempeñar la función de permitir el enlace entre generaciones. Igualmente ese nuevo contrato social debería tener muy presente el papel de solidaridad intergeneracional que se ejerce a través de la familia y que sólo será posible si éstas disponen de las mejores condiciones para ofrecer a la sociedad un número de hijos que, al menos, permita alcanzar la tasa de reposición de la población.

Tras este breve recorrido de las principales razones que la literatura identifica como posibles causas del descenso de la fecundidad, en las páginas que siguen se analizan algunas de las variables que pueden ayudar, al menos en parte, a explicar dicha caída en el caso de España.

#### a) *Aplazamiento de la maternidad*

En primer lugar, y como ya se ha señalado, en el importante aplazamiento de la maternidad en España encontramos, al menos en parte, la causa de

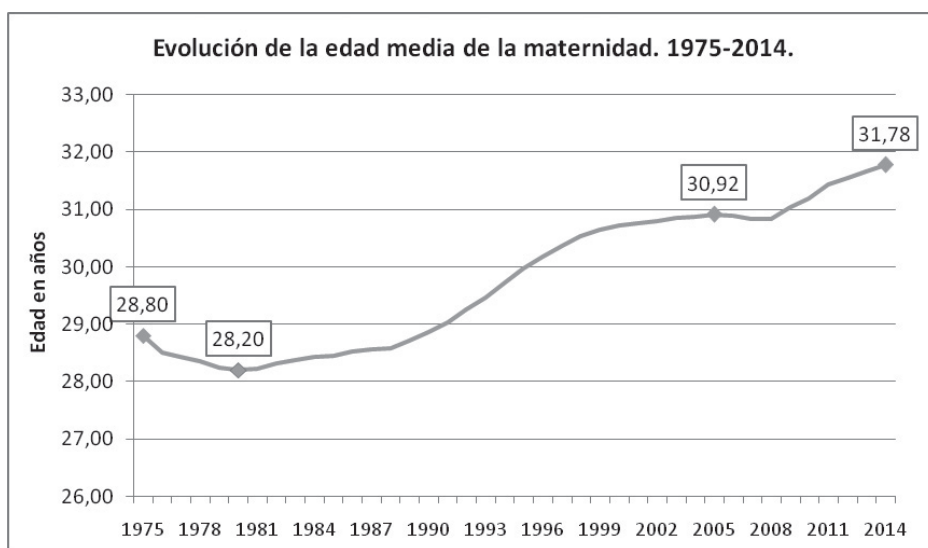
---

<sup>3</sup> “Ser competitivo” es distinto de “ser competente”: mientras el primer término alude a la capacidad de competir con otros que aspiran a un mismo objetivo o a la superioridad en algo, el segundo califica a quienes tienen las cualidades o conocimientos adecuados para hacer un trabajo o desempeñar una función. Si bien en algunos ámbitos económicos puede resultar positiva una cierta dosis de competitividad como estímulo para alcanzar mejores resultados, un exceso de competitividad individual al interior de una organización puede ser perjudicial para las relaciones laborales y de cooperación. A diferencia de esto, ser competente profesionalmente es una necesidad en la sociedad actual, e incluso se podría afirmar que es un valor a desarrollar por cualquier trabajador.



dicha caída de la fecundidad. La edad media a la maternidad del primer hijo ha pasado de 28,8 años en 1975 a 31,78 años en 2014 (gráfico 1.4). Los avances en la educación de la mujer y su mayor participación en el mercado laboral, así como la escasa valoración social de la maternidad, han contribuido a dicho aplazamiento, en la medida que el coste de oportunidad de ser madre es muy elevado, y las dificultades para conciliar la vida familiar y profesional en ocasiones resultan insalvables.

GRÁFICO 1.4



Fuente: Elaboración propia a partir del INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Las mujeres no sólo estudian más años, sino que antes de ser madres, buscan consolidar su situación profesional, pues en numerosas ocasiones la maternidad puede resultar irreconciliable con unos horarios de trabajo poco racionales. Pero también será difícilmente compatible con una cultura laboral que por lo general penaliza cualquier decisión a favor de la familia (como la reducción de jornada, utilización de permisos por paternidad y maternidad, entre otros), tanto en hombres como en mujeres<sup>4</sup>.

Los resultados de un reciente estudio del CIS (2015) indican que el 83,8% de los entrevistados afirma que tener hijos es para ellos muy o bas-

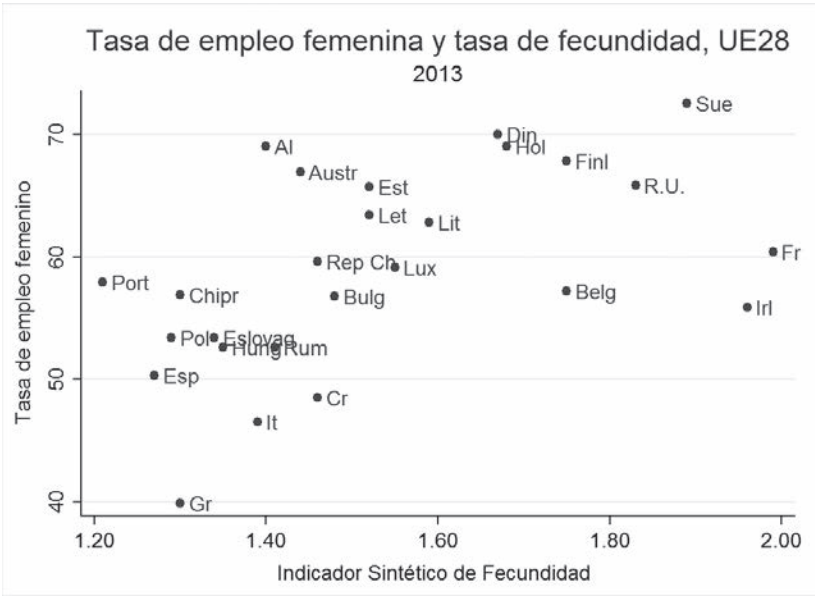
<sup>4</sup> A este respecto puede verse el trabajo de López López & González Hincapié (2015) sobre la distinta posición de hombres y mujeres en el mercado de trabajo, desde una perspectiva de familia, que pone de manifiesto que las principales diferencias tienen su origen en la situación familiar, especialmente el estado civil —soltero/casado— y el número de hijos. También puede consultarse López López, MT y Gómez de la Torre (2011).

tante importante. Pero esa importancia que las familias dan a los hijos se produce en una situación económica y social muy especial y con un funcionamiento del mercado de trabajo poco favorable a ellas. Esta afirmación se ratifica por los resultados de otro estudio, elaborado igualmente por el CIS, en el que el 48,8% de los entrevistados afirmaba estar de acuerdo con que tener hijos reducía las oportunidades de trabajo y progresión profesional de uno de los padres o ambos (CIS, 2012). Es evidente que las dificultades para acceder y permanecer en el mercado de trabajo, especialmente en el caso de las mujeres, les lleva a tomar decisiones a la hora de decidir el momento de tenerlos. Por ello llegan a ser madres a edades cada vez más tardías, en las que la fertilidad disminuye rápidamente, y en las que los embarazos tienen una mayor probabilidad de acarrear consecuencias negativas tanto para la salud de la madre como del recién nacido.

Pero esto no quiere decir que exista una causalidad directa entre mayores tasas de empleo femenino y menores tasas de fecundidad. Analizando los datos (gráfico 1.5.) no resulta fácil extraer de ellos conclusiones claras sobre la relación entre la tasa de empleo femenina y la tasa de fecundidad, ya que no muestran un patrón de comportamiento homogéneo. De hecho son muchos los estudios que han analizado esta relación, poniendo algunos de manifiesto que la tradicional relación negativa entre participación femenina en el mercado laboral y nivel de fecundidad, ha pasado a ser positiva desde mediados de los años ochenta (Ahn & Mira, 2002). Sin embargo, otros estudios que analizan el comportamiento de ambas tasas —empleo y fecundidad— en realidades de países concretos, han encontrado resultados diferentes: si en el norte de Europa el empleo femenino podría tener un impacto positivo en la fecundidad, en el sur del continente éste sería negativo (Baizán, 2005) aunque si replicáramos este estudio para 2013, es seguro que estos resultados no serían los mismos, ya que la realidad económica, social y el funcionamiento del mercado de trabajo han variado de manera significativa.

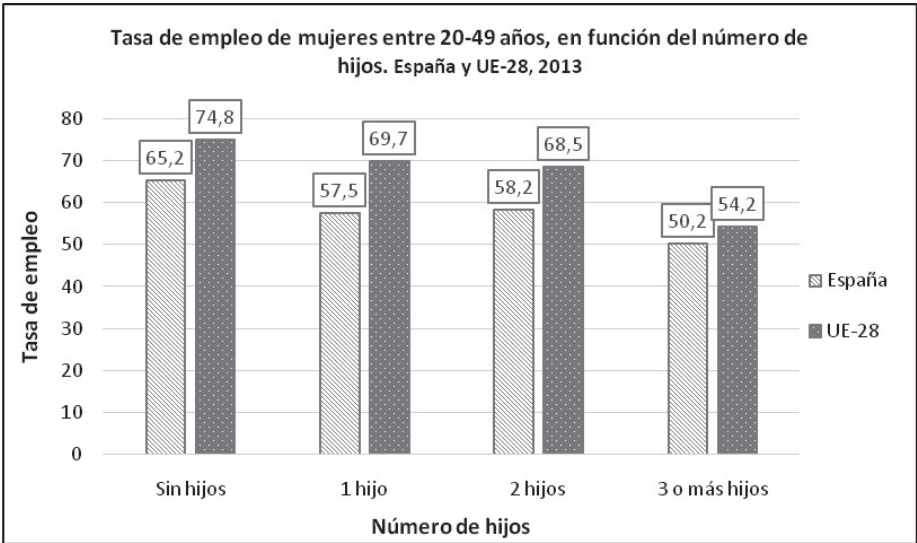
Lo que sí es fácilmente constatable es que las tasas de empleo femenino en España siguen siendo inferiores a las de la mayoría de países europeos, ocupando el puesto 24 de los 28 países de la Unión Europea, salvo en las cohortes de edad más jóvenes que presentan niveles comparables. A pesar de ello, algunos de estos países tienen tasas de fecundidad comparativamente superiores a las españolas, ocupando España el penúltimo puesto, sólo por delante de Portugal, que presenta la tasa de fecundidad más baja de toda la Unión (con un ICF de 1,21 hijos por mujer). Por tanto es claro que existen otros factores que estarían incidiendo en la relación entre empleo femenino y tasa de fecundidad, como por ejemplo los horarios de trabajo, la flexibilidad horaria y las características del puesto de trabajo, tal y como lo ponen de manifiesto otros estudios (Castro-Martín & Martín-García, 2013).

GRÁFICO 1.5



Fuente: Elaboración propia a partir de Eurostat (2015).

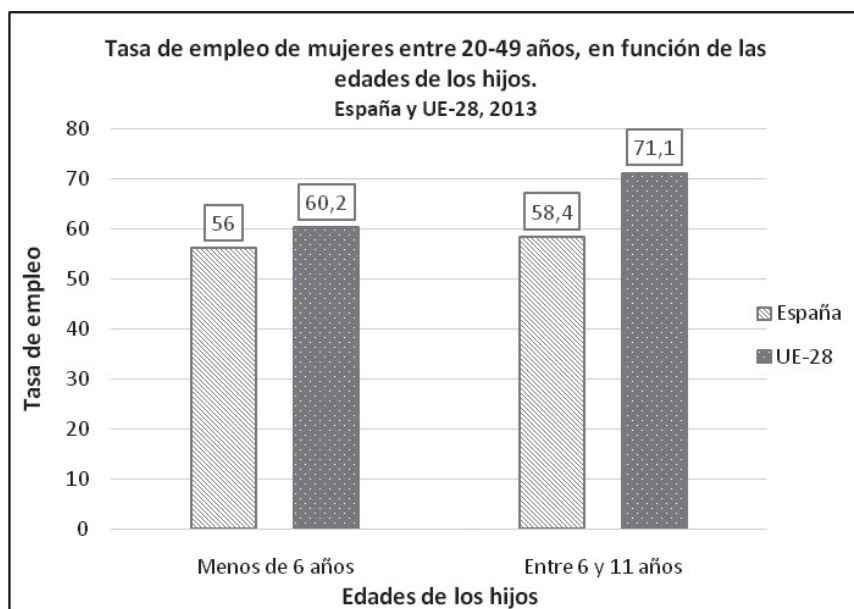
GRÁFICO 1.6



Fuente: Elaboración propia a partir de Eurostat (2015).

Pero los datos de la UE (gráfico 1.6) indican que en términos de media la tasa de empleo de las mujeres en edad fértil (20-49 años) es casi 20 puntos superior cuando éstas no tienen hijos que cuando tienen 3 o más hijos. En el caso de España esta diferencia es menor, de 15 puntos. Sin embargo en todos los casos la tasa de empleo de las mujeres está por debajo de la media de la UE 28, reduciéndose considerablemente dicha diferencia en el caso de madres con hijos en edades inferiores a 6 años y acentuándose de nuevo cuando éstos se sitúan en edades entre 6 y 11 años.

GRÁFICO 1.7

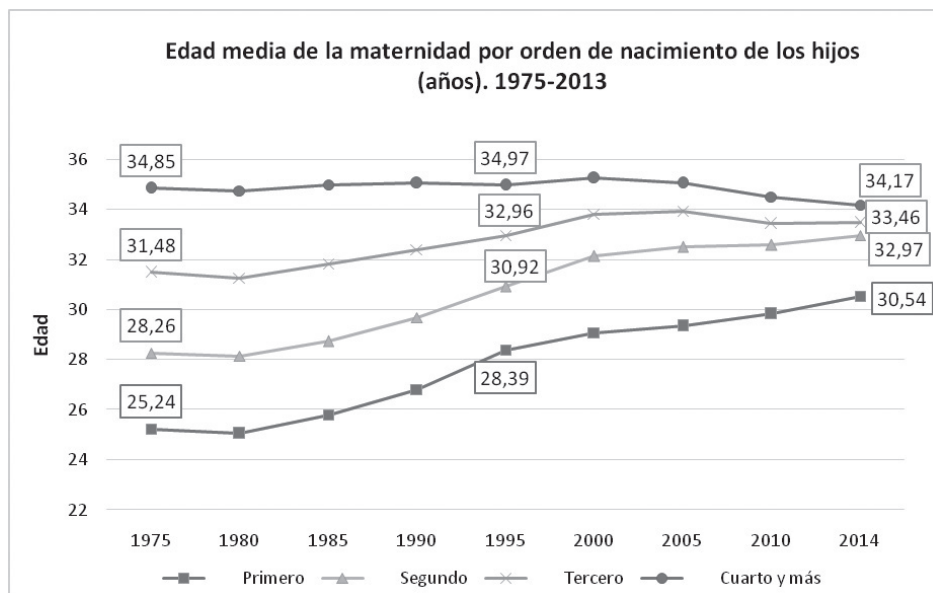


Fuente: Elaboración propia a partir de Eurostat (2015).

Este aplazamiento de la maternidad que ha sido generalizado, muestra pocas diferencias atendiendo al nivel educativo, contrario a lo que ocurre en otros países (Reino Unido o Estados Unidos, por ejemplo) en los que existen diferencias acusadas en la edad a la que se tiene el primer hijo en función del nivel educativo de la madre. Una de las peculiaridades del caso español es que el retraso de la maternidad no se compensa a edades más avanzadas, como sí sucede en países como Francia, Países Bajos o Suecia. A pesar de que en estos países la edad media a la que las mujeres tienen el primer hijo es muy similar a la de España (alrededor de los 30 años), la tasa de fecundidad final termina siendo comparativamente mayor, gracias a la recuperación posterior. Esto pone de manifiesto que si bien a nivel individual el aplazamiento de la maternidad estaría asociado a un número final menor de hijos, a nivel agregado, dicho aplazamiento no siempre se traduce

en una tasa de fecundidad muy baja, variando en función de la compensación de la maternidad a edades más avanzadas (Castro-Martín & Martín-García, 2013).

GRÁFICO 1.8.



Fuente. Elaboración propia a partir de INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Ahora bien, no sólo el funcionamiento del mercado de trabajo o los niveles de educación son variables a tener en cuenta a la hora de explicar algunas razones del retraso en la edad de la maternidad. Existen otras que también deben ser consideradas como por ejemplo el retraso generalizado de la formación de familias. Algunos estudios han encontrado evidencia de que éste es uno de los factores que más ha influido en la caída de la fecundidad (F. C. Billari, Kohler, Andersson, & Lundström, 2007). Se trata de uno de los rasgos de la transición tardía de los jóvenes a la vida adulta, típico de las sociedades del sur de Europa (Buchmann & Kriesi, 2011), y en el que influyen aspectos como la elevada tasa de paro juvenil —que en 2013 ascendía en España a 41,1 % para los jóvenes entre 20 y 29 años, según la EPA—, las dificultades de encontrar un trabajo estable —con una tasa de temporalidad superior al 60% para los trabajadores de 20 a 24 años, y superior al 40% para los trabajadores entre 25 y 29 años (EPA, 2013) (López López & González Hincapié, 2015) y la escasez de viviendas asequibles. En definitiva, uno de los motivos principales que puede desalentar la formación de familias en España es la inseguridad laboral y de ingresos (De la Rica & Iza, 2005).

*b) Bajo índice de progresión del primero al segundo y tercer hijo: extensión del modelo de hijo único*

Otra de las especificidades del caso español en relación a la baja tasa de fecundidad, es que ésta no se explica por la incidencia de la infecundidad definitiva, sino por los bajos índices de progresión del primero al segundo y tercer hijo. Es decir, la caída en el número medio de hijos en España no se debe a un incremento del número de mujeres que no tienen hijos, sino a la reducción del número de hijos por mujer. La progresión a tener el primer hijo se mantiene relativamente alta, mientras que la progresión al segundo y tercero ha disminuido su frecuencia. Así, cada vez más familias españolas, a diferencia de las suecas, holandesas y francesas, se quedan solamente con un hijo, cuando el número “ideal” declarado en España es mayoritariamente de dos (de acuerdo a la citada encuesta del CIS, 2012).

Sin embargo, este alejamiento de la natalidad real y de las preferencias declaradas no es exclusivo del caso español. Así, los datos del Eurobarómetro de 2011 sobre Fertilidad y Cambio Social (Comisión Europea, 2011) muestran que aproximadamente la mitad de los europeos tienen menos hijos de los que habrían deseado tener, lo que se acentúa aún más, si se tiene en cuenta que el número previsto de hijos de las mujeres y los hombres españoles se encuentra por debajo del nivel de reemplazo (1,9) (Castro-Martín & Martín-García, 2013).

A lo anterior conviene apuntar que si bien se ha producido un aumento moderado de la infecundidad definitiva en las generaciones recientes, el porcentaje de mujeres españolas que no han tenido hijos al final de su ciclo reproductivo (13% de las mujeres nacidas en 1965) es muy inferior al de las inglesas o austríacas (cuya tasa llega al 20%) (Ibíd.).

*c) Cambios en las fórmulas de convivencia: baja nupcialidad y aumento de la cohabitación*

Pero el aumento de la edad de la maternidad no es la única variable que puede explicar, al menos en parte, este fuerte descenso de la fecundidad. También los cambios en las fórmulas de convivencia pueden tener algo que ver. Así, otro de los cambios en los comportamientos sociales que se ha registrado en España desde la década de los ochenta, es el descenso de las tasas de nupcialidad, que ha venido acompañado del aumento de las tasas de cohabitación, aunque el matrimonio sigue siendo la fórmula de convivencia más utilizada. Algunos estudios han explorado las diferencias entre la estabilidad de las parejas casadas, de hecho o que cohabitan<sup>5</sup>, referidos a

---

<sup>5</sup> Creighton, Esping-Andersen, Rutigliano, & Van Damme (2013) basándose en datos de la *Generations and Gender Survey 2007/08* para Alemania, Italia, Austria y Noruega, y en la *Encuesta de Fertilidad y Familia 2006* para España.

algunos países europeos, entre ellos a España. Concretamente en uno de ellos (Creighton et al., 2013) se hace un seguimiento de parejas casadas y cohabitantes durante 15 años (180 meses), concluyendo que las parejas casadas tienen un mayor índice de supervivencia en todos los países. Esto mostraría que el matrimonio sería claramente más estable que la cohabitación, aunque existen diferencias significativas entre países, en lo que a las rupturas de las parejas de hecho se refiere: mientras que en Alemania, Austria y Noruega, transcurridos los quince años casi el 65% de las uniones de hecho se habían disuelto, en España lo habían hecho el 25%, lo que significa que en nuestro país se observa una mayor estabilidad de esta fórmula de convivencia.

Sin embargo, donde sí se observan diferencias importantes entre ambos tipos de convivencia —parejas de hecho y casadas—, es en relación al comportamiento de la fecundidad (Gauthier & Charbonneau, 2002). Los resultados del citado estudio ponen de manifiesto que las parejas casadas tienen una mayor probabilidad de tener un primer hijo durante los cinco primeros años de la relación<sup>6</sup>, patrón de comportamiento que se produce claramente en España. Sin embargo es en la transición del primer al segundo hijo cuando se observan las mayores diferencias. Salvo Noruega —donde la tendencia generalizada es menos pronunciada—, los resultados muestran que muy pocas mujeres que cohabitan tienen un segundo hijo en el período de tiempo analizado. Las mujeres casadas, por tanto, tienen una mayor probabilidad que las cohabitantes de ser madres por segunda vez. Esto podría estar indicando que si la probabilidad de tener un sólo hijo es más elevada en las parejas de hecho que en las casadas, el descenso del número de matrimonios y el aumento considerable de las parejas de hecho en la sociedad española podría explicar, al menos en parte, la reducción de la fecundidad.

Pero esto ha de ser matizado por el hecho de que una gran parte de uniones de hecho se transforman en matrimonio tras la llegada del primer hijo, sobre todo en los casos en los que la mujer no tenía hijos previamente. Evidencia reciente para el caso español apunta que en este tipo de uniones de hecho, una concepción o un nacimiento casi duplica la probabilidad de transición de la cohabitación al matrimonio (García-Pereiro, Pace, & Carella, 2015). Esto puede explicarse, al menos parcialmente, debido a que en España —a pesar de la creciente proporción de nacimientos ocurridos fuera del matrimonio— la prevalencia de los modelos institucionales de nupcialidad y fecundidad todavía están muy relacionados al matrimonio, al ser considerado como el entorno más adecuado para la crianza de los hijos.

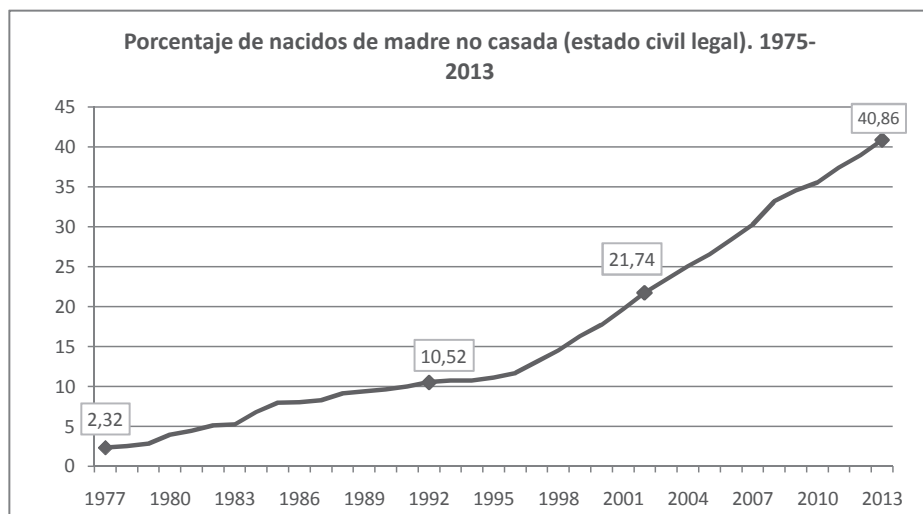
---

<sup>6</sup> En el estudio citado se analizan los comportamientos de parejas desde 24 meses después de la primera concepción, haciendo un seguimiento durante 5 años.



Lo cierto es que en los últimos 20 años hemos asistido a un incremento significativo del porcentaje de nacidos de madre no casada: mientras a principios de los años 90 uno de cada diez nacidos lo era de madre no casada, en 2013 esta cifra se eleva a cuatro de cada diez (gráfico 1.9). Aunque los datos disponibles no nos permiten distinguir la parte de estos nacimientos que corresponde a uniones de hecho de aquella en la que la madre se encuentra sola, es muy probable que un porcentaje considerable de los mismos se dé en situaciones de cohabitación, en las que, tal y como hemos visto, existe una probabilidad menor de tener un segundo hijo, a la vez que la llegada del primero eleva la probabilidad de transitar al matrimonio.

GRÁFICO 1.9



Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

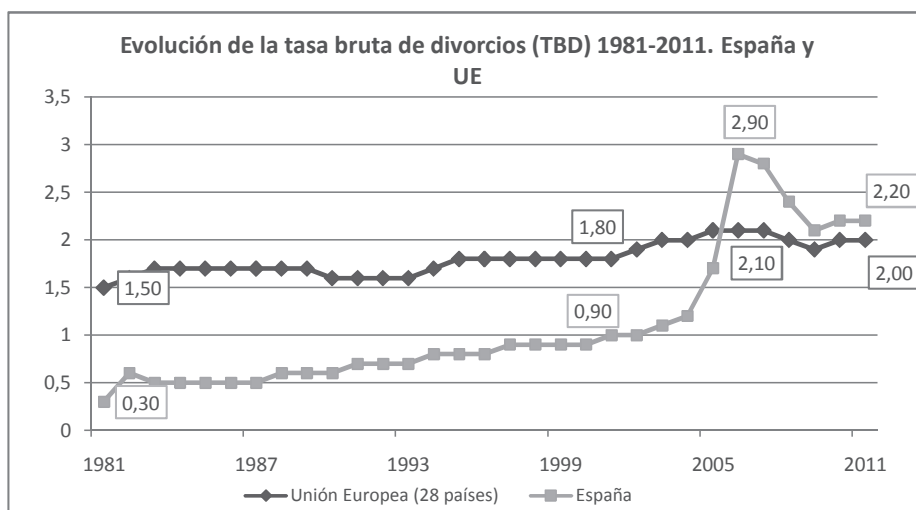
#### d) *Mayor inestabilidad en las uniones: aumento de las tasas de divorcio*

Otra variable a tener en cuenta a la hora de analizar el descenso en el número de hijos es la mayor inestabilidad en el matrimonio, que podemos medir a través del aumento de las tasas de divorcio. El análisis de los datos nos muestra que la tasa de divorcio en España mantiene, desde su legalización en 1981, una tendencia creciente, presentando un importante aumento desde 2005, año en que se modifica el Código Civil y la Ley de Enjuiciamiento Civil en materia de separación y divorcio mediante la Ley 15/2005, no exigiendo, como ocurría hasta ese momento, la separación previa de los cónyuges y permitiendo lo que se ha dado en denominar un *divorcio express*. No puede olvidarse que los sistemas legales ejercen un efecto



importante en las rupturas matrimoniales. A este respecto, Alberdi afirma refiriéndose a España, que “los efectos de una ley tolerante son innegables. El comportamiento divorcista se hace menos costoso, la valoración social del divorcio se hace más tolerante y ello afecta a las decisiones individuales del divorcio; las representaciones colectivas sobre el matrimonio cambian debido a las referencias legales y aunque estos efectos simbólicos de las leyes van unidos a cambios culturales más amplios es interesante contrastar su influjo” (cit. por Pastor Ramos, 1997). De hecho y hasta ese momento, la tasa bruta de divorcios en España se había mantenido en los niveles más bajos de la Unión Europea, junto a Italia, pero la citada reforma la eleva por encima de la de países como Austria y Noruega. Si bien no se han publicado muchos estudios que aborden el impacto de la tasa de divorcio en la fecundidad, Creighton et al. (2013) encuentran evidencia de que las parejas con un mayor riesgo de divorcio tienen una probabilidad menor de llegar a ser padres. Para el caso de España, observan en su modelo estadístico que el riesgo de divorcio estimado tiene un efecto significativo en una menor probabilidad de tener un primer hijo. A su vez, el aumento en la tasa de divorcios también ha traído aparejado un incremento en el número de familias monoparentales, la mayoría de las cuales se encuentran encabezadas por mujeres, con el aumento de la tasa de riesgo de pobreza que esta situación conlleva.

GRÁFICO 1.10



Fuente: Elaboración propia a partir de Eurostat (2015).

Nota: Tasa bruta de divorcios: proporción entre el número total de divorcios durante un año, con respecto a la población promedio en ese mismo período de tiempo. El valor se expresa por 1000 habitantes.

e) *Cambios culturales: pérdida del valor social de los trabajos de cuidado y dedicación a la familia*

Además de los cambios hasta aquí descritos han tenido lugar otros, de carácter eminentemente cultural, que condicionan los comportamientos de las personas, y que se concretan en la pérdida del valor social de los trabajos de cuidado y dedicación a la familia que se llevan a cabo en los hogares, ya sea tanto por parte de hombres como de mujeres. Estamos en una sociedad en la que sólo se reconoce y valora a una persona por el trabajo remunerado y por sus logros en el ámbito profesional, relegándose a un segundo o tercer plano la dedicación a la familia como parte del proyecto de vida personal. El valor del trabajo se identifica con la hegemonía de la relación salarial y se considera que cuando dicho trabajo no es remunerado y además no genera valores materiales, no es productivo. O lo que es lo mismo, el trabajo no se identifica con la creación de riqueza si ésta no es inmediata y material. Por tanto, esto implica que el trabajo y el esfuerzo realizado en el ámbito de la familia, el tiempo dedicado a los hijos o al cuidado de mayores, por ejemplo, sean vistos como trabajos improductivos y por tanto sin ningún valor social. Sin embargo, cuando ese “trabajo” no se lleva a cabo —no se tienen hijos, no se cuida a los mayores, etc.— la sociedad se resiente y la economía se tambalea.

Como muestra de esta pérdida de valor social de la dedicación a la familia, el 43,5% de los encuestados en el estudio del CIS citado (2012) afirmaba estar en desacuerdo con la idea de que tener hijos mejoraba el prestigio social de la gente en la sociedad. Lo cierto es que este estado de opinión generalizado ha influido en la mentalidad y decisiones de las personas —tanto hombres como mujeres—, optando muchos de ellos por priorizar la carrera profesional y postergar su proyecto de vida familiar.

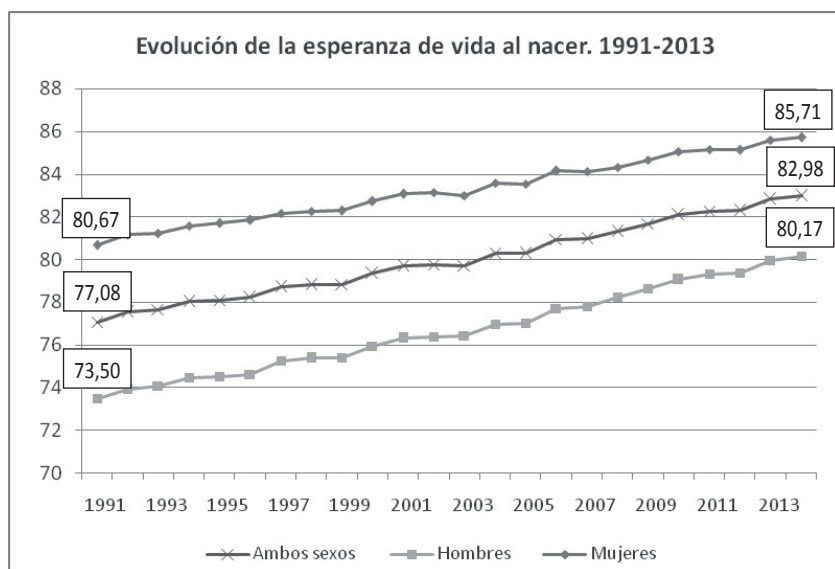
En definitiva existen numerosos factores que inciden y determinan la decisión de tener un hijo, pero como señala Fukuyama (2000) además de factores económicos y especialmente laborales, la cultura suele predominar sobre las consideraciones económicas. Señala que cuesta creer que el descenso de la fecundidad en Europa durante la última generación no esté relacionado con el cambio de las preferencias culturales respecto a la importancia de la vida familiar en sí misma, en relación con otros factores positivos, no sólo con el cálculo de los costes y los ingresos que supone cada hijo.

### 1.1.2. Incremento de la esperanza de vida

Además de las variables hasta aquí señaladas, existen otras que también deben ser tenidas en cuenta en el análisis de la familia y de manera muy especial en el estudio de la solidaridad intergeneracional. Entre ellas nos

referimos concretamente al importante incremento de la esperanza de vida, cuyo origen está fundamentalmente en la mejora de las condiciones de vida de la población y muy especialmente en los avances del sistema sanitario, el desarrollo de las prácticas de prevención de enfermedades, las mejoras en la alimentación, etc. Entre 1991 y 2014, se ha producido un incremento de la esperanza de vida al nacer de más de cinco años en España, de 77 a 82,98 años: si los hombres han pasado de 73,5 a 80,17 años, las mujeres lo han hecho de 80,6 a 85,7 años (gráfico 1.11). La esperanza de vida a los 65 años también se ha incrementado, pasando de 17,5 en 1991 a 21,1 años en 2014 (INE, Indicadores Demográficos Básicos).

GRÁFICO 1.11



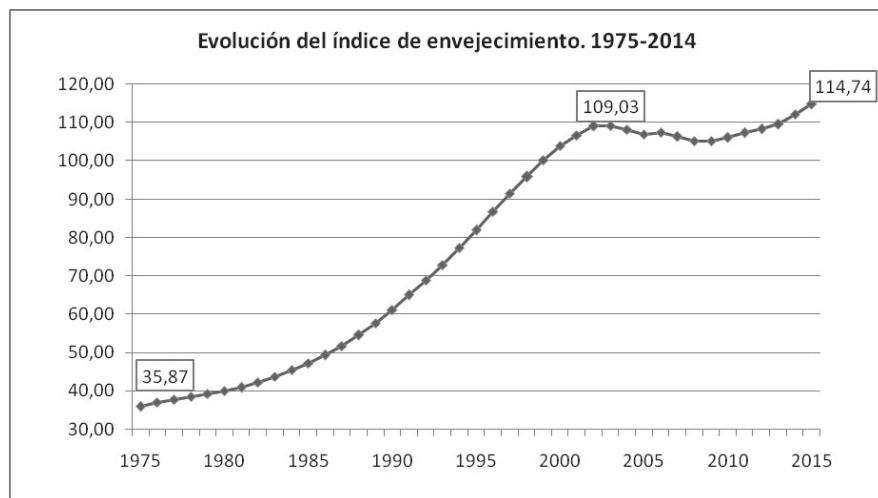
Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Esta mayor esperanza de vida no puede considerarse como un problema, sino como un logro de la mejora de la sociedad además de una oportunidad para fortalecer las redes de apoyo que proporciona la familia al producirse una mayor supervivencia de todos sus miembros, aunque también puede suponer una mayor carga derivada de la posible dependencia de los miembros de mayor edad. Aunque, como señala Roussel (1995), la auténtica vejez es mucho más breve de lo que parece, planteando que resulta necesario preguntarse sobre si el aumento de la esperanza de vida ha ido acompañado de una prolongación similar del período de vida sin incapacidad. Los resultados de nuestra investigación nos permiten afirmar que sí, que muchas personas mayores continúan aportando sus recursos de tiempo, afectivos e incluso económicos, durante la última etapa de su vida y a edades avanzadas.

Igualmente este aumento de la esperanza de vida implica también una mayor disponibilidad en el tiempo que se cuenta con parientes de una misma familia, al aumentar el número de años en que conviven varias generaciones. A principios del siglo XX, padres e hijos podían vivir entre 20 y 30 años juntos a la vez, y abuelos y nietos en torno a 10; actualmente, los padres e hijos pueden convivir 50 años y los abuelos y nietos más de 20 (Abellán García & Esparza Catalán, 2009). En definitiva el aumento de la esperanza de vida ha supuesto un aumento de la probabilidad de vivir cada vez más tiempo, de forma que un número cada vez mayor de generaciones convive en el tiempo, aunque no lo hace siempre en el mismo hogar (Meil Landwerlin, 2007), lo que no impide que sigan realizando aportaciones y transferencias —de tiempo, dinero, etc.— a otros miembros de su familia, fundamentalmente a hijos y nietos, convirtiéndose en sujetos claves para entender e interpretar la solidaridad entre generaciones.

Este aumento de la esperanza de vida, unido al descenso de la natalidad, ha provocado un importante crecimiento en las tasas de envejecimiento de la población (gráfico 1.12), pasando en algo más de tres décadas de 35,87 a 114,74. Los últimos datos publicados por el INE muestran una población totalmente envejecida, lo que al menos en cierto grado, va acompañado de un crecimiento de la tasa de dependencia para la población de 65 y más años, con tendencia creciente (gráfico 1.13), que alcanza el 28,30 en 2015, es decir con un crecimiento de más de 11 puntos en las tres últimas décadas.

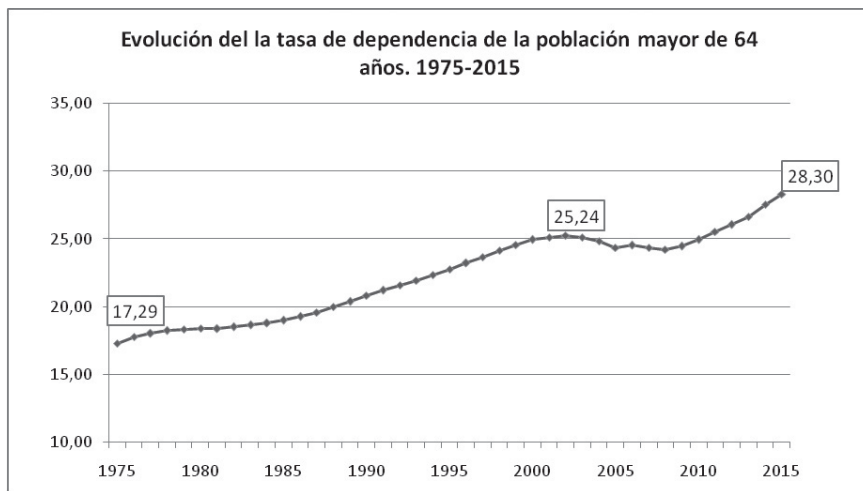
GRÁFICO 1.12



Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

*Nota:* el índice de envejecimiento de la población se define como el porcentaje que representa la población mayor de 64 años sobre la población menor de 16.

GRÁFICO 1.13



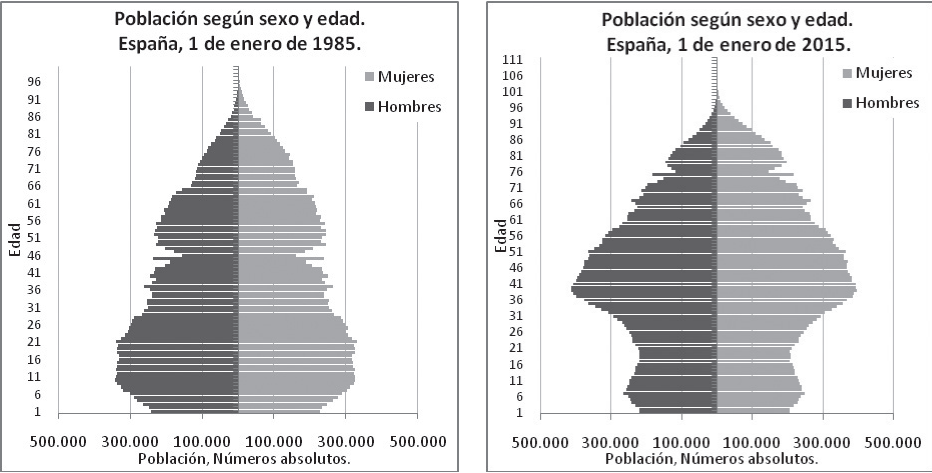
Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Nota: La tasa de dependencia se define como el cociente entre la población menor de 16 años o mayor de 64, y la población de 16 a 64 años, expresado en tanto por cien. Representa la medida relativa de la población potencialmente inactiva sobre la potencialmente activa, en términos estrictamente económicos.

Para valorar estos datos hay que tener en cuenta otros cambios en las formas de vida, de modo que las personas envejecen en la actualidad de manera diferente a como lo hacían en generaciones anteriores. Así, el patrón en las formas de convivencia ha cambiado: si anteriormente en España era más común encontrar la presencia de personas mayores en hogares multigeneracionales, en las últimas décadas se ha ido extendiendo un modelo de mayor autonomía e independencia residencial por parte de los mayores, lo que conlleva cambios en las relaciones familiares. También desempeñan un papel muy diferente en la familia al que ejercían los mayores en las generaciones anteriores y además, la propia familia ofrece respuestas igualmente diferentes cuando aparecen situaciones de dependencia, más frecuentes en las generaciones actuales, lo que produce cambios importantes en las relaciones intergeneracionales y en las formas de solidaridad intrageneracional (Abellán García & Esparza Catalán, 2009).

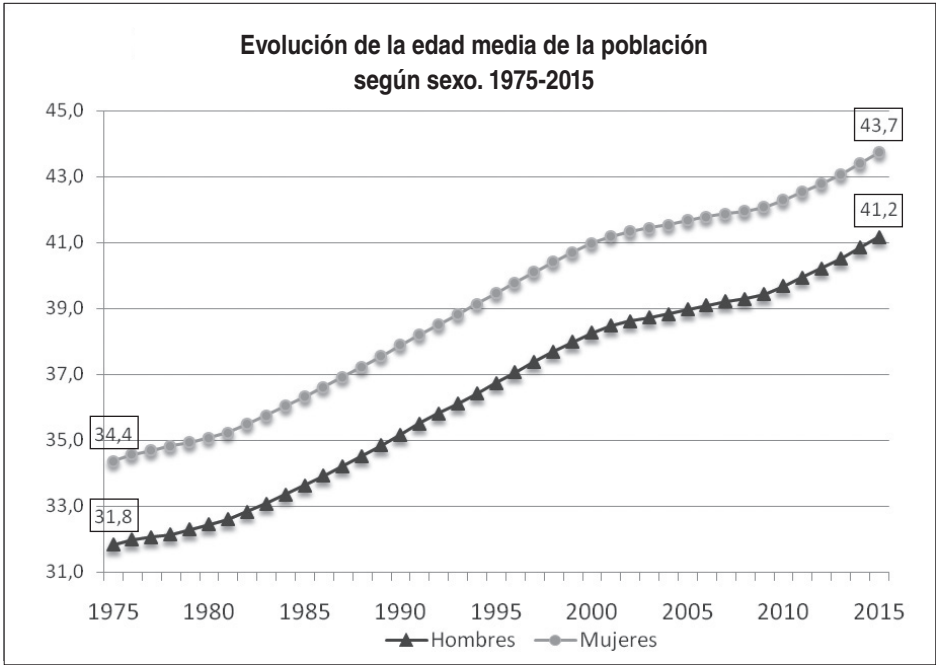
Todos estos cambios, brevemente descritos, en relación a los comportamientos sociales, unidos a la mejora de la calidad de vida de los ciudadanos, han llevado su vez a transformaciones muy importantes en la composición de la población española y por tanto en las familias y especialmente en las relaciones intergeneracionales que tienen lugar en ella. Así se comprueba en la estructura de la pirámide de población en España (gráfico 1.14), cuyo cambio de forma en las últimas décadas, muestra el aumento progresivo y continuo de la edad media de hombres y mujeres en España, que ha experimentado a su vez un incremento de casi 10 años desde 1975 (gráfico 1.15).

GRÁFICO 1.14



Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Cifras de población (2015a).

GRÁFICO 1.15



Fuente: Elaboración propia a partir de INE, Indicadores Demográficos Básicos (2015).

Las consecuencias de estos cambios a nivel social, económico y por supuesto sobre las familias son muy significativas. El envejecimiento y la mayor dependencia unida con frecuencia a él, ponen a prueba no sólo la solidaridad familiar, sino que también generan efectos sobre el gasto público, principalmente por la vía del incremento del gasto en pensiones. La discusión en los últimos años ha tendido a centrarse tanto en este punto, —dejando de lado la conexión existente entre ese circuito público de transferencias vía el sistema de reparto y el circuito privado que tiene lugar en la familia—, que como veremos en otra sección de este trabajo, indica que las personas mayores vierten una parte importante de sus propios recursos en miembros de otras generaciones de la familia, desempeñando así un papel de redistribución al interior de la misma.

En palabras de Pérez Díaz (2004), lejos de la maniquea imagen del jubilado ocioso, las abuelas y abuelos actuales están asumiendo muchas de las funciones de apoyo familiar y de reproducción social que siempre han sobrecargado a las mujeres jóvenes. Lejos de llevar a la bancarrota al Estado de Bienestar, sus recursos, patrimonio y atenciones, han acabado por convertirse en un auténtico estado de bienestar paralelo para sus familias. Son ellos los que suplen la falta de guarderías para los hijos de mujeres que trabajan y son ellos los que cuidan a sus mayores dependientes.

## **1.2. ¿Estamos ante un declive de la familia como institución? Continuidad de las relaciones intergeneracionales**

### **1.1.3. Debate en torno a la supuesta crisis de la familia**

Los factores hasta aquí esbozados, que no sólo se han producido en España sino también en otras sociedades, han traído importantes cambios en el tamaño y composición de las familias así como en el tipo de relaciones interpersonales e intergeneracionales que tienen lugar en ellas. La presencia creciente de familias monoparentales, encabezadas mayoritariamente por mujeres, el fuerte aumento del número de nacimientos en mujeres no casadas —que en el caso de España superan ya el 40%—, las cada vez más frecuentes *familias reconstituidas* formadas tras una ruptura y en las que conviven niños, jóvenes e incluso adultos —abuelos, por ejemplo—, que pueden no tener vínculo legal o de parentesco alguno, ya que provienen de matrimonios o relaciones de pareja anteriores. Todos estos cambios han llevado a muchos autores a sostener que nos encontramos ante el declive de la familia, incluso ante una profunda crisis como institución social. Si bien algunos de los argumentos utilizados para justificar esta afirmación se sustentan en evidencia empírica para países concretos (véase Popenoe (1993) para Estados Unidos) y han demostrado ser consistentes, otros se basan en evidencias



aisladas, siendo discutidos y contestados por la literatura posterior, tanto en Estados Unidos como en Europa. Pero también se encuentran otros estudios que contraargumentan esta afirmación y consideran que «la institución familiar ha demostrado a lo largo de la historia una notable fortaleza, una excepcional resistencia a situaciones adversas y una gran capacidad de adaptación a los cambios en las condiciones sociales que transformaron el mundo de rural a industrial. La experiencia histórica acumulada sobre tan poderosas relaciones causales como las que en los dos siglos pasados afectaron muy sustantivamente a la familia pueden hoy servir de guía correctora para la desdramatización de catastróficos augurios que todavía siguen pronosticando su desaparición» (Pastor, 1997).

En relación a los primeros estudios (Popenoe, 1993), sus argumentos se apoyan en la evolución de tres grandes áreas de la familia: institucional, cultural y demográfica. En cuanto a la primera de ellas, se destacan, entre otros aspectos, la constatación de un debilitamiento de la familia en el desempeño de sus funciones sociales tradicionales, entre las que se encontrarían: la procreación y socialización de los niños y la provisión de afecto y compañía. Así, por ejemplo, Popenoe señala el agotamiento de la función de socialización que tiene lugar en la familia, al constatar, por ejemplo, un mayor absentismo de los padres varones en el núcleo familiar, la disminución del tiempo que los hijos comparten con los padres y el aumento considerable del número de horas que pasan solos o en las guarderías desde muy temprana edad. Estos argumentos, utilizados en el trabajo citado, describen a la sociedad americana de principios de la década de los noventa, pero podríamos reconocerlos también en la sociedad española de comienzos del siglo XXI.

Continuando con los aspectos institucionales, otro de los argumentos esgrimidos radica en la pérdida de cohesión de la institución familiar, debido a una mayor autonomía de sus miembros. No se puede negar que vivimos en una época en la que el cambio cultural ha generado un individualismo creciente, pero ¿constituye éste un rasgo arraigado en la familia, o encuentra su origen más bien en la persona, manifestándose en sus decisiones y comportamientos y repercutiendo en su entorno más próximo, especialmente en la familia? Para el autor, esta pérdida de cohesión se vería reflejada en indicadores tales como la reducción de la interdependencia económica de los miembros de la unidad familiar. Sin embargo se limita a analizar algunos de los efectos de una mayor independencia económica de la mujer, pero deja de lado el resto de intercambios económicos que de hecho se siguen produciendo entre todos los miembros de la familia.

A nivel cultural, el argumento esgrimido por Popenoe se basa en el hecho que la valoración de la familia se habría debilitado frente a otros valores como la autosatisfacción y el igualitarismo. Para el caso español, aunque indudablemente otros valores culturales de corte individualista han ganado



terreno y los asociados a la familia seguramente se han modificado, no parece que la valoración de ésta y la existencia de un sentido familiar esté en decadencia. Por el contrario, los resultados del barómetro del CIS de octubre de 2014, indican que el aspecto más importante para una amplia mayoría de los entrevistados (más del 80%) es la familia, muy por encima de otros, como el trabajo, los amigos y el tiempo libre (CIS, 2014).

Siguiendo con el razonamiento de Popenoe, a los indicadores que pondrían de manifiesto el debilitamiento del papel institucional de la familia, se suman otros de carácter demográfico, ya descritos en este trabajo, y que se encuentran muy presentes en las familias españolas, como por ejemplo: un debilitamiento de su función reproductiva y enlace de generaciones —caída de la tasa de fecundidad y de natalidad, mayor presencia de hijos únicos, etc., con la consiguiente reducción del tamaño de los hogares—; mayor inestabilidad de las relaciones familiares —disminución de la tasa de nupcialidad, aumento de la tasa de divorcios, etc.—; o pérdida del valor del matrimonio como fórmula de convivencia, entre otros.

Sin embargo, podemos afirmar que la familia no está en crisis, no puede estarlo, porque se trata, como la define el art. 16 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, del “elemento natural y fundamental de la sociedad”, cuyo valor está en su propia naturaleza. Tiene un valor intrínseco, independientemente de los comportamientos de sus miembros, ya que no son éstos los que la justifican y le dan valor. Sin duda se han producido transformaciones en la estructura y composición de las familias, incluso en las funciones que desempeñaba tradicionalmente, pero de esto no podemos deducir, con un tono ciertamente catastrofista, que la familia está sumida en una crisis, en un proceso de declive. Si bien estamos en un período de profundos cambios, y por tanto, de crisis en diversos ámbitos, hemos de preguntarnos cuál es áquel en el que se origina esta crisis; todo lo demás serán manifestaciones y consecuencias de la misma.

De esta manera, todos los indicadores que ponen de manifiesto un debilitamiento de las funciones que desempeña la familia, son sintomáticos de una crisis cultural, que encuentra sus orígenes, a su vez, en una crisis profunda de la persona, que afecta por tanto a todas las relaciones que ésta mantiene e incluso también a las instituciones económicas, políticas y sociales en las que participa. Uno de los rasgos más característicos de esta crisis es el individualismo posmoderno y globalizado, desde el que se favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas y que en alguna medida, desnaturaliza los que se establecen en la familia. Así, uno de los mitos más extendidos de nuestra época es el que Zamagni (2012) ha venido a llamar “el mito del individualismo axiológico”, cuya idea de fondo es que la realización del sujeto depende únicamente de sus esfuerzos y habilidades, quedando supeditada la relación con el otro a razones de mera conveniencia, para el alcance de fines puramente instru-

mentales. Este individualismo exacerbado —que no ve al otro sino como un mero instrumento para intereses propios, y que falsea por tanto el encuentro real con aquel—, al estar tan impregnado en la cultura dominante en el ámbito de las relaciones sociales, afecta también las relaciones en la familia. En ella la fragilidad de los vínculos tiene consecuencias especialmente graves porque se trata de la célula básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros. Quizá la clave está en pensar que esa llamada crisis de la familia tiene su origen en una falsa idea de lo que significa y supone esta institución en la cultura actual. En muchas ocasiones y especialmente por determinadas ideologías, se concibe como una estructura que trata de dominar al individuo, especialmente a las mujeres, de modo coactivo y represivo, cuando en realidad es el único espacio que lo capacita para llegar a ser realmente una persona libre.

Así, podríamos afirmar que hoy está plenamente vigente el argumento utilizado por Alberdi (1999), en el que señala que “superada la crisis antifamilia de los años sesenta, se han hecho las paces con la institución. A la gente le gusta la familia, le gusta vivir en ella, y concede a sus relaciones familiares una importancia fundamental. Ya hemos llegado a aceptar que la familia no se carga la libertad, y que la libertad no se carga a la familia. Incluso en los estudios de opinión se ratifica que en España la familia aparece como lo más importante en la vida de las personas, en todos los grupos de edad y para ambos sexos”. Cuando esto no ocurre no falla la institución en sí misma, sólo fallan los comportamientos de algunas de las personas que la configuran, lo que no resta ningún valor ni vigencia a la institución como tal. O lo que es lo mismo, no se pueden identificar las crisis personales y las decisiones individuales con la crisis de la principal institución social.

La familia, sin embargo, al constituir el lugar en el que nacemos, vivimos y morimos, por su propia naturaleza —en ella está presente un principio de amor, como no lo está en ninguna otra institución— es uno de los pocos ámbitos en los que se pueden establecer relaciones auténticas, a contracorriente de los valores sociales dominantes. Aun habiendo experimentado importantes modificaciones en su composición, estructura e incluso funciones, la familia continúa siendo, y no puede no serlo, la principal institución para el bienestar de la persona, y además resulta imprescindible para lograr una sociedad cohesionada, estable y con un crecimiento económico sostenido. De hecho las familias constituyen recursos para la persona, la sociedad y la cohesión del tejido social; éste último dependerá del capital humano y social de ellas, y este capital depende esencialmente a su vez del número de hijos (Donati, 2014). Bien es cierto que se ha producido un debilitamiento de las funciones que desempeña la familia, y éste no es un fenómeno coyuntural, que pueda verse modificado en el corto plazo. Estamos ante una realidad muy compleja que exige actuaciones en las que es necesi-

ria la colaboración de todos los agentes implicados —de la sociedad civil, de las empresas y del sector público— que permitan recuperar y visibilizar el valor personal, social e incluso político que desempeña la familia y del que no puede prescindirse ni a nivel privado ni público.

#### **1.1.4. Cambios demográficos y verticalización de las relaciones familiares: relevancia de la solidaridad intergeneracional**

El propio Popenoe (1993) reconoce que el comportamiento de las variables demográficas no permite probar de manera directa que la institución familiar esté en declive, pero reconoce que es un indicador de la debilidad de esta institución. Podríamos matizar esta afirmación señalando que estamos más ante una “limitación” de la familia, que ante una “debilidad” de ella. Estos cambios demográficos han introducido modificaciones importantes en la pirámide de población, como ya se ha señalado, y por ende en las relaciones familiares. Así, éstas han pasado de tener una forma piramidal, con amplia base, consecuencia del número más elevado de nacimientos, a adoptar una forma alargada y estrecha, con una base más reducida, lo que se ha venido a denominar en la literatura como estructura de tipo guisante (V. L. Bengtson, 2001). Esto constituye la representación gráfica de una mayor verticalización de las relaciones familiares, cuyo origen está en un aumento de familias con menor número de hijos y ausencia de hermanos, y en el que padres y abuelos viven cada vez más años. Esto implica que el número de años de vidas compartidas se ha incrementado, posibilitando mayores oportunidades de interacción, apoyo e influencia mutua entre parientes de la familia extensa intergeneracional, como abuelos y bisabuelos. A esta realidad demográfica se unen otros cambios en los comportamientos sociales, como la entrada y mantenimiento de la mujer en el mercado laboral remunerado, que también han provocado importantes cambios en las formas de relacionarse las distintas generaciones dentro de la familia, así como el apoyo que en distintos momentos del ciclo vital se ofrecen entre ellas.

Todos estos cambios en las familias han influido de manera especial en el papel de las personas mayores, así como en las relaciones familiares. Se han convertido en agentes indispensables de apoyo en el desempeño de algunas de las funciones que antes estaban reservadas, casi exclusivamente, a padres y madres: la socialización primaria de los nietos o su cuidado material para facilitar a los padres y madres la conciliación familiar y laboral, son ejemplos de ello. De hecho han pasado a ser en muchas ocasiones los principales sustentadores de la familia, no sólo por su papel en el cuidado y educación de los nietos, sino porque proporcionan un apoyo económico muy importante, especialmente durante los últimos años en los que la crisis económica ha sacudido especialmente a las familias.

Pero las personas mayores no sólo constituyen una fuente importante de apoyo para sus hijos adultos y nietos, sino que la figura del abuelo desempeña un papel clave en la vida familiar. Algunos estudios señalan que los abuelos y abuelas constituyen un importante recurso tanto para sus hijos como para las familias de éstos (Walther et al., 2009; Kröger, 2004), encontrándose claras evidencias del apoyo que proporcionan especialmente en ciertas etapas de transición, como pueden ser, entre otras, el momento de un divorcio o la muerte del cónyuge (Bengtson, 2001).

Los miembros de la familia extensa intergeneracional constituirían lo que Riley & Riley (1993) han denominado una “red familiar latente” de apoyo, que se activaría especialmente en tiempos de crisis. Esto no quiere decir que la familia sea un recurso útil sólo en situaciones excepcionales, sino que estando presente siempre, la ayuda entre generaciones se hace más patente y se visualiza mejor cuando las necesidades aumentan.

A este respecto, existe evidencia creciente sobre la existencia de un flujo de transferencias inter vivos de distinta naturaleza —monetarias y materiales— de padres a hijos adultos, como ponen de manifiesto numerosos estudios realizados para otros países y a nivel comparado. Así, algunos de ellos muestran la existencia de un balance neto de transferencias materiales que circula de padres mayores a hijos adultos (Albertini et al., 2007; Kohli, 1999), poniendo de manifiesto que los hijos adultos reciben más ayuda financiera de sus padres en períodos de necesidad, como épocas de estudio o paro, o cuando están divorciados o viudos (Albertini & Kohli, 2012; Attias-Donfut, 1995; Kohli, 1999; Rosenzweig & Wolpin, 1993; Rossi & Rossi, 1990). Algunos de estos trabajos apuntan también que la coresidencia constituiría una estrategia importante de apoyo intergeneracional en los países del sur de Europa, reemplazando en cierto modo las transferencias financieras en períodos de necesidad, en los que los hijos adultos tenderían a volver a casa de sus padres, a diferencia de lo que ocurre en los países de Europa continental y nórdicos, en los que hay una mayor frecuencia de transferencias financieras, y en menor medida, de la coresidencia (Albertini & Kohli, 2012).

Los cambios en el ciclo vital de las personas —entre los que cabría destacar el retraso en la emancipación de los jóvenes y en el deterioro de las personas muy mayores, que vivirían durante un período de tiempo más largo con un deterioro físico y mental menor del que experimentaron las generaciones precedentes—, habrían contribuido a prolongar estos flujos de ayuda intergeneracional.

En definitiva, los estudios realizados hasta ahora sobre las relaciones intergeneracionales aportan resultados que permiten reafirmar la idea de que no se ha producido una crisis de la familia y quizá ni siquiera un debilitamiento en la provisión de apoyo y compañía entre los miembros de la

misma, ni tampoco en la función de cooperación económica —tal y como había sido inferido por Popenoe—.

En los resultados de un estudio reciente sobre individualización y solidaridad familiar aplicado al caso español (Meil Landwerlin, 2011) se señala que “pese a la extendida percepción de que la sociedad es cada vez más individualista y que la solidaridad familiar está erosionándose, el análisis realizado prueba que dicho diagnóstico no constituye sino uno más de los falsos tópicos sobre la vida familiar. Los cambios socioeconómicos y culturales registrados en el pasado reciente, lejos de erosionar la solidaridad familiar, han comportado un cambio en sus formas y contenidos, lo que no debe interpretarse como un debilitamiento de los lazos familiares ni de la solidaridad familiar.”

El cálculo y cuantificación de las transferencias intergeneracionales que tienen lugar en las familias españolas, y que se lleva a cabo en el último capítulo de este trabajo, nos lleva a compartir la formulación de Vern Bengston, pionero en el estudio de las relaciones intergeneracionales, que afirmaba que “a medida que las familias han cambiado, no ha disminuido necesariamente su importancia. La prevalencia e importancia creciente de los lazos intergeneracionales representan un nuevo recurso valioso para las familias en el siglo XXI” (2001, p. 14).



## CAPÍTULO 2

### RELACIONES INTERGENERACIONALES EN LA FAMILIA

#### 2.1. Las generaciones en la familia desde una perspectiva relacional

“Desde siempre, la historia es un continuo sucederse de generaciones en tensión entre sí (...). A pesar de ello, sin embargo, la familia ha sido siempre el lugar privilegiado de esta convivencia, la esfera en la que las generaciones se han alejado y encontrado, diferenciado y reintegrado, de modos muy diversos.” (Donati, 2003). Por ello, la familia es el ámbito privilegiado de la sociedad para el encuentro entre generaciones. En distintos lugares de la vida social y económica se comprueba la presencia mayoritaria de una u otra generación. Sin embargo, la familia permanece casi como el único lugar de encuentro intergeneracional.

¿Cómo pueden identificarse los grupos de personas que forman distintas generaciones? Cuando utilizamos el término *generación*, podemos hacerlo desde cuatro acepciones diferentes:

- a) En sentido genealógico, se estaría aludiendo a un conjunto de personas clasificadas según una relación de filiación. La generación se identificaría así con la descendencia, y por tanto con origen en algún parentesco familiar.
- b) En sentido histórico, con el que se estaría haciendo referencia a un período correspondiente a la renovación de los hombres en la vida pública. Se trataría aquí de una cohorte de N años vista como grupo social.
- c) En sentido demográfico, que correspondería a un concepto de cohorte demográfica, entendida como el conjunto de nacidos en un mismo año o en un intervalo de algunos años.
- d) En sentido sociológico, en cuyo caso se refiere a un conjunto de personas que tienen la misma edad y cuyo principal criterio de identificación son las experiencias históricas comunes, desde las que se deriva una visión similar del mundo (Attias Donfut, 1991, cit. por Donati, 2003).

En estas posibles acepciones pueden distinguirse dos grandes líneas interpretativas, que han sido las dominantes en los estudios modernos y contemporáneos: la generación como grupo de edad y la generación como descendencia

de parentesco familiar. Recientemente surge una tercera —sugerente y novedosa— que se refiere al concepto de generación desde una perspectiva relacional. En este caso estaremos identificando cada generación como el conjunto de las personas que comparten una relación, que une tanto su ubicación en la descendencia familiar como su posición según los grupos de edad. Por tanto una generación considerada en términos relacionales permite unificar líneas de descendencia familiar —hijo, padre, abuelo, etc.— con lo que denominaríamos grupos de edad social —jóvenes, adultos, ancianos— (Donati, 2003). De acuerdo a esta perspectiva relacional, para definir la generación a la que pertenece una persona no bastaría con identificarlo, por ejemplo, como un hijo o como un adulto, sino que sería necesario precisar que se trata de un hijo adulto o joven. Lo mismo ocurre con los padres jóvenes, adultos y ancianos. Una de las ventajas de este enfoque es que al unir grupo de edad y descendencia de parentesco familiar, permite observar —especialmente en los estudios longitudinales— cómo algunos cambios en los comportamientos sociales tienen consecuencias sobre las relaciones familiares: aumento de la edad de contraer matrimonio o aumento en la edad de maternidad, por ejemplo.

A partir de este nuevo concepto de generación en perspectiva relacional, podemos identificar cinco generaciones<sup>7</sup>, en la realidad demográfica y social de España: niños y adolescentes, jóvenes, adultos, generación pivote y adultos mayores. Aunque en la denominación dada a cada generación prima el criterio del grupo de edad en el que se sitúan sus miembros, al utilizar el concepto relacional de generación, también se tiene en cuenta la relación de descendencia y el grado de parentesco en la familia para entender de modo integral la posición de cada una de las personas en la cadena generacional que a continuación se presenta:

- a) Generación de niños y adolescentes (N), en la que se distingue entre los menores en edades comprendidas entre 0 y 14 años, y los que se encuentran entre 15 y 18 años. La identificación de ambos grupos viene exigida por las diferencias en los cuidados que cada uno precisa. A esta realidad se añade el hecho de que la edad de finalización de la educación obligatoria en España se fija en los 14 años y que sólo a partir de este momento los menores pueden trabajar. Hasta esta edad, en la mayoría de los casos dependen económica y materialmente de padres o tutores. En lo que a la posición de los niños y adolescentes en la línea de descendencia familiar se refiere, mayoritariamente se trata de hijos y/o nietos.

---

<sup>7</sup> Esta distinción está inspirada en el modelo presentado por Arrondel & Masson, 1999; Masson, 2001, 2002, en el que se muestra un ciclo simplificado de generaciones imbricadas. Aunque la finalidad del modelo presentado por estos autores es explicar las transferencias públicas intergeneracionales, lo hemos considerado suficientemente sugerente como para aplicarlo de manera adaptada al análisis de las transferencias en sentido amplio, no sólo en la esfera pública.



- b) Generación de jóvenes (J), compuesta por personas en edades comprendidas entre 19 y 30 años, que por regla general, y en la realidad social de España, permanecen mayoritariamente aún en el hogar de los padres. Se encuentran en una etapa de educación superior no obligatoria y las dificultades de incorporación al mercado de trabajo les hacen continuar siendo dependientes o semi-dependientes, en términos económicos, de sus padres. A esto se suma el retraso en la formación de la propia familia, como uno de los componentes del fenómeno de la emancipación tardía del hogar de los padres. En la línea de descendencia familiar su posición es mayoritariamente la de hijos; también figuran algunos que ya son padres/madres, aunque los cambios en los comportamientos sociales han hecho que estos últimos disminuyan en número.
- c) Generación de adultos (A), que corresponden a personas con edades comprendidas entre 31 y 49 años. Se trata de una etapa en la que por lo general las personas ya forman un núcleo familiar propio y tienen hijos. Nótese que la etapa reproductiva de la mujer se cierra antes de finalizar este período, cuando alcanzan edades cercanas a los 45 años. Su posición en la descendencia familiar es la de padres/madres, que a su vez, teniendo en cuenta el aumento en la esperanza de vida, siguen siendo hijos adultos.
- d) Generación pivote (P), que comprende la franja de edad entre 50 y 64 años. En esta etapa, las personas están por lo general en la última parte de su vida activa a nivel laboral, antes de la jubilación. En su vida familiar, se encuentran en un momento en el que en la mayoría de los casos ya no llegan más hijos pequeños. En la línea de descendencia familiar, además de padres/madres, es probable que ocupen también la posición de abuelos, a la vez que la de hijos adultos. La literatura apunta que se trata de la generación clave, ya que de ella sale el mayor volumen de transferencias hacia las otras generaciones, dado que a la vez que tienen nietos pequeños es muy probable que sus padres mayores se encuentren en condiciones de cierta fragilidad.
- e) Generación de adultos mayores (M), de 65 y más años, en la que distinguimos dos grupos de población atendiendo a la edad, y que comprende personas entre 65 y 75 años, justo después de la jubilación, y de 75 y más años. Esta es relevante dado que alrededor de los 80 años las personas mayores suelen experimentar un deterioro considerable de sus condiciones de salud y movilidad. De acuerdo a su posición con respecto a las demás generaciones en la línea de descendencia familiar, serán por lo general padres, abuelos, y en algunos casos, incluso bisabuelos.

TABLA 2.1. *Distinción de generaciones adaptada a la situación española actual*

<i>Generación</i>	<i>Grupo de edad (unidad: años)</i>	<i>Posición en la descendencia (esfera familiar-parentesco)</i>	<i>Rasgos generales</i>
N: Niños y adolescentes	0≤14 15≤18	Hijos	— De 0 a 14 años: requieren mayores cuidados, por cuanto la edad de finalización de la educación obligatoria son los 14 años.
J: Jóvenes	19≤30	Hijos Padres/Madres: tendencia minoritaria debido a la evolución de los comportamientos sociales.	— Alargamiento de la etapa de educación no obligatoria. — Retraso en la incorporación al mercado de trabajo y mayor precariedad cuando se incorporan. — Retraso en la formación de familia. — Retraso en la emancipación del hogar de los padres: a pesar de la mayoría de edad legal, y de la incorporación al mercado laboral, aún están en una etapa de dependencia o semi-dependencia económica respecto a sus padres.
A: Adultos	31≤49	Padres/Madres Hijos	— Formación del propio núcleo familiar. — Llegada de los hijos.
P: Pivote	50≤64	Padres/Madres Abuelos Hijos	— Etapa anterior a la jubilación. — Por lo general ya no llegan más hijos pequeños. — Franja de edad que suele coincidir con la presencia de nietos pequeños y de padres mayores en situación de fragilidad.
M: Mayores	65≤75 75<	Padres/Madres Abuelos Bisabuelos	— De 66 a 75 años, primera etapa tras la jubilación. — Por lo general, alrededor de los 80 años suele darse una reducción considerable de las condiciones de movilidad física y funcional de las personas mayores.

Fuente: Elaboración propia.

A la hora de diferenciar las distintas generaciones de una familia, es importante tener en cuenta los cambios demográficos y sociales que se han venido produciendo en las últimas décadas y que han generado, a su vez, cambios relevantes en el significado de la edad. En lo que a los cambios demográficos se refiere, ha tenido lugar un aumento no sólo de la esperanza de vida al nacer, sino también de la esperanza de vida libre de incapacidad (EVLI), también conocida como el número de años de vida saludable que se espera viva una persona a partir de una determinada edad, ya sea al nacer o a los 65 años (Eurostat, 2013). La mejora de ambos indicadores ha traído aparejado un retraso en la aparición de los signos de envejecimiento fisiológico.

Este retraso en el inicio de la vejez ha llevado a algunos autores a plantear la necesidad de no fijar dicho inicio sólo por la edad cronológica —65 años—, como ocurre actualmente. En su lugar, se propone establecer lo que denominaríamos un umbral móvil de la vejez, calculado en función de la esperanza de vida restante de una persona, o edad prospectiva. Según este criterio, el inicio de la vejez se daría cuando la persona alcance una edad en la que su esperanza de vida restante sea de 15 años o menos, razón por la cual este umbral sería móvil en el tiempo (cf. Pujol Rodríguez, Abellán García, & Ramiro Fariñas, 2014). Si bien este criterio aún no se ha convertido en una medida generalizada del envejecimiento, a él tienden distintas aportaciones de la sociología y la historia, que apuntan hacia la evolución que ha experimentado el significado de la edad durante los dos últimos siglos. Tener 50 años en el siglo XIX no es lo mismo que tenerlos en el año 2015, pudiéndose afirmar que la forma de vida y el papel de estas personas en el ámbito familiar también han experimentado un cambio considerable.

Por otra parte, en lo que a los cambios sociales se refiere, se ha producido una transformación importante en los parámetros a partir de los cuales se define la edad social, “es decir, las expectativas, las normas, las representaciones, los estilos de conducta atribuidos por la sociedad al individuo según un criterio temporal, cuándo debe entrar o salir de los roles sociales extrafamiliares.” (Donati, 2003, p. 209). Al hilo de estos cambios en las expectativas sociales, resulta sugerente la noción de desinstitucionalización del curso de vida individual y familiar planteada por algunos sociólogos. Desde dicho planteamiento se hace referencia fundamentalmente a dos aspectos. En primer lugar se resalta la ausencia de valoración, por parte de la sociedad, de los acontecimientos familiares, lo que se reflejaría, por ejemplo, en el hecho de que a diferencia de lo que ocurría hace algunas décadas en España, actualmente ya no está mal visto no casarse o renunciar de manera voluntaria a la maternidad o paternidad. Y en segundo lugar, se hace referencia a la desaparición de las normas culturales que regulan los acontecimientos del curso de vida de las personas, especialmente los ligados a la familia. Esto se reflejaría en el hecho de que los acontecimientos familiares —formar una familia o tener hijos— dependerían cada vez más de elecciones o prefe-

rencias individuales, pudiendo realizarse antes o después o no realizarse (Donati, 2003).

Aunque esta tesis de la desinstitucionalización muestra ciertas tendencias relevantes del cambio en los comportamientos sociales, ha de ser matizada. Si sólo nos limitamos a aceptar la realidad que describe, estaríamos olvidando que la sociedad actual también sigue produciendo normas, que inciden sobre todo en los jóvenes, en lo relativo a las expectativas sociales de lo que se debe hacer en un momento dado de la vida (Donati, 2003), aunque estas normas son muy distintas de las que prevalecían en momentos históricos anteriores. Uno de los principales cambios normativos ha sido la difuminación de los límites de los grupos de edad que definen las generaciones. Hemos pasado de un mayor consenso social sobre el momento en que una persona dejaba de ser joven para convertirse en adulto, a una mayor indefinición de la edad a la que se produce este cambio, aunque hay aceptación general al afirmar que se observa un retraso en la edad de cambio de una etapa a otra. Es decir, socialmente se llega a ser adulto a una edad cada vez más avanzada y más indefinida.

Pero estos cambios en el significado de la edad además de su dimensión individual, presentan también una social que influye sobre el ciclo de vida familiar. Así, por ejemplo, la transformación de la edad social de los jóvenes trae consigo que permanezcan en esta etapa durante un período más prolongado de tiempo, retrasando tanto la edad de formación de un núcleo familiar propio (edad del matrimonio) como la llegada del primer hijo, lo que conduce, a su vez, a que sus propios padres sean abuelos a edades también más avanzadas. Sin embargo, puesto que el inicio de la vejez se ha retrasado, cuando llega el primer nieto muchas de las personas de la generación pivote no son personas mayores, en el sentido de edad cronológica, sino que más bien se encuentran en una etapa de madurez del ciclo vital (Attias-Donfut & Segalen, 2007).

Es evidente que todos estos cambios han producido importantes alteraciones en el ciclo vital de las personas y por tanto en el desarrollo de las relaciones familiares y de manera especial en la forma de materializarse la solidaridad intergeneracional en el ámbito de la familia. Pero a ellos podemos añadir otro cambio en los comportamientos sociales que está produciendo, además, importantes alteraciones en las cadenas generacionales. Se trata del aumento en las rupturas familiares y más concretamente en el número de divorcios.

Así, las situaciones de ruptura y recomposición familiar se dan tanto en los hijos adultos como en la generación de padres mayores. La influencia de estas situaciones en la solidaridad intergeneracional, sobre todo en lo referente a la frecuencia de contactos e intensidad de la relación entre abuelos y nietos, ha suscitado un gran interés en la literatura (Roussel, 1995). La tendencia demográfica que se viene observando desde las últimas décadas y que

nos muestra un aumento de la tasa de divorcios y separaciones, explica dicho interés.

Cuando se produce una separación o un divorcio, las cadenas generacionales se multiplican y se hacen más complejas. Tomemos el ejemplo de una persona que se vuelve a casar una segunda vez: ésta tendrá dos generaciones de descendientes entrecruzados (hijos y nietos) del primer y del segundo matrimonio, cuyas distancias de edad pueden llegar a ser muy elevadas. De esta manera, un divorcio que inicialmente permitiría romper con la primera cadena y “liberarse” de las cargas presentes, desencadena, por lo general, una complejidad en la red: “Nacen pertenencias múltiples (por ejemplo, un padre tiene hijos en familias diversas) y se deben atravesar los límites desde un grupo familiar a otro (por ejemplo, un niño oscila entre la familia de la madre con su nuevo padre y la del padre con la de la nueva madre).” (Donati, 2003, p. 186). Es evidente que todo ello afecta a las relaciones intergeneracionales en la familia.

## **2.2. Sobre el papel de los abuelos en las relaciones intergeneracionales**

### **2.2.1. Cambios en el modo de relacionarse abuelos y nietos**

Uno de los cambios más significativos es el que ha tenido lugar en la forma de relacionarse las dos generaciones que se sitúan fundamentalmente en los extremos: abuelos y nietos. El rol de los abuelos en las generaciones más recientes se caracteriza por un nuevo estilo, quizá con más proximidad afectiva y complicidad con los nietos. Hemos pasado de familias en las que los nietos debían llamar de usted a los abuelos, como gesto de respeto, a familias en las que existe una mayor confianza entre ambos porque en muchas ocasiones pasan más horas con ellos que con sus propios padres. Es evidente que nos encontramos ante una situación un tanto contradictoria porque esa mayor afectividad derivada del mayor contacto entre abuelos y nietos, también viene acompañada, en muchas ocasiones, de una pérdida del papel de abuelos como tal. Al verse éstos obligados a ejercer de padres, dejan a los menores sin la afectividad necesaria que sólo pueden dar los padres, a su vez que los dejan sin abuelos, al convertirse éstos en principales educadores de sus nietos.

Pero la realidad del tema que nos ocupa es muy compleja y no se debe generalizar, no todos los abuelos son iguales ni comparten un mismo estilo en sus relaciones familiares. Algunos estudios sociológicos en Estados Unidos se han interesado por el establecimiento de tipologías de comportamiento de los abuelos. Uno de los más clásicos en este ámbito, realizado a mediados de los años sesenta, identificaba cinco estilos de abuelos en función de la relación que establecían con sus nietos (Neugarten & Weinstein, 1964).

- a) *Abuelos formales*. Son los que mantienen una clara línea de separación entre la crianza —que corresponde a los padres— y su papel como abuelos. Aunque muestran un interés real por los nietos, tratan de no dar lecciones acerca de su crianza y de no inmiscuirse en su educación. Esto les lleva a asumir el cuidado de los nietos sólo de manera ocasional.
- b) *Abuelos distantes*. Mantienen contactos poco frecuentes con sus nietos, apareciendo sólo en fechas especiales, como Navidad y cumpleaños, por ejemplo. Aunque benévolo con ellos, asumen un papel mucho más distante y remoto que la figura del abuelo formal con respecto a la vida diaria de sus nietos. Quizá podría decirse que acuden a verles como lo hace cualquier *visita*.
- c) *Abuelos depósitos de sabiduría*. Ocupan una posición de autoridad muy clara en la familia, erigiéndose en proveedores de habilidades o de recursos especiales. Así, las relaciones con los nietos estarán en función de las necesidades de éstos.
- d) *Abuelo lúdico*. Está presente en aquellas relaciones caracterizadas por la informalidad y la jocosidad. El punto de encuentro serían actividades concretas con el propósito de divertirse, hasta el punto de convertirse en compañeros de juego.
- e) *Abuelo sustitutivo*. Los abuelos asumen una responsabilidad intensiva de cuidado de sus nietos, ante unos padres que se ausentan debido, por ejemplo, a sus obligaciones en el mercado de trabajo remunerado.

Los estilos de abuelos más frecuentes en la actual sociedad española son el sustitutivo y el lúdico. Resulta muy positivo tanto para ellos como para sus nietos, que los abuelos puedan tener una relación mucho más abierta y distendida con ellos, ejerciendo así un estilo de carácter más lúdico. Pero si se ven obligados a desempeñar el papel de padres en el cuidado de sus nietos, como ya se ha señalado, dedicando una elevada intensidad de horas a ello, estarán ejerciendo un estilo sustitutivo, privando a los nietos de unas relaciones afectivas más libres y abiertas como las que sólo podrían tener con unos abuelos que no tuvieran que ejercer a la vez de padres.

Estas relaciones interpersonales e intergeneracionales que tienen lugar en la familia, también se pueden ver alteradas en el caso de rupturas, separaciones o divorcios, aunque los efectos serán diferentes en función de qué miembro de la cadena generacional sufra dicha ruptura.

Cuando la ruptura tiene lugar en la generación de los hijos, las ayudas efectivas que los padres de éstos pueden proporcionarles resultan ser de gran importancia. Sobre todo si el hijo o hija regresa temporalmente a casa de sus padres. Cuando se han dado crisis familiares y situaciones de separación y



divorcio, el papel de los padres en lo respectivo a su función como abuelos, puede llegar a ser fundamental tanto para sus hijos como para sus nietos.

Por un lado, los padres adultos (por lo general pertenecientes a la generación pivote o de personas mayores) representan una fuente esencial de ayuda para sus hijos, no sólo en lo que a transferencias monetarias o en especie se refiere, sino también en el apoyo afectivo y emocional que se requiere de manera especial en situaciones de tránsito del ciclo vital como puede ser un divorcio. Por otro lado, ante la inestabilidad que implica una situación como ésta, el papel de los abuelos puede llegar a ocupar un lugar central en la educación y apoyo afectivo de los nietos. En materia educativa, hasta épocas muy recientes, sólo se consideraba el triángulo padres-hijos-colegio, eludiendo el papel que los abuelos desempeñan en el proceso educativo, especialmente en relación a los adolescentes y en momentos de crisis familiares. La importancia de los abuelos en este tipo de situaciones, se explica gracias al establecimiento de relaciones previas de disponibilidad hacia los nietos, que hacen de ellos una fuente de ayuda y un punto de referencia estable en caso de conflictos familiares. Pero el divorcio también tiene consecuencias sobre los abuelos, que pueden encontrar más dificultades para ver a sus nietos, experimentando un mayor riesgo de alejamiento, como consecuencia de la separación de los padres.

Sin embargo, también hay que tener en cuenta que en las familias recompuestas, después de un divorcio, el número de abuelos sociales se multiplica, en detrimento de la intensidad de la relación entre cada uno de ellos y sus nietos. Esto afectaría la frecuencia e intensidad de las transferencias. De hecho, algunas investigaciones aportan evidencia de que las jóvenes parejas reconstituidas reciben menos ayuda para el cuidado de los hijos procedentes de uniones previas, que la que reciben las estables (Attias-Donfut & Segalen, 2007).

Cuando la ruptura tiene lugar en la generación de los abuelos —que por regla general pertenecen a la generación pivote o a la de las personas mayores—, el riesgo de alejamiento con respecto a los nietos es más sensible, sobre todo cuando uno de ellos, o ambos, han formado una nueva familia, ya que el nuevo linaje puede entrar en competencia con aquel de la unión precedente. A este respecto, existe evidencia que los comportamientos entre abuelos y abuelas serían distintos en lo referente a la relación con los hijos y nietos de uniones precedentes: los abuelos que se vuelven a casar tendrían una mayor tendencia a alejarse de sus hijos biológicos —y por tanto, de los nietos— de la unión (o uniones) precedente(s), mientras que las abuelas suelen arrastrar más a sus nuevas parejas hacia la propia descendencia de dichas uniones anteriores. Sin embargo, si se compara a estas abuelas que han formado un segundo o tercer núcleo familiar con aquellas que han permanecido en una pareja estable, estas últimas mantienen mayor frecuencia e intensidad en los contactos con sus hijos y nietos (Attias-Donfut & Segalen, 2007).

En lo referente a los divorciados no vueltos a casar, podríamos pensar que éstos se encuentran en una situación de mayor soledad que posibilitaría una dedicación más intensiva a sus nietos. Sin embargo, dado que por lo general estas personas configuran una red relacional distinta a la de la familia, al final sus propias actividades sociales compiten con las familiares. El tiempo que dedican entonces a sus hijos y nietos no es tan extenso como podría pensarse.

Pero en cualquier caso, en un matrimonio estable o incluso tras una ruptura familiar, los abuelos desempeñan, en la mayoría de los casos, un papel clave en la familia cuando se analiza la solidaridad entre las generaciones, ya que ellos son los principales agentes que la llevan a cabo.

### **2.2.2. Funciones que desempeñan los abuelos en las relaciones familiares**

Más allá del interés tipológico que presentan los estudios anteriormente mencionados, sería muy limitado pretender dar cuenta de toda la complejidad y evolución del vínculo con los abuelos exclusivamente a través de estas categorías. Por eso se aborda a continuación una nueva aproximación más general, para avanzar en el conocimiento de las relaciones familiares, a través de cinco de las funciones principales que desempeñan los abuelos en la relación con sus nietos:

- a) *Función educativa, más allá de la estrictamente académica y de transmisión de valores*, que incluye otros ámbitos de la formación integral de la persona. La familia constituye el espacio más idóneo para la adquisición de valores, por cuanto en ella prima sobre todo el afecto, componente esencial que inicia o bloquea la adquisición de un valor (Badenes Plá & López López, 2010). En este contexto familiar, son los padres quienes detentan la responsabilidad primaria de educación de los hijos y los abuelos ocupan un rol secundario. Esta tendencia se fue acentuando a lo largo del siglo XX con la transición al modelo de familia nuclear, de manera que actualmente la responsabilidad de la educación y crianza de los hijos reside en los padres, mucho más de lo que ocurría en siglos anteriores, en los que esta tarea se compartía con otras personas de la familia extensa. Esto, lejos de ser algo negativo, posibilita el que los abuelos desarrollen un vínculo mucho más afectivo y distendido con sus nietos.

Esta responsabilidad primaria de los padres en materia educativa, permite que el carácter de la relación entre abuelos y nietos sea eminentemente lúdico, especialmente durante la primera infancia del niño. Esto no impide que los abuelos participen en el proceso



educativo de sus nietos, sobre todo si se tiene en cuenta que el tiempo de ocio es también tiempo para educar. Los abuelos, al ser una figura de referencia importante para los nietos, se convierten en canales de transmisión de valores a través de sus actitudes y comportamientos, que el niño empieza ya a percibir durante la primera infancia. Los abuelos también educan, pero lo hacen de manera diferente a los padres y en todo caso complementan la responsabilidad de éstos.

Pero cuando la intensidad del cuidado de los nietos, medida en número de horas, es muy elevada, inevitablemente se está delegando en ellos la responsabilidad de educar. Esto les impide desempeñar plenamente su papel como abuelos y por tanto mantener una relación más afectiva con los nietos, o al menos diferente a la que éstos mantienen con sus padres. Esta situación puede resultar una sobrecarga para ellos al no permitirles disfrutar de sus nietos, incidiendo esto en una pérdida importante de la calidad de vida tanto de los unos como de los otros.

- b) *Función de apoyo afectivo*: la forma de desarrollar la afectividad no es idéntica en cada uno de los miembros de la familia. Si bien el vínculo entre padres jóvenes e hijos tiene un fuerte carácter afectivo, la expresión de la afectividad hacia los hijos en el marco de su papel educativo, obliga a encontrar el equilibrio entre la exigencia necesaria y la expresión del afecto. Sin embargo, el vínculo entre abuelos y nietos está más libre de obligaciones. Habiendo educado ya a sus propios hijos en el pasado, y no siendo ellos quienes detentan la responsabilidad primaria de la educación y crianza de sus nietos, su papel de abuelos posibilita el establecimiento de unas relaciones afectivas más libres y abiertas con sus nietos. “Los niños deben obediencia y resultados escolares a sus padres, mientras que la generación mayor no pide nada y no juzga.” (Attias-Donfut & Segalen, 2007, p. 38). Por tanto los abuelos desempeñan una función más distendida de apoyo afectivo, moral y práctico en relación a sus nietos. Si se da una plena sustitución de funciones, viéndose obligados a desempeñar el papel de padres, los nietos se verán privados de la riqueza afectiva que implica la relación con unos abuelos que no puedan serlo realmente.
- c) *Función de socialización primaria*: es en la familia donde los niños se inician en los procesos que les permitirán adquirir comportamientos duraderos, y que les posibilitarán desenvolverse en su vida personal y social futura, facilitándoles un mejor desarrollo como personas. Aunque especialmente en las últimas décadas, hemos asistido a una ampliación de los estamentos que participan e influyen directamente en el proceso de socialización primaria, la familia sigue siendo el

primer lugar en el que éste se desarrolla. Los abuelos desempeñan un papel insustituible y distinto al de los padres en el desempeño de esta función. A través de ellos los nietos pueden acercarse a realidades diferentes con respecto a las de su núcleo familiar primario, lo que les permite conocer y vivir situaciones a las que de otra manera no tendrían acceso. Piénsese, por ejemplo, en el primer contacto de los niños con la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, que proviene generalmente de la experiencia vital de sus abuelos. A pesar del carácter doloroso de esta realidad, el que puedan aproximarse a ellas de la mano de las personas de referencia que más les quieren —padres y abuelos—, les ayudará a afrontarlas como algo que forma parte de la vida y de lo humano.

Para el niño, la enfermedad e incluso la muerte de los abuelos no debería ser un hecho traumatizante ni destructivo: el duelo contribuye a su proceso de desarrollo, haciéndole comprender el sentido temporal de la existencia humana (Attias-Donfut & Segalen, 2007).

- d) *Función de establecimiento de un vínculo con las raíces para la configuración de la identidad personal.* La importancia del hecho de saber de dónde venimos, aparece con frecuencia en la psicoterapia. En las distintas situaciones en las que existe un hueco en la filiación ya sea, por ejemplo, por la pérdida de padres y/o abuelos, aparece la necesidad de reconstruir ese pasado, y la búsqueda —más o menos intensa, pero real— para intentar llenar los huecos genealógicos. Los abuelos constituyen el vínculo con las raíces de la persona, cuya necesidad de inscribirse en el tiempo permanece vigente también en la sociedad moderna. “La existencia de los abuelos, y a través de ellos de los ancestros, nos dice que no nos bastamos a nosotros mismos, y que nuestro propio devenir no es sólo el fruto de nuestra voluntad individual.” (Attias-Donfut & Segalen, 2007, p. 259). Son ellos quienes “asumen el vínculo intergeneracional, encarnan su fuerza, ofrecen una figura de ancestralidad que podía haberse creído desaparecida o inútil en nuestra sociedad moderna, pero que aparece en toda su claridad, sobre todo en el momento en que tienden a desatarse los vínculos de filiación.” (Ibíd., p. 290-291).
- e) *Función de transmisión de la cultura y la memoria familiar.* Los abuelos son también los guardianes de la cultura, sus depositarios vivientes. A través de las conversaciones y los gestos habituales, con ocasión de los contactos cotidianos, de las reuniones familiares y las actividades de ocio en común, se transmite no sólo la cultura familiar, sino también la regional y las tradiciones locales. Los abuelos son así los portadores de la continuidad familiar y la encarnación de la historia que se inscribe en lo cotidiano. Su presencia hace que

ciertas cosas permanezcan aún en medio de los cambios palpables entre generaciones y de las diferencias que existen entre las mismas.

A través del ejercicio de estas funciones, la presencia de los abuelos y su contacto con los hijos adultos y los nietos, contribuye a una apertura y enriquecimiento de la familia nuclear y por tanto de la vida social. Esto es especialmente importante en un contexto como el actual, en el que con excesiva frecuencia los hogares modernos se encuentran inmersos en una cierta soledad, reflejo de un ritmo de vida absorbido por el trabajo, con un número reducido de hijos y en escenarios en los que se da cierta desarticulación de los vínculos comunitarios. En estos contextos, el microcosmos padres/hijos corre el riesgo de producir vínculos familiares cerrados en ellos mismos. El que los abuelos puedan ejercer el papel que les corresponde en las funciones educativa, de apoyo afectivo, socialización, vínculo con las raíces, transmisión de la cultura y la memoria familiar, enriquece el tejido de relaciones de la familia nuclear y la abre a un horizonte más amplio.

### **2.2.3. Etapas de la relación entre abuelos y nietos desde una perspectiva del ciclo vital**

La relación entre abuelos y nietos atraviesa distintas etapas, tanto en función de la edad de cada uno de ellos, como del momento del ciclo vital en el que se encuentren y se pueden identificar, *grosso modo*, tres etapas:

- a) La primera, cuando los abuelos pertenecientes a la generación pivote aún no han alcanzado la edad de jubilación, encontrándose en una etapa activa de su vida laboral<sup>8</sup>. Desde esta posición, los abuelos deben conciliar las exigencias de su vida profesional con sus responsabilidades familiares, a las que además de la llegada de los nietos puede sumarse la presencia de padres mayores, con un estado de salud vulnerable y mayor fragilidad afectiva.
- b) La segunda etapa coincide con la de la jubilación. Los abuelos de 65 años —en ocasiones antes, en caso de jubilación anticipada—, todavía disponen, mayoritariamente, de unas condiciones de salud buenas y pueden desempeñar un rol más activo en relación a sus nietos. Disponen de más tiempo y en la medida en que su estado de salud se lo permite, pueden utilizarlo en el cuidado de los nietos. Esta etapa suele coincidir con la presencia de nietos aún pequeños, con

---

<sup>8</sup> Aunque en España la tasa de empleo de las mujeres que se encuentran en esta franja de edad es inferior a la media de la tasa de empleo de las mujeres más jóvenes, la tendencia indica un aumento progresivo a medida que las generaciones de mujeres que se han incorporado al mercado laboral vayan alcanzando estas edades.

los que pueden entablar relaciones de afectividad y complicidad de mayor intensidad.

- c) El paso de los años suele venir acompañado de un deterioro de las funciones fisiológicas y funcionales, lo que afecta a su vida personal y familiar y especialmente a su relación con los nietos. Continúan jugando un papel clave en la familia y su presencia sigue siendo importante en ella, pero se reducen los contactos con los nietos y cambia su relación con ellos, ya que las actividades que pueden realizar juntos son más tranquilas y limitadas.

Las etapas anteriores pueden interpretarse mejor si se aborda la relación abuelos-nietos atendiendo a la edad y al momento del ciclo vital de estos últimos:

- a) Durante los primeros meses de vida, cuando los padres necesitan ayuda de manera puntual y recurren a los abuelos, la atención de los nietos exige sobre todo cuidados corporales, a los que va unido un vínculo afectivo especialmente relevante. Esto se debe a que en esta primera etapa de desarrollo del niño, la percepción del afecto se realiza sobre todo a través de los sentidos, fundamentalmente del tacto. Conviene recordar que los tres primeros años de vida del bebé constituyen un período fundamental para la formación del psiquismo y para el aprendizaje social. Cómo criemos a nuestros bebés hoy determinará buena parte de los problemas que la sociedad tenga en el futuro, si no lo hacemos adecuadamente (Sanz Andrés, 2011). El entorno y las personas de referencia con las que el niño se relaciona en dicha etapa tienen una gran importancia para estos procesos.
- b) Entre los 2 y 6 años, de acuerdo a las etapas evolutivas del niño, su capacidad e interés por el juego hacen que la mayor parte del tiempo compartido con los abuelos sea de ocio. Así, lo que las encuestas llaman *cuidados* de abuelos a nietos, constituye en muchas ocasiones tiempo de ocio compartido. Por eso se apunta que la relación es más lúdica que educativa, por lo menos en su forma. Con sus nietos, los abuelos suelen recuperar ese ser niños, incluso más que con sus propios hijos cuando éstos eran pequeños. Es en esta primera infancia cuando se establecen las relaciones de mayor intensidad entre abuelos y nietos (Attias-Donfut & Segalen, 2007).
- c) Cuando los nietos llegan a la adolescencia, aparecen las diferencias de intereses, mentalidad y actividades con respecto a los abuelos. A medida que las actividades preferidas de aquellos evolucionan y las ocasiones de intercambio disminuyen, la relación entre ambos va cambiando.

- d) Cuando los nietos crecen y se convierten en adultos, la relación con los abuelos de nuevo se transforma. Aunque suele reducirse la frecuencia de los contactos con los nietos adultos, la figura del abuelo sigue siendo un referente y alguien importante en la vida de aquellos a lo largo de todo el ciclo vital, sobre todo cuando se han establecido relaciones muy cercanas en etapas anteriores y especialmente cuando las crisis familiares han hecho que los abuelos ocupen un papel preponderante en su educación y crianza. El mantenimiento de este vínculo a lo largo del ciclo vital se explica, sobre todo, por el lugar simbólico que ocupan los abuelos, cuyas vivencias con los nietos están asociadas especialmente a los recuerdos de la infancia y a los tiempos de juventud de éstos.

Es evidente que las relaciones entre abuelos y nietos cambian de manera significativa a lo largo del tiempo, lo que no significa, necesariamente, que empeoren, sólo se transforman. Cambia la frecuencia y la intensidad e incluso la forma de relacionarse. Pero estos cambios no sólo están condicionados por la edad y el momento del ciclo vital. En los trabajos disponibles sobre la materia se encuentran también otros factores que influyen en la frecuencia e intensidad del cuidado (Attias-Donfut & Segalen, 2007). Las características de los hijos adultos, por ejemplo, tendrían mayor relevancia que las de los propios abuelos, lo que nos da a entender que las situaciones y necesidades concretas de los hijos jóvenes condicionan en mayor medida a los abuelos a prestar este tipo de ayuda, que su propia situación personal. En esta línea, algunos estudios han encontrado evidencia que uno de los factores de mayor peso en el aumento de la frecuencia e intensidad del cuidado de los nietos es el hecho de que la madre trabaje: las abuelas serían especialmente solidarias con sus hijas, cuando a causa de su actividad profesional, éstas necesitan que alguien se quede con sus niños pequeños.

En el trabajo citado, también la proximidad geográfica es un factor relevante que explicaría la intensidad de la relación, ya que la mayor proximidad facilita la frecuencia de los contactos y el acudir a los abuelos en situaciones de emergencia o de cierta urgencia, en las que los padres no tienen a nadie más con quien dejar a sus hijos. La edad de los niños también resulta significativa: se ha encontrado evidencia de una mayor intensidad en el contacto entre abuelos y nietos cuando éstos se encuentran en edades entre los 4 y 6 años. Finalmente, la calidad de las relaciones entre padres e hijos adultos también influiría en la frecuencia de los contactos, debido a que las relaciones abuelos-nietos no dejan de estar mediadas por la presencia de los padres de éstos. Asimismo, la evidencia apunta de manera generalizada a una preponderancia de las relaciones con los abuelos maternos, en términos de frecuencia e intensidad de los contactos.

Lo cierto es que detrás de situaciones de elevada intensidad de cuidado por parte de los abuelos, se encuentra la dificultad de muchos padres y

madres para conciliar su vida familiar y laboral llegando a agudizarse, en algunos casos, hasta tal punto que constituye un elemento decisivo para muchas parejas a la hora de retrasar la llegada o el número de hijos. La tensión se hace especialmente patente durante los primeros años de vida de los niños. En el primer año se experimenta la dificultad de no disponer de un período más largo de tiempo para dedicarse al cuidado exclusivo de los hijos pequeños<sup>9</sup>, o en el caso de reincorporación a la actividad profesional, padres y madres encuentran una falta de flexibilidad horaria que les genera una carga difícil de sobrellevar. A esto se une la penalización *de facto*, que no *de iure*, que supone para la carrera profesional de la persona en muchos ámbitos laborales el hecho de acceder a una de las opciones disponibles, como los permisos de maternidad, paternidad, reducción de jornada y excedencias. A su vez, optar por esta última puede suponer una drástica reducción de los ingresos familiares, que no todas las familias pueden permitirse en la actualidad<sup>10</sup>.

Como consecuencia de estos factores, las generaciones actuales de padres y madres jóvenes en España experimentan en mayor medida la tensión de no disponer de tiempo para estar con sus hijos pequeños. El problema ha querido resolverse fundamentalmente por la vía de aumentar el número de plazas en escuelas infantiles y adelantar cada vez más la edad a la que los bebés pueden ser acogidos en estos servicios. Esta opción, siendo necesaria en algunas ocasiones, no es la única posible y muchas veces no es la más útil para resolver los problemas de conciliación familiar y laboral, especialmente en los primeros meses de vida, ya que concede el lugar prioritario al trabajo remunerado de los padres, y evita reconocer la importancia de la presencia de la madre o figura de cuidados en los primeros años de vida del niño. Está admitido que el proceso de convertirse en persona es viable únicamente en situaciones de interacción social. Desde esta concepción sabemos que el desarrollo del niño se lleva a cabo en el marco de una relación afectiva con la madre o figura de cuidados. Hasta tal punto esto es así que Winnicott (1998) afirmaba que no hay un ser humano sin cuidados maternos.

La teoría del apego (*attachment*), ha puesto en evidencia la importancia del establecimiento del vínculo primario del bebé con la madre (Ainsworth,

---

<sup>9</sup> El permiso de maternidad en España tiene una duración de 16 semanas seguidas, a las que pueden sumarse otras 2 semanas por cada hijo, a partir del segundo, en casos de parto múltiple, o en caso de discapacidad del hijo. La prestación contributiva asciende al 100% de la base reguladora correspondiente. El permiso por paternidad tiene una duración de 13 días ininterrumpidos, ampliables en el supuesto de parto, adopción o acogimiento múltiples en dos días más por cada hijo a partir del segundo (Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, 2014).

<sup>10</sup> Uno de los factores que condicionan el uso de las excedencias para el cuidado de hijos o menores acogidos, que en España tienen una duración máxima de 3 años, es su carácter no remunerado.



Blehar, Waters, & Wall, 1978; Bowlby, 1969)<sup>11</sup>. Y es que en efecto, en el desarrollo de este vínculo primario adquiere especial relevancia el contacto físico que se da con ella, y uno de los momentos clave de este contacto tiene lugar durante el amamantamiento del bebé: pues será a través del contacto como el niño advierte que es importante y como él empieza a desarrollar conductas y sentimientos de vinculación hacia el otro. De este vínculo físico-afectivo se desprenden consecuencias para el desarrollo madurativo posterior del bebé y del niño. El desarrollo de un vínculo sano será esencial para el posterior proceso de individuación de la persona (Bowen, 1974) y para el desarrollo de la resiliencia, entendida como la fortaleza y capacidad de resistir para sobrevivir a situaciones críticas (Barudy & Dantagnan, 2005). Las investigaciones sobre el vínculo y la teoría del apego y otras en el ámbito de la neuropsicología realizadas en base a la neuroimagen dejan bien clara la importancia de las interacciones de calidad entre el bebé y su madre como promotoras del desarrollo intelectual, emocional y social (Torras de Beà, 2010).

Además, dicho proceso tiene también efectos sobre los padres: si la interacción con el niño pequeño se desarrolla con normalidad, los padres se sentirán cada vez más seguros y podrán ir aumentando su ayuda para vencer situaciones de estrés y conseguir nuevos equilibrios (Gerhardt, 2008).

Lo cierto es que si bien los abuelos pueden ayudar a sus hijos jóvenes durante esta etapa, su papel no debería sustituir al de aquellos; ejerciendo cada uno las funciones que le corresponden. Su presencia, y especialmente la disponibilidad de las abuelas, han constituido hasta ahora una herramienta de conciliación de la vida laboral y familiar para sus hijos jóvenes. Sin embargo, con el aumento progresivo de la tasa de empleo de las generaciones de mujeres que ahora empiezan a ser abuelas, esta disponibilidad queda más limitada y lo será cada vez más en el futuro. Las generaciones de abuelas que pueden dedicarse a tiempo completo a cuidar de sus nietos están llegando a su final.

Algunos estudios que han analizado la evolución de la frecuencia de cuidados por parte de abuelos a nietos en otros escenarios europeos, apuntan que el desarrollo de las guarderías no ha disuadido a aquéllos de proporcionar su ayuda práctica y material a hijos y nietos pequeños (Attias-Donfut & Segalen, 2007). Al haber tenido lugar dicho proceso en momentos históricos en los que el desarrollo de las guarderías ha sido importante, estamos ante un indicador de la fortaleza del vínculo de solidaridad intergeneracional en la familia.

---

<sup>11</sup> A este respecto y entre otros trabajos recientes, puede consultarse Torras de Beà (2010), en el que la autora, de manera sintética, describe y analiza los resultados de los principales trabajos en los que se ha desarrollado la teoría del apego.

## 2.3. Estudio de las relaciones intergeneracionales en la familia

### 2.3.1. El paradigma de la solidaridad intergeneracional

Analizar y conocer de manera objetiva cómo se concreta en la realidad lo que hemos dado en llamar relaciones intergeneracionales en el ámbito de la familia es un trabajo complejo que exige, en primer lugar, elegir una perspectiva de análisis. Podríamos identificar múltiples manifestaciones de estas relaciones en el desarrollo de la cultura, o en la evolución psicológica de los propios hijos o nietos, o podríamos también limitar nuestro análisis a las consecuencias estrictamente monetarias de dichas relaciones. Pero el objetivo de este trabajo, como ya se ha puesto de manifiesto, es avanzar en el conocimiento de lo que las personas mayores aportan en dichas relaciones intergeneracionales, dando apoyo en el desempeño de la función de solidaridad que tiene lugar en la familia. Para ello hemos elegido una de las perspectivas predominantes en los estudios sobre las relaciones intergeneracionales, y que se centra en el paradigma de la *solidaridad intergeneracional*. Este enfoque empieza a gestarse en los años setenta, con los trabajos de Vern Bengtson, cuya formulación será completada a principios de los noventa, recogiendo elementos de las teorías clásicas de organización social, de la psicología social y de los teóricos de la familia<sup>12</sup> (V. L. Bengtson & Roberts, 1991).

Siguiendo este enfoque, la solidaridad familiar intergeneracional muestra seis dimensiones diferentes de la relación entre padres e hijos:

- a) *Solidaridad asociativa*, correspondiente a la frecuencia y tipo de contactos.
- b) *Solidaridad afectiva*, referente al grado de sentimientos positivos hacia otros miembros de la familia, como afecto, confianza, cercanía, comprensión, respeto, etc.
- c) *Solidaridad consensual*, relativa al grado de acuerdo en valores, actitudes y creencias.
- d) *Solidaridad funcional*, correspondiente al intercambio de recursos financieros, físicos emocionales, entre otros.
- e) *Solidaridad normativa*, referente a la importancia de los roles y obligaciones familiares.

---

<sup>12</sup> Las seis dimensiones de la solidaridad intergeneracional que propone este modelo provienen de la teoría y la investigación en la psicología social de grupos pequeños. Teóricos de la familia como Jansen (1952), Hill, Foote, Aldous, Carlson y MacDonald (1970), Nye y Rushing (1969) (cit. por Bengtson et al., 1991) habían encontrado evidencia acerca de la existencia de las dimensiones asociativa, afectiva, consensual, funcional y normativa en la integración familiar.



- f) *Solidaridad estructural*, relativa a la “estructura de oportunidad” para la existencia de relaciones intergeneracionales, que se refleja en la proximidad residencial, número de miembros de la familia, y estado de salud de los mismos.

El conocimiento de cada una de estas dimensiones proporciona una información parcial de la solidaridad intergeneracional en la familia y exige identificar indicadores que permitan aproximarnos a su medición. Para ello, en la tabla 2.2 se recoge la definición de cada una de estas dimensiones, así como algunos de los indicadores que han sido propuestos en la literatura para su medición. Nuestro objetivo es explicar de manera sintética qué variables y comportamientos deberíamos conocer para aproximarnos al grado de solidaridad intergeneracional en el ámbito familiar y a partir de ellos elaborar —en el capítulo 3 y 4 de este estudio— nuevos indicadores que nos permitan realizar una medición de dicha solidaridad en el caso de España, de una manera objetiva, aunque limitada —dada la naturaleza misma del objeto de estudio—.

Este enfoque del paradigma de la solidaridad intergeneracional de Bengtson sirvió de base para el desarrollo de dos nuevas perspectivas. La primera, que trata de completarlo incorporando el conflicto entre padres e hijos en la edad adulta<sup>13</sup>. Y la segunda, que comienza a finales de la década de los noventa, se refiere a lo que se da en llamar *la ambivalencia intergeneracional* (Lüscher y Pillemer, 1998). Este nuevo enfoque constituye una crítica a lo que se interpreta como una visión demasiado positiva de las relaciones intergeneracionales en el paradigma de la solidaridad intergeneracional, comenzando un importante debate académico en torno a ella. Bengtson y otros autores que habían defendido sus mismas tesis, responden planteando que el enfoque de *la ambivalencia*, si bien necesita un mayor desarrollo conceptual y operativo, podría no sólo no anular sino complementar la perspectiva de la solidaridad intergeneracional y del conflicto. Consideran que presentar al modelo de la solidaridad intergeneracional como meramente basado en aspectos positivos de las relaciones familiares, constituye una caracterización equivocada del mismo, pues cada una de las dimensiones representa una dialéctica entre: cercanía y distancia (solidaridad afectiva); acuerdo y desacuerdo (solidaridad consensual); dependencia y autonomía (solidaridad funcional); integración y aislamiento (solidaridad asociativa); oportunidades y barreras (solidaridad estructural); primacía de la familia o del individuo (solidaridad normativa). Además, si se complementan estos posibles indicadores de medición con otros referidos al conflicto, se podrían captar aquellos aspec-

---

<sup>13</sup> Encuestas de reconocida trayectoria, como el Estudio Longitudinal de Generaciones en California (Longitudinal Study of Generations —LSOG), incorporan la medición del conflicto a la evaluación de las seis dimensiones de la solidaridad intergeneracional propuestas por el modelo (V. Bengtson et al., 2002).

TABLA 2.2. *Dimensiones de la Solidaridad Intergeneracional*

<i>Dimensión</i>	<i>Definición</i>		<i>Indicadores</i>
Solidaridad asociativa	Frecuencia y tipos de contacto en diversas actividades en las que participan los miembros de la familia	Integración-Aislamiento	Frecuencia de los contactos intergeneracionales (i.e. en persona, vía llamadas telefónicas o correo). Tipo de actividades compartidas (i.e. recreación, encuentros familiares, celebraciones, etc.).
Solidaridad afectiva	Tipo y grado de sentimientos positivos hacia los otros miembros de la familia, y grado de reciprocidad de estos sentimientos.	Cercanía-Distancia	Nivel de afecto, cercanía, comprensión, confianza, respeto, etc., con respecto a los otros miembros de la familia. Nivel de reciprocidad percibida en los sentimientos positivos entre los miembros de una familia.
Solidaridad consensual	Grado de acuerdo en valores, actitudes y creencias entre los miembros de una familia.	Acuerdo-Desacuerdo	Concordancia intrafamiliar entre medidas individuales de valores específicos, actitudes y creencias. Grado de similitud percibido con otros miembros de la familia en valores, actitudes, creencias.
Solidaridad funcional	Grado de ayuda e intercambio de recursos (financieros, físicos, emocionales, entre otros).	Dependencia-Autonomía	Frecuencia de intercambios intergeneracionales de asistencia (e.g. financiera, física, emocional). Ayuda proporcionada y recibida en: actividades instrumentales (e.g. tareas domésticas), en el cuidado personal, en el cuidado de niños (nietos), apoyo emocional, ayuda financiera. Grado de reciprocidad en el intercambio intergeneracional de recursos.
Solidaridad normativa	Grado de identificación de los miembros de la familia con determinadas normas de solidaridad familiar, para asumir los roles y cumplir con sus obligaciones familiares. Validez en términos abstractos de dichas normas.	Primacía de la familia-Primacía del individuo	Grado de importancia de los roles familiares. Intensidad de las obligaciones filiales.
Solidaridad estructural	Estructura de oportunidades para las relaciones familiares, de acuerdo al número de miembros de la familia y a su proximidad geográfica.	Oportunidades-Barreras.	Proximidad residencial de los miembros de una familia. Número de miembros de una familia. Estado de salud de los miembros de la familia.

Fuente: Elaboración propia a partir de V. Bengtson, Giarrusso, Mabry, & Silverstein, 2002; V. L. Bengtson & Roberts, 1991.

tos relacionados con la ambivalencia, esto es, con la presencia simultánea de sentimientos positivos y de conflicto en las relaciones intergeneracionales<sup>14</sup>.

Como ya se ha señalado, el enfoque elegido en este estudio se fundamenta en el paradigma de la solidaridad intergeneracional de Bengtson. Sin embargo, dadas las limitaciones insalvables que presenta la información estadística disponible en España para la construcción y el cálculo de posibles indicadores, se han podido desarrollar sólo tres dimensiones. La *asociativa*, identificándola con la frecuencia de contactos; la *estructural*, con la proximidad geográfica y la *funcional*, con la colaboración en las tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar, así como las transferencias inter vivos. Todo ello se desarrolla en el capítulo 3 de este trabajo, en el que se identifican y definen tanto los indicadores elegidos como las fuentes estadísticas utilizadas para su cálculo.

### **2.3.2. Motivos que están en el origen de las transferencias entre miembros de distintas generaciones en la familia**

La solidaridad intergeneracional siempre conlleva la transmisión de bienes entre los miembros de la familia. Pero éstos no son exclusivamente materiales o monetarios, e incluso en muchos casos ni siquiera podemos cuantificarlos, debido a la naturaleza diversa de las necesidades que surgen en la familia, reflejo —a su vez— de las distintas necesidades de las personas que la configuran. Como señalan Attias-Donfut, Lapierre y Segalen (2002), refiriéndose concretamente a la transmisión de la cultura que se lleva a cabo en ella, la transmisión de bienes en la familia no se refiere ni regula sólo la de una propiedad material, va más allá incluso del tiempo, ya que es el elemento de enlace entre vivos y muertos, dando visibilidad a la continuidad transgeneracional y constituyendo la memoria familiar concreta. Tiene un valor simbólico y afectivo, sin ninguna relación con el valor económico de aquello que se transfiere y por tanto no tiene precio. Incluso, si somos rigurosos, debemos afirmar que cualquier ejercicio que cuantifique el trabajo que se lleva a cabo en la familia, será siempre limitado. Nunca podremos ni estimar ni cuantificar el cariño, la generosidad, la atención y los cuidados que los padres, madres y/o abuelos prestan a sus hijos y nietos para dar cobertura a todas las necesidades que éstos presentan y que no sólo son materiales sino afectivas, morales e incluso espirituales.

---

<sup>14</sup> Para un mayor desarrollo de la discusión teórica, ver: V. Bengtson et al., 2002; Connidis & McMullin, 2002a, 2002b; Luscher, 2002. Durante la primera década de los años dos mil, la mayoría de estudios sociológicos que abordaron el estudio de las relaciones intergeneracionales, utilizando ambas perspectivas —la de la solidaridad intergeneracional y la de la ambivalencia—, diversificando así las herramientas conceptuales disponibles para la investigación sobre la familia (Silverstein & Giarrusso, 2010).

Además todas estas necesidades y por tanto los instrumentos o mecanismos de solidaridad que utilizan las familias para satisfacerlas, varían considerablemente en función del momento del ciclo vital en el que se encuentran y de las circunstancias de la propia familia. Así hay momentos especiales en los que la presencia de esta solidaridad es mucho más clara y visible, especialmente cuando hay niños pequeños, o existe una persona mayor dependiente, y también en momentos como el actual, es el que la crisis económica impide al padre o la madre la obtención de ingresos suficientes para la subsistencia de su familia.

Existen diferencias significativas en la forma de materializar la solidaridad con sus miembros, que también se observan en las razones por las que estas familias deciden ejercerla y practicarla. Un breve repaso de la literatura nos muestra que van desde el altruismo, el intercambio y la reciprocidad, hasta el sentido del deber y de responsabilidad familiar. Entre otras razones también figura la existencia de los denominados *bienes relacionales*, que se consideran un motivo especialmente relevante a la hora de explorar el origen de las transferencias al interior de la familia, como principal forma de manifestación de dicha solidaridad.

En este contexto conviene aclarar que el término “*transferencia*” debe ser entendido en un sentido amplio, haciendo referencia con ello a un conjunto de recursos que circulan al interior de la familia, entre los que se encuentran, de manera especial: el tiempo, los cuidados y ayudas instrumentales, el dinero y los bienes materiales, entre otros. La importancia de conocer los motivos que llevan a los miembros de una familia a realizar dichas transferencias, radica fundamentalmente en dos aspectos. En primer lugar, porque dichos motivos pueden influir e incluso condicionar el tipo de relación que tiene lugar en ella, así como la calidad de la misma (Kohli & Künemund, 2003). Y en segundo lugar, si tenemos en cuenta que las transferencias que se llevan a cabo tienen consecuencias económicas y sociales que van más allá de la propia institución familiar, dichas razones también son determinantes en el papel público y social que la propia familia desempeña como institución social.

En primer lugar, nos referimos a las tesis convencionales utilizadas para explicar el origen de las transferencias: altruismo, intercambio, reciprocidad y normas de obligación y responsabilidad familiares.

Revisando en la literatura las razones que están en el origen de estas transferencias, de manera sintética y sin pretender realizar un análisis o explicación psicológica, se repiten de manera insistente algunas como: el interés propio, que busca o espera algo a cambio; el interés único y real por el otro, lo cual implica generosidad y gratuidad absoluta; y el sentido de obligación personal como responsabilidad por la propia familia. Estos motivos permiten enmarcar las distintas tesis, cuyos planteamientos principales se sintetizan en la tabla 2.3.

TABLA 2.3. *Principales tesis de los motivos de las transferencias y principales autores.*

<i>Tesis</i>	<i>Principales autores</i>	<i>Motivos de la transferencia</i>
Altruismo puro	Becker, 1981; Stark, 1995, Stark & Falk, 1998, cit. por Silverstein, Conroy, Wang, Giarrusso, & Bengtson, 2002.	Preocupación por el bienestar del otro; satisfacción que reporta a los padres la presencia y el bienestar de los hijos.
Altruismo impuro	Andreoni, 1989, cit. por Kohli & Künemund, 2003.	Ya no radican fundamentalmente en la preocupación por el bienestar del otro, sino que junto a ésta aparecen asociadas otras categorías como la alegría de dar y la empatía del que realiza la transferencia.
Intercambio	Kotlikoff & Morris, 1989, cit. por Kohli & Künemund, 2003.	Expectativa de recibir algo a cambio de aquello que se da; prima la preocupación por el interés propio de recibir algo en retorno.
Reciprocidad	Gouldner, 1960 y Ostner, 2004 (cit. por Tobío, 2012); Donati, 2014.	Expectativa —no derecho formal— de recibir algo de valor similar a lo dado, sin que ello implique simultaneidad (reciprocidades indirectas o diferidas en el tiempo) ni equivalencia exacta.
Normativa	Cantor, 1979; Qureshi, 1990; Chen & Adamchak, 1999; Koyano, 2001; Finch & Mason, 1993, cit. por Kohli & Künemund, 2003.	Sentido de obligación personal como responsabilidad familiar, es el “debo hacerlo, porque es alguien de mi familia”.

*Fuente:* Elaboración propia, con base en Kohli & Künemund, 2003.

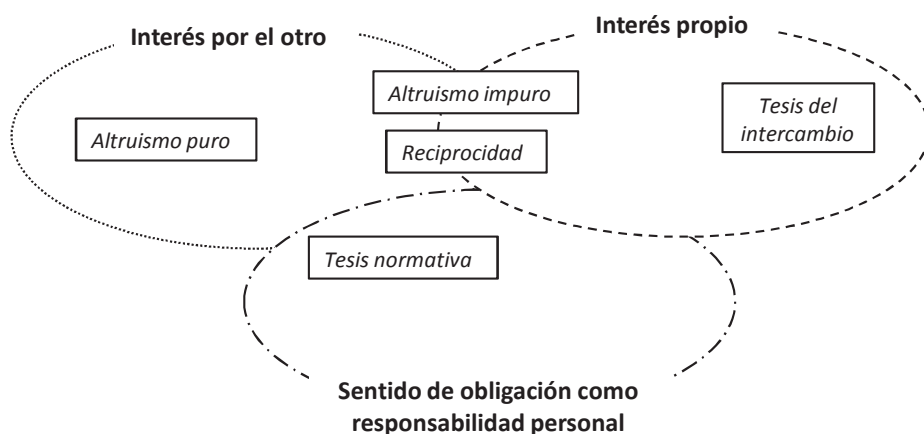
Algunas de ellas se corresponden de manera clara con uno de los motivos mencionados, como la tesis del altruismo puro, que responde a un interés único y real por el otro, y la del intercambio, que implica a un interés propio por parte de quien realiza la transferencia. En las otras encontramos elementos de motivos distintos, situándose por lo tanto en el punto de intersección entre éstos. Lo anterior se visualiza en el gráfico 2.1, en el que cada circunferencia representa uno de los motivos; las tesis se encuentran en una u otra posición, de acuerdo con aquél con el que tengan una mayor correspondencia.

En relación a los principales argumentos mencionados, se pueden hacer las siguientes consideraciones:

- En primer lugar figura la *tesis del altruismo puro* según la cual los motivos de las transferencias radicarían en la preocupación por el bienestar del otro y en la satisfacción que reporta a los padres la

presencia y el bienestar de los hijos. Gary Becker (1981) —uno de los principales autores que ha planteado esta perspectiva— sugiere que así como en las transacciones de mercado resulta más eficiente el interés propio, en la familia primaria el altruismo. Desde la sociología también se han apuntado numerosas explicaciones que establecen que en la base del apoyo mutuo entre los miembros de una familia estarían las motivaciones de tipo altruista. En este marco, los intercambios intergeneracionales estarían motivados de manera incondicional por las necesidades de los receptores potenciales de los mismos (Stark, 1995; Stark & Falk, 1998, cit. por Silverstein, Conroy, Wang, Giarrusso, & Bengtson, 2002).

GRÁFICO 2.1. *Motivos principales de las transferencias al interior de la familia, y tesis recogidas por la literatura*



Fuente: Elaboración propia.

- b) Pero dado que la propia literatura económica reconoce que el altruismo puro no es el motivo dominante, aparece en segundo lugar la *tesis del altruismo impuro*. De acuerdo a ésta, la preocupación originaria por el bienestar del otro estaría asociada a otras categorías como la alegría de dar y la empatía (Andreoni, 1989, cit. por Kohli & Künemund, 2003). Cuando la transferencia se prolonga incluso ante la ausencia de necesidad del receptor, se hablará de altruismo impuro, puesto que el motivo principal ya no reside únicamente en la preocupación por el bienestar del otro, sino en la alegría de dar.
- c) En tercer lugar, la *tesis del intercambio* sostiene que el motivo de la transferencia radica en la expectativa de recibir algo a cambio de

aquello que se da, primando la preocupación por el interés propio de obtener algún retorno. Una interpretación radical de esta lógica del intercambio sostiene que la razón por la que las personas mayores dan dinero a sus hijos adultos y nietos radica en que de esta manera les estarían induciendo a prestarles servicios. Cabe cuestionarse, cuanto menos, si el motivo principal que explicaría las transferencias al interior de la familia puede estar tan cercano a una lógica de mercado como pretende la tesis del intercambio. Esto parece un tanto alejado de la realidad, en la que aun existiendo situaciones interesadas y egoístas, éstas no constituyen ni el único motivo ni el de mayor importancia con respecto a aquello que se da y se recibe en el marco de las relaciones familiares.

- d) En cuarto lugar, la *tesis de la reciprocidad* apunta que el motivo principal radicaría en la expectativa —no en el derecho formal— de recibir algo de valor similar a lo dado, o de dar algo de valor similar a lo recibido, sin que ello implique simultaneidad ni equivalencia exacta. Estos rasgos marcan la diferencia principal con la tesis del intercambio. En las relaciones entre los distintos miembros de una familia existiría una expectativa de reciprocidad que “no es la reciprocidad de los contratos, ni una prestación o contraprestación en un circuito de intercambios entre quien comparte una red fiduciaria, sino sólo con aquel al que se le reconoce como ligado por un vínculo familiar” (Donati, 2014).

Puesto que las relaciones al interior de una familia se desarrollan en un horizonte temporal muy amplio, las reciprocidades que en ella tienen lugar pueden ser de carácter indirecto o diferidas en el tiempo. Al hablar de estas últimas se hace referencia a aquellas relaciones en las que se recibe más tarde de quienes se ha dado en un momento anterior en el tiempo. La familia, por ser el ámbito por excelencia del encuentro entre generaciones, es uno de los marcos institucionales más propicios para dar lugar a este tipo de reciprocidades diferidas. De esta manera, la reciprocidad entre generaciones de una familia implicaría un compromiso de los adultos para cuidar de los hijos cuando éstos son pequeños y de los padres cuando éstos sean mayores, esperando ellos mismos ser cuidados en la última etapa de su vida. Sin embargo, los cambios en los comportamientos ya no permiten dar por hecho que los hijos adultos cuidarán directamente de sus padres cuando éstos sean mayores, aunque sigue existiendo un cierto sentido de compromiso con ellos, que movilizaría este tipo de reciprocidades diferidas en el tiempo. Esto es posible en cuanto la reciprocidad no implica ni simetría ni equivalencia absoluta entre lo dado y lo recibido. Es decir, no implica devolver lo mismo que se me ha dado sino atender las necesidades que en cada momento surjan en alguno



de los miembros de la familia, que no tienen porque ser idénticas, aunque se esté en tramos de edad similares.

Pero a su vez, la familia constituye el lugar de las reciprocidades indirectas, en donde se da a unos y se recibe en retorno de otros<sup>15</sup> (Attias-Donfut & Segalen, 2007). Para que se establezca una relación de reciprocidad, se requiere de un horizonte temporal amplio, de un marco estable para la interacción y de una relación de confianza entre las personas (Tobío, 2012). El que las transferencias recíprocas en la familia puedan darse en un horizonte temporal indefinido, es posible gracias a que el vínculo familiar constituye una relación estable y duradera en el tiempo: no se es padre sólo mientras los hijos son pequeños, no se deja de ser hijo aún tras haber conformado un núcleo familiar propio; incluso en los casos de separación y divorcio, si hay hijos en la pareja seguirá existiendo un vínculo familiar.

- e) Y por último, en quinto lugar, la *tesis de las normas de responsabilidad y obligación familiares*, establece que el motivo de las transferencias radicaría en el sentido de obligación personal, es decir, en el *debo hacerlo porque es alguien de mi familia*. Este sentido de obligación, que no respondería simplemente a un principio normativo abstracto sino que se gestaría en la interacción con los miembros de la familia a lo largo del tiempo, puede entenderse mejor en cuanto sentido de responsabilidad personal por aquello que necesitan los miembros de la propia familia. Dicha responsabilidad estaría moldeada por factores entre los que se encuentra la cultura, cuyas normas se adaptan de una generación a la otra (Attias-Donfut et al., 2002).

Finalmente, la preocupación por mantener la autonomía o la distancia, ha sido planteada como uno de los motivos de las *no-transferencias* al interior de la familia. Existen otros que desbordan el objetivo central de este estudio y que por tanto no podemos analizar en profundidad como por ejemplo, el control o el poder sobre el otro —búsqueda por lograr que los receptores se plieguen a los pro-

---

<sup>15</sup> A este respecto, resulta sugerente la distinción presentada por Masson (2001, 2002) entre la reciprocidad indirecta descendente y retrospectiva (en la que subyace el principio de hacer por la descendencia aquello que se hubiese querido que los predecesores hicieran por uno) y la reciprocidad indirecta ascendente y prospectiva (a la que subyace a su vez el principio de hacer por los predecesores lo que se quisiera que la descendencia hiciera por uno). Mediante ambos tipos de reciprocidad se intentan resolver los dilemas que genera la irreversibilidad temporal propia de las relaciones intergeneracionales, a saber, el dilema de la herencia justa y el de la deuda justa. Dado que Masson aplica estos conceptos de reciprocidad indirecta a las transferencias públicas, en el presente trabajo hemos considerado un tanto complejo trasladarlos a otro tipo de transferencias intergeneracionales en la familia.



pios deseos—, el estatus —preocupación por el propio honor ante la sociedad—, o el cumplimiento de normas externas —preocupación por ser aceptado o por obtener aprobación social—.

A las tesis convencionales analizadas hasta aquí sobre los motivos que estarían en el origen de las transferencias, proponemos añadir una nueva, apoyándonos en la teoría de los bienes relacionales ya mencionada en este trabajo.

Tal y como se ha planteado en la introducción de este estudio, los bienes relacionales hacen referencia a que es la relación en sí misma, y no el resultado de ella, lo que constituye el bien para las personas. Para que exista un bien relacional es indispensable conocer la identidad de aquel con quien se establece la relación (Zamagni, 2012). Esta condición se da de manera especial en las relaciones al interior de la familia, dado el carácter específico y originario del vínculo que se gesta a partir de una relación de parentesco y se va alimentando a lo largo del ciclo vital en un marco relacional. Esto hace que las relaciones familiares adquieran un carácter distinto al que puede darse en la de amistad o mero intercambio de equivalentes, propio de las relaciones de mercado. Se identifican incluso bienes relacionales *primarios* para hacer referencia a aquellos que se producen al interior de la familia, a diferencia de los que son generados en las organizaciones de la sociedad civil.

De este modo, el bien implícito que reside en la propia relación con aquel a quien se sabe unido por un vínculo de parentesco, configuraría un motivo capaz de explicar —en muchos casos— porqué se originan transferencias de distinto tipo al interior de la familia. Los bienes relacionales a los que aquí hacemos referencia son las *relaciones* que se generan en el propio flujo de ayudas y transferencias de la solidaridad asociativa y funcional, categorías ya señaladas en el apartado anterior, al presentar el paradigma de solidaridad intergeneracional. Recordemos que si en la dimensión asociativa se incluye la frecuencia de los contactos (visitas, por ejemplo) y el tiempo compartido con otros miembros de la familia, en la funcional se incluyen tanto los cuidados de personas dependientes (cuidado de niños y de adultos), como la ayuda proporcionada en actividades más instrumentales (como las tareas domésticas) y las transferencias financieras inter vivos. Así, no podemos olvidar que los contactos y los cuidados, las ayudas instrumentales y las transferencias monetarias, se generan en el marco de una relación personal, produciendo por tanto bienes relacionales.

Estos bienes no son cuantificables en términos monetarios, pero no por ello carecen de efectos económicos relevantes tanto al interior de la familia como a nivel social. Aunque en el caso de las transferencias inter vivos se puede estimar su valor monetario, y en el caso de los cuidados y ayudas instrumentales se puede tener una variable *proxy* del tiempo dedicado a ellos, o incluso del coste de oportunidad que representan para la persona que

cuida, no estaríamos contabilizando el valor intrínseco que se genera en la relación con el otro, en la que tiene lugar la transferencia. Lo anterior implica incluir un elemento en el análisis que suele dejarse de lado en los estudios estrictamente económicos, pero sin el cual no es posible entender muchas de las decisiones —también económicas y monetarias— de las personas. Se trata de reconocer que en la familia incluso las transferencias de dinero o en especie están inmersas en una relación personal de solidaridad y confianza, propia del vínculo familiar.

Como ya se ha señalado, la razón por la que se lleva a cabo una transferencia puede marcar una diferencia relevante entre el receptor de la misma y aquel que la realiza. Para quien la recibe, no es lo mismo que una transferencia de tiempo, dinero, cuidado, entre otras, tenga como motivo originario el interés propio del que la realiza, es decir, de aquel que busca o espera algo para sí mismo —tesis del intercambio y la de la reciprocidad—, a que no exista otro motivo que el interés real por el otro —tesis del altruismo—. Al añadir la categoría conceptual de los bienes relacionales como elemento capaz de explicar el origen de las transferencias, podríamos decir que éstos se encuentran en un lugar intermedio: el motivo no estaría únicamente en la búsqueda del bienestar del otro, ni en el interés propio, sino que se trasladaría a la relación en sí misma, sin cálculos de recibir algo a cambio en el futuro, aunque implícitamente la propia relación conlleve un cierto capital de confianza que se deposita en el otro. Confianza que se va alimentando al interior de la relación, posibilitando así un marco temporal a largo plazo.

Los motivos apuntados por parte de quien realiza la transferencia también pueden tener efectos distintos tanto sobre el receptor, como sobre aquel que las realiza. Por el lado del receptor, uno u otro motivo se pueden traducir en el propio contenido de la transferencia y el que la recibe lo puede llegar a percibir. Pensemos en una persona mayor, frágil, que es cuidada por otra, ya sea un familiar, un profesional o un cuidador, que se ven movidos a hacerlo por un interés real por el otro, aunque por dichos cuidados reciban una remuneración económica. Existirá una clara diferencia con aquella persona que es cuidada por obligación, o únicamente por un interés propio, más aún si quien la cuida pertenece a su propia familia. Si algo podemos percibir los seres humanos en el marco de las relaciones personales, es si somos realmente valorados y si existe una gratuidad sincera en aquello que el otro nos ofrece.

Pero los motivos por los que se realizan las transferencias también tienen consecuencias sobre aquel que las realiza. Es probable que su actitud sea distinta si espera recibir algo a cambio, o si lo hace al menos con una cierta dosis de gratuidad e interés real. Es evidente que aquello que se busca y espera de las relaciones con los demás, en este caso, con los miembros de la familia, marcará inevitablemente la forma y el contenido de las relaciones familiares.

Resulta fundamental continuar explorando desde distintas disciplinas los motivos que originan las transferencias al interior de la familia, de manera especial aquellos que hunden sus raíces en los bienes relacionales, particularmente por dos razones.

En primer lugar, porque los bienes relacionales que se generan en la familia no pueden ser sustituidos por los que se producen en otras instancias (como el Estado o el Tercer Sector) sin que ello implique una pérdida en la calidad de la relación, y por tanto, de la propia transferencia. Por ello resulta necesario potenciar la resolución de conflictos al interior de la familia, facilitando un marco sano y equilibrado de relaciones en el que puedan producirse verdaderos bienes relacionales, que motiven a su vez nuevas transferencias. Y en segundo lugar, porque estos bienes generan efectos positivos no sólo para las personas que participan en las transferencias al interior de la familia, sino también para los entornos sociales y laborales en los que éstas están inmersas. Una persona que participa en transferencias intrafamiliares en las que la relación en sí misma constituye un bien (generando por tanto bienes relacionales), tendrá una riqueza no monetaria que ofrecer a la vida social, cuyos efectos repercutirán, a su vez, en la economía de un país.

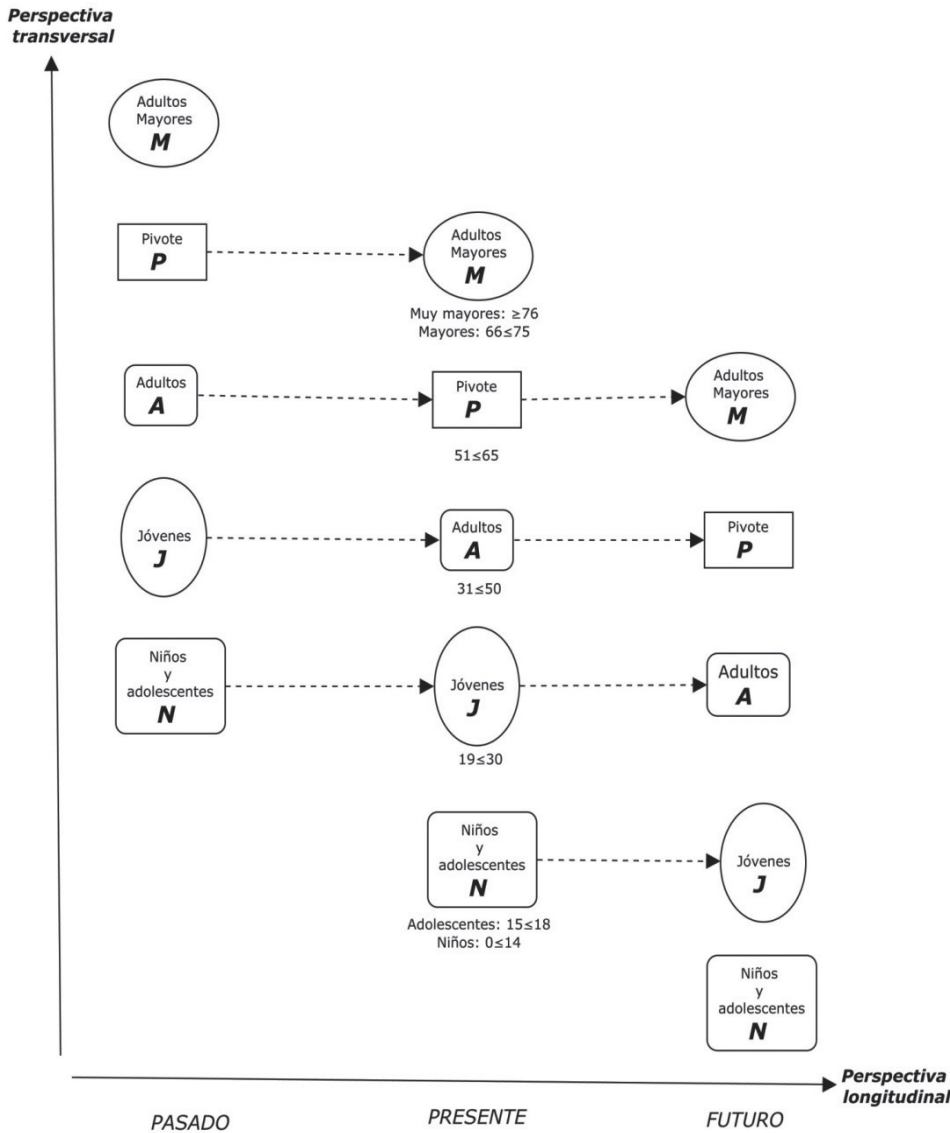
### **2.3.3. Las generaciones en la familia en perspectiva longitudinal o transversal**

Tal y como ha quedado puesto de manifiesto, entre los miembros de distintas generaciones de una familia tiene lugar una transmisión de bienes —en sentido amplio—, que por la propia naturaleza del vínculo familiar, se abre a un horizonte temporal amplio. En este sentido, en función de este marco temporal utilizado a la hora de abordar el estudio de las relaciones intergeneracionales, podemos utilizar dos perspectivas. Si abarca un período largo de tiempo, en el que pueda verse la sucesión de distintas generaciones, estaremos hablando de una perspectiva longitudinal. Si decidimos abordar un marco temporal más restringido, que sólo nos permita ver las distintas generaciones en un momento dado del tiempo, estaremos hablando de una perspectiva transversal. En función de que se aborde una u otra perspectiva, se ha planteado una distinción muy sugerente entre reciprocidad y solidaridad para caracterizar las relaciones intergeneracionales (Tobío, 2012).

La perspectiva longitudinal nos permite observar el paso de una persona de una generación a otra: quienes ocupaban la posición de jóvenes hace cierto tiempo (pasado), se encuentran hoy en la posición de adultos (presente) y serán la generación pivote en un futuro próximo (ver eje horizontal del gráfico 2.2). El paso del tiempo marcaría los cambios de un grupo de edad a otro. Pero para que podamos hablar de generación en sentido relacional,

será necesario considerar la evolución de la descendencia en la esfera familiar de parentesco, es decir, el tránsito de una etapa a otra en la vida familiar: de ser únicamente hijos, las personas pasan por lo general a ser padres y luego abuelos.

GRÁFICO 2.2. *Circuito de generaciones en la familia en perspectiva longitudinal y transversal*



Fuente: Elaboración propia, basado en el modelo presentado por Arrondel & Masson, 1999; Masson, 2001, 2002.

Desde una perspectiva longitudinal, las relaciones intergeneracionales estarían caracterizadas por la norma de la reciprocidad. Las posiciones asimétricas que ocupan las personas en un momento dado del tiempo, en términos de *quién necesita qué tipo de apoyo*, cambian a lo largo del ciclo vital (Tobío, 2012), dando lugar a que aquellos que requirieron más apoyo en un momento dado (como los niños, por ejemplo), pasen a una situación en la que son ellos los más capacitados para dar (cuando llegan a ser adultos o forman parte de la generación pivote), mientras que quienes dieron su apoyo en épocas anteriores (adultos o generación pivote), al llegar a edades más avanzadas requieren de la ayuda de otras personas. El enfoque de la reciprocidad resulta así muy útil para entender cómo a lo largo del ciclo vital de una persona, ésta pasa por distintas etapas que la ponen ya sea en posición de realizar más transferencias o de recibirlas por parte de otras de la línea generacional ascendente o descendente.

Si adoptamos una perspectiva transversal de análisis (ver eje vertical del gráfico), se observa que cada persona ocupa una posición en la línea generacional, según la cual en un momento dado del tiempo estará más capacitada para realizar transferencias —en sentido amplio— o tendrá una necesidad mayor de recibirlas. De esta manera, hay posiciones en las que algunos reciben más de aquello que pueden dar visiblemente. Piénsese en la infancia, en cuanto etapa en la que el niño/a requiere de muchos cuidados por parte de sus padres o tutores, no pudiendo corresponder de la misma manera a éstos últimos, es decir, a través del mismo tipo de transferencias de manera simultánea. Otro ejemplo de estas posiciones asimétricas que encontramos en las familias, es el de la situación de fragilidad de una persona mayor o de una persona discapacitada. Puesto que las necesidades y capacidades de unos y otros son distintas de acuerdo al momento del ciclo vital en el que se encuentran, la perspectiva más idónea para analizar los flujos y transferencias existentes entre unas y otras en un momento dado del tiempo es la de la solidaridad.

El estudio empírico aplicado al caso español que abordaremos en el siguiente capítulo adopta precisamente el enfoque de la solidaridad intergeneracional, al estar basado en datos de carácter transversal que nos permiten efectuar una aproximación al flujo de transferencias entre distintas generaciones en un momento dado del tiempo.



## CAPÍTULO 3

### ANÁLISIS EMPÍRICO DE LA SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL EN ESPAÑA

#### **3.1. Dimensiones para medir la solidaridad intergeneracional: asociativa, estructural y funcional. Metodología**

El objetivo de este capítulo, apoyándonos en los fundamentos teóricos desarrollados en los capítulos anteriores, es identificar y cuantificar —en la medida que las limitadas fuentes estadísticas disponibles para España lo permiten— las distintas manifestaciones de las aportaciones que las personas mayores realizan a la solidaridad intergeneracional en el ámbito familiar, a la vez que ellas mismas también son receptoras de ayudas de otros familiares. Para ello se han construido distintos indicadores que miden la solidaridad intergeneracional desde diferentes dimensiones, mostrando cada uno de ellos un aspecto parcial de la misma. Como novedad y principal aportación a dichos trabajos se ha elaborado un *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional*, que se cuantifica para el caso español en el capítulo 4 de este estudio y permite una visión global e integrada de cómo es la solidaridad intergeneracional que se produce en las familias, atendiendo a la edad de sus miembros, con un análisis centrado en las personas mayores de 50 años.

Los resultados obtenidos del cálculo de los indicadores elaborados —parciales y sintético— permiten comprobar que el comportamiento del grupo de población formado por personas mayores de 50 años, en relación a la solidaridad intergeneracional, es muy similar al de otros miembros de la familia, situados en grupos de edad más jóvenes. Incluso, los que se encuentran en el tramo comprendido entre 50 y 64 años, realizan una contribución a la solidaridad intergeneracional, en algunos casos, más importante que la de aquellos.

En la metodología utilizada, que se recoge a continuación, se describen los indicadores parciales —así como el indicador sintético—, que se han elaborado para afrontar la compleja tarea de cuantificar algunos aspectos de la solidaridad intergeneracional en el ámbito de la familia susceptibles de ser medidos en tiempo o en euros.

En este sentido, a la hora de trasladar el marco teórico de la solidaridad intergeneracional al análisis empírico aplicado a España, hemos respetado las características clave que forman parte de la naturaleza del objeto de estudio, especialmente dos:

- a) La multidimensionalidad, reflejada en los distintos ámbitos en los que la solidaridad puede manifestarse.
- b) La multiunidad, ya que cada manifestación de ésta requerirá del uso de su medida correspondiente (tiempo utilizado, medido en horas, y transferencias monetarias realizadas, cuantificadas en euros).

Hay que recordar que la solidaridad intergeneracional tiene su origen, fundamentalmente, en las características tan especiales que presentan las relaciones familiares. La propia naturaleza de éstas, que forma parte de la propia esencia de la familia, hace imposible cuantificarlas en toda su dimensión. Por tanto, los datos que se recogen a continuación, tan sólo pretenden hacer visible una parte de dicha solidaridad, así como ayudar a reconocer el papel clave que las personas mayores desempeñan en las relaciones intergeneracionales y por tanto en la sociedad.

Para medir la solidaridad intergeneracional, se han seleccionado tres dimensiones: asociativa, estructural y funcional (figura 1), no sólo por su clara relevancia a la hora de dar cuenta del flujo de ayudas y transferencias entre distintas generaciones de una familia, sino también por la disponibilidad de datos sólidos que permiten su medición cuantitativa y posterior análisis. Como ha quedado recogido en el capítulo anterior, estas tres dimensiones fueron propuestas por Bengtson & Roberts (1991) en su modelo original de Solidaridad Intergeneracional. Dicho modelo incluye también otras que no han podido ser tenidas en cuenta en nuestro análisis debido a las limitaciones de la información estadística disponible para España<sup>16</sup>.

Así, la primera de ellas —la *asociativa*— resulta ser un buen indicador para mostrar la existencia de solidaridad intergeneracional medida a través del tiempo que comparten los miembros de la familia —en nuestro caso especialmente referida a las personas mayores—, con familiares, amigos y conocidos. Es decir, recoge la frecuencia de contactos de las personas mayores con sus familiares, o lo que es lo mismo, el tiempo que comparten con otros, aunque los datos de la encuesta no nos permiten identificar si son ellos los que están siendo acompañados o por el contrario son los mayores los que acompañan. Por tanto esta dimensión *asociativa* permite conocer la frecuencia e intensidad de la solidaridad, aunque no su dirección, que sí queda reflejada en la tercera dimensión, la funcional.

En el análisis de esta primera dimensión *asociativa* se incluyen variables utilizadas en estudios anteriores (V. L. Bengtson & Roberts, 1991; Hank, 2007; Mangen, Bengtson, & Landry Jr, 1988), identificándose el tiempo que

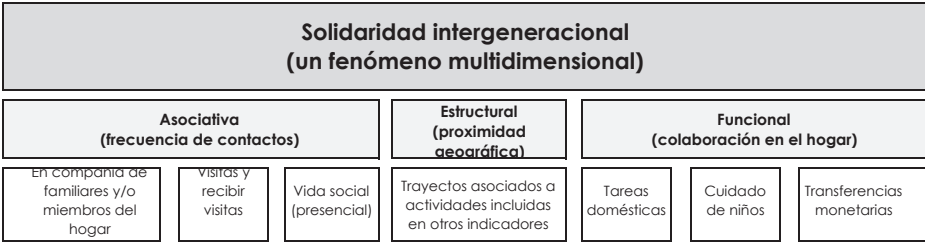
---

<sup>16</sup> Es frecuente que los estudios realizados sobre esta materia, sólo aborden algunas de las dimensiones del modelo original, ya que existen muchas limitaciones estadísticas que hacen imposible la cuantificación de todas. Véase, por ejemplo Hank (2007), quien analiza la frecuencia de contactos y la proximidad geográfica entre personas mayores y sus hijos adultos, a nivel europeo.



las personas pasan en compañía de familiares (acompañando o siendo acompañados), las visitas que realizan o que reciben, el tiempo en conversaciones telefónicas —ya sea recibidas o realizadas— y su vida social.

FIGURA 3.1. *Marco teórico: Esquema conceptual*



Fuente: Elaboración propia.

La segunda dimensión, la *estructural*, recibe este nombre al referirse a variables que denotan la estructura de oportunidad necesaria para que puedan darse relaciones intergeneracionales entre los miembros de una familia extensa. Es decir, identifica elementos que pueden facilitar o impedir los contactos entre distintas generaciones de una familia, incluyendo variables tales como la proximidad geográfica, número de miembros de una familia y estado de salud. En este estudio, tomamos la variable *proximidad geográfica*, al ser considerada como uno de los determinantes de la frecuencia de los contactos (Frankel & DeWit, 1989, cit. por Hank, 2007). Si bien se ha sostenido que la interacción entre miembros de la familia se mantiene aún a pesar de la influencia negativa de la distancia entre hogares de padres mayores e hijos adultos, sí existe consenso en reconocer tanto la adaptabilidad de las redes familiares a una mayor dispersión geográfica, como el efecto negativo de la distancia sobre la interacción. Aunque la disponibilidad de estadísticas oficiales que cuantifiquen este fenómeno, así considerado, es bastante escasa, existen algunas que pueden darnos una aproximación al mismo, como por ejemplo, la duración de los trayectos asociados a actividades realizadas con familiares. En el presente estudio optamos por tomar este *proxy* para hacer referencia a la proximidad geográfica.

Por último, la tercera dimensión, la *funcional*, incluye toda la colaboración activa de los mayores tanto a nivel de tareas instrumentales (domésticas) y de cuidado a otros miembros del hogar, como de las transferencias inter vivos de carácter monetario. Aquí debemos distinguir, como ya se ha mencionado, las distintas alternativas existentes para dejar patente tal colaboración. A título ilustrativo, podemos ver cómo un adulto cuida a menores que conviven con él —tiempo— y/o es el responsable de comprar productos para su cuidado —transferencias monetarias—.

En cuanto a la selección de indicadores parciales, hemos buscado capturar señales complementarias allí donde ha sido posible, dada la compleja naturaleza del objeto de estudio. En la dimensión *asociativa*, por ejemplo, incluimos no sólo el tiempo que se comparte con la familia sino otras variables que, adicionalmente, incluyen también el tiempo en compañía de otros conocidos. Nos referimos a las visitas y también a las conversaciones telefónicas, en ambos casos realizadas o recibidas. Esta última variable ofrece una información complementaria interesante que debe ser interpretada como una manifestación de comunicación entre los miembros de la familia, y por tanto a tener en cuenta como un elemento más en nuestro estudio. Para la dimensión *estructural*, se dispone de muy poca información en las estadísticas oficiales, lo que reduce el abanico de posibilidades al respecto.

### 3.2. Bases de datos y estadísticos descriptivos

En este apartado metodológico, conviene realizar algunas observaciones sobre las bases de datos empleadas. Parece lógico pensar que la solidaridad intergeneracional puede utilizar dos canales bien diferenciados: el uso del tiempo y el uso de otros recursos fundamentalmente de carácter monetario, aproximado típicamente en el análisis económico a través de la renta. La consecuencia es que para cuantificar, al menos parcialmente, esta solidaridad, resultan necesarias fuentes estadísticas que ofrezcan información sobre el uso del tiempo y el uso de esos otros recursos que asociamos con dinero. Por ello y para el caso español, la elección de bases de datos nos viene dada, ya que las únicas que nos permiten disponer de esta información son la Encuesta sobre el Empleo del Tiempo (EET) y la Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF), ambas publicadas por el Instituto Nacional de Estadística (INE).

La primera, la EET, es un estudio sobre la utilización del tiempo de las personas que conforman los hogares, y que residen en viviendas familiares principales en el territorio español. A través de un cuestionario individual y de un diario de actividades, se indaga acerca de las actividades principales y secundarias que realiza cada una de ellas en un momento dado del día. Así, se obtiene información relativa al porcentaje de personas que realizan una actividad en el transcurso del día, y la duración media diaria dedicada a ella (INE, 2011). Es decir, esta encuesta ofrece información estadística, aunque con muchas limitaciones, para identificar lo que hemos dado en denominar *frecuencia e intensidad* de las actividades diarias de cada uno de los miembros de una familia.

En relación a las personas mayores, la EET ha sido utilizada en investigaciones que miden el tiempo dedicado a su cuidado informal (véase, por ejemplo, Rogero García, 2010), pero hasta donde tenemos conocimiento, no

se ha hecho un uso exhaustivo de ella para medir la aportación que dicho colectivo hace a los demás miembros de la familia y al conjunto de la sociedad, que es lo que se pretende en este estudio. Además, algunos estudios que hacen uso de ella en relación a este grupo de población emplean la ola de 2002-2003 (Barrio Truchado, 2007), estando aún sin explotar en esta área la última disponible, que corresponde al período 2009-2010.

Por su parte, la EPF tiene como objetivo obtener información sobre la naturaleza y destino de los gastos de consumo, así como sobre diversas características relativas a las condiciones de vida de los hogares. De periodicidad anual, proporciona información sobre el gasto de los hogares permitiendo medir su evolución.

Aunque la periodicidad anual de la EPF nos permitiría disponer de datos más actualizados —la última ola publicada corresponde al 2014—, la ola más reciente de la EET corresponde al período 2009-2010. Por tanto, aunque conscientes de la distancia temporal que existe entre el 2010 y el momento actual, asumimos esta limitación en nuestro estudio a efectos de mantener la homogeneidad en cuanto al período temporal de referencia, tomando así la ola de la EPF del año 2010 y de la EET 2009-2010.

Se han utilizado los microdatos de ambas encuestas para la medición de las variables que componen cada uno de las dimensiones de la Solidaridad Intergeneracional. Así, la EET nos ha proporcionado los datos necesarios para medir las dimensiones *asociativa*, *estructural* y una parte de la *funcional* —aquella referente a los cuidados y tareas del hogar—, complementándose ésta última con la información disponible en la EPF, de la que se han extraído los datos para medir las transferencias inter vivos —tanto monetarias como no monetarias— de las personas mayores a los demás miembros de la familia (Tabla 3.1).

A efectos de la comparabilidad de los datos de ambas encuestas, es importante tener en cuenta que mientras la EET nos permite realizar el análisis a nivel individual —la unidad básica de análisis son los sujetos miembros del hogar de 10 o más años—, la EPF nos proporciona toda la información a nivel hogar —siendo las unidades básicas de análisis los hogares privados residentes en viviendas familiares principales—.

Antes de presentar los resultados específicos que dan cuenta de cada una de las dimensiones de la solidaridad intergeneracional, conviene detenernos brevemente en la información recogida en la Tabla 3.2. En ella se presenta el número muestral/poblacional de cada grupo de edad relevante<sup>17</sup> (menores, jóvenes, adultos, pivote y mayores), junto con la distribución porcentual poblacional de los mayores de 50 años, según las características que serán consideradas a lo largo de todo nuestro análisis.

---

<sup>17</sup> Dicha agrupación nos permitirá distinguir entre aquellas personas que siendo mayores de 50 años aún no han alcanzado la edad legal de jubilación, de aquellas que tienen 65 o más años.

TABLA 3.1: Definición de indicadores parciales

Indicador	Dimensión	Fuente	Descripción
“No está solo” Frecuencia de contactos (tiempo compartido)	Asociativa	EET	Basado en la variable “SOLO” de la encuesta.
“Con familiares y/o miembros del hogar” Frecuencia de contactos (tiempo compartido)	Asociativa	EET	Si declara estar con familiares (PADRES, PAREJA, MENOR) y/o con otro miembro del hogar
“Con otros conocidos” Frecuencia de contactos (tiempo compartido)	Asociativa	EET	Si declara estar con otros conocidos
“Visitas y recibir visitas” Frecuencia de contactos (tiempo compartido)	Asociativa	EET	Valor de las variables de referencia igual a 512.
“Conversaciones telefónicas” Frecuencia de contactos (tiempo compartido)	Asociativa	EET	Valor de las variables de referencia igual a 514.
“Vida social —presencial—” Frecuencia de contactos (tiempo compartido)	Asociativa	EET	Valores de las variables de referencia en el rango [500-530), a excepción de 512 y 514, siempre que declare estar acompañado.
Proximidad geográfica (Trayectos asociados a actividades incluidas en otros indicadores)	Estructural	EET	Valores de las variables de referencias siguientes (trayectos relacionados con actividades familiares); 930, 936, 938-940, 950 y 960.
Cuidado Personal	Funcional	EET	Valores de las variables de referencia menores que 100 (bloque 0, en la encuesta)
Tareas domésticas	Funcional	EET	Valores de las variables de referencia siguientes; 300-380, 421, y 422.
Cuidado niños	Funcional	EET	Valores de las variables de referencia siguientes; 380-390, 423, y 424.
Ayudas a adultos miembros del hogar	Funcional	EET	Valores de las variables de referencia siguientes; 390-400, 425.
Transferencias monetarias (MIN)	Funcional	EPF	Transferencias intergeneracionales identificadas como tal. Valores de la variable de referencia: 01194, 03123, 03213, 07323, 09512, 09513, 10111, 10112, 10121, 10221, 10311, 10312, 10411, 10412, 10511, 11122, 11213, 12222, 12312, 12711, 12811
Transferencias monetarias (MAX —sin vivienda—)	Funcional	EPF	Transferencias intergeneracionales identificadas como tal. Además de los valores anteriores, se añaden los siguientes: 05621, 05622, 09311, 10512, 12311
Transferencias monetarias (MAX)	Funcional	EPF	Transferencias intergeneracionales identificadas como tal. Además de los valores anteriores, se añaden los siguientes: 04221, 04222.

Notas

1) En la Encuesta del Empleo del Tiempo (EET) del INE las variables de referencia son APRIN —actividad principal— y ASECU —actividad secundaria—.

2) Dentro de la Encuesta de Presupuestos Familiares (2006) del INE, la variable de referencia usada para codificar los gastos es CODIGO, que usa la clasificación COICOP a cinco dígitos.

3) Los dos primeros dígitos de la variable CODIGO indican el grupo al que pertenecen. O sea, 01=Alimentos y bebidas no alcohólicas, 02=Bebidas alcohólicas, Tabaco y narcóticos, 03=Artículos de vestir y calzado, 04=Vivienda, agua, electricidad, gas y otros combustibles, 05=Mobiliario, equipamiento del hogar y gastos corrientes de conservación de la vivienda, 06=Salud, 07=Transportes, 08=Comunicaciones, 09=Ocio, espectáculos y cultura, 10=Enseñanza, 11=Hoteles, cafés y restaurantes, 12=Otros bienes y servicios.

TABLA 3.2. *Estadísticos descriptivos*

<i>Base de datos Periodo de publicación</i>	<i>EET 09/10</i>	<i>EPF-06 2010</i>	<i>Base de datos Periodo de publicación</i>	<i>EET 09/10</i>	<i>EPF-06 2010</i>
<b>Total Muestral</b>	19.295	22.203	<b>Total Poblacional</b>	41.010.492,29	17.644.384
Menores (0 a 18)	1.632	6	Menores (0 a 18)	3.854.616,50	5.884
Jóvenes (19 a 30)	2.370	996	Jóvenes (19 a 30)	6.148.026,71	1.202.490
Adultos (31 a 49)	6.661	8.705	Adultos (31 a 49)	15.216.903,42	7.167.937
Pivote (50 a 64)	4.596	6.583	Pivote (50 a 64)	8.221.523,79	4.546.372
Mayores (65 o más)	4.036	5.913	Mayores (65 o más)	7.641.848,25	4.721.702
<b>Distribución —poblacional— de hogares (EPF) o personas (EET) de 50 años o más, según características</b>					
<b>Nacionalidad</b>			<b>Sexo</b>		
Española	95,0%	95,6%	Hombres	46,2%	68,3%
Otras	5,8%	4,4%	Mujeres	53,8%	31,7%
<b>Por grupos de edad (%)</b>			<b>Tipo de hogar (%)</b>		
50-59	35,8%	33,6%	Hogar unipersonal	15,6%	26,7%
60-64	16,2%	15,5%	Pareja sola	36,4%	26,4%
65-69	13,8%	14,3%	Monoparental (Hombre)	2,7%	2,2%
70-74	11,9%	12,3%	Monoparental (Mujer)	4,9%	6,6%
75-80	10,5%	12,0%	En pareja (más de dos miembros)	3,5%	27,4%
>80	12,3%	12,4%	Coresidencia	37,3%	10,7%
<b>Tamaño municipio (%)</b>			<b>Ingresos (%)</b>		
Municipios capital de provincia o con más de 100000 habitantes	42,4%	42,7%	1200 € o menos	39,0%	44,9%
Municipios entre 50000 y 100000 habitantes	10,3%	11,9%	De 1201 a 2000 €	23,8%	37,1%
Municipios entre 20000 y 50000 habitantes	13,4%	13,5%	De 2001 a 3000 €	11,3%	10,5%
Municipios entre 10000 y 20000 habitantes	10,9%	9,3%	Más de 3000 €	7,2%	3,0%
Municipios de menos de 10000 habitantes	23,4%	22,6%	NS/ NC	19,2%	4,6%
<b>Situación profesional (%)</b>			<b>Estado de salud (%)</b>		
Ocupado	26,4%	32,9%	Muy bueno	9,3%	
Parado	6,2%	5,3%	Bueno	44,5%	
Jubilado o prejubilado	35,8%	50,6%	Aceptable	28,7%	
Realizando las tareas de su hogar	18,4%	8,9%	Malo	14,3%	
Otra situación de inactividad	13,5%	2,3%	Muy malo	3,6%	
<b>Estado civil legal (%)</b>			<b>Nivel de estudios</b>		
Soltero/a	7,6%	9,4%	Estudios básicos	74,4%	69,4%
Casado/a	70,3%	59,2%	Estudios medios	14,6%	15,9%
Viudo/a	17,0%	23,4%	Estudios superiores	11,2%	14,7%
Divorciado/a	5,2%	7,9%			
<b>Menores (&lt;18) en el hogar (%)</b>					
Ninguno	88,8%	88,7%	Al menos uno	11,6%	11,3%

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010 y de la EPF 2010.

Al presentar los resultados por grupos de edad en todas las tablas encontraremos información detallada para las personas entre 50-59 años, 60-64, 65-69, 70-74, 75-80 y mayores de 80 años. Esto nos permite establecer los matices necesarios a la hora de analizar la realidad de las personas mayores, en tanto grupo heterogéneo y diverso, que puede presentar diferencias importantes a medida que aumenta la edad. Así se observa que en algunos casos el paso de un quinquenio al siguiente puede acarrear cambios importantes en los indicadores de la solidaridad intergeneracional.

Atendiendo a la distribución de la muestra según características —Tabla 3.2.—, puede observarse que las dos fuentes de datos utilizadas coinciden en que la mayoría de este segmento de población pertenece al rango 50-59 años de edad (alrededor del 35%), es de nacionalidad española (más del 95% en ambos casos), con un nivel educativo bajo (alrededor del 70%), sin menores en el hogar (88%), con residencia en municipios de más de 100.000 habitantes (alrededor del 40%), con unos ingresos situados en la parte inferior de la escala considerada (alrededor del 40%), y cuya situación profesional está claramente concentrada en torno a dos situaciones —ocupados (25-30%) y jubilados (35-50%).

Por el contrario, existen diferencias significativas entre ambas fuentes de información en algunos aspectos, como su composición por sexo (las mujeres son mayoría/minoría en la EET/EPF) y el tipo de hogar, teniendo la coresidencia<sup>18</sup> (37.3% frente a un 10.7%) y los hogares unipersonales (casi el doble en la EPF) pesos muy diferenciados en ambos casos.

Una vez descritas las bases metodológicas y de información que fundamentan el análisis, en los apartados siguientes se presentan los resultados obtenidos tanto en la visión unidimensional como multidimensional, una vez integradas las distintas dimensiones en un Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional (ISSIG), cuyos resultados se recogen en el capítulo 4.

### **3.3. Resultados del análisis empírico unidimensional de solidaridad intergeneracional en las familias españolas. El papel de las personas mayores**

En este apartado se analizan los resultados específicos obtenidos para las dimensiones asociativa y estructural. Se presentan primero los agregados —Tabla 3.3.— según grupos de edad para, posteriormente, presentar los resultados según características. En concreto se distinguen las características

---

<sup>18</sup> A lo largo de este análisis, se considerará “coresidencia” aquella situación en la que conviven en el mismo hogar varios núcleos, parejas ó unidades familiares. Por ejemplo: los padres y un hijo junto con la mujer e hijos/as de éste. Otro ejemplo representativo sería el “abuelo” que vive con su hijo/a y su familia.

personales —Tabla 3.4—, la composición del hogar —Tabla 3.5— y la situación socioeconómica —Tabla 3.6—. La estructura por columnas de cada una es constante a lo largo de todo el análisis. Para cada indicador, se muestran dos números. El primero, indicando el porcentaje de población que participa (satisface la definición) y el segundo, la intensidad de dicha participación, es decir, el tiempo dedicado a la misma.

### 3.3.1. Dimensión asociativa

#### a) Resultados agregados

Como ya se ha señalado, la dimensión asociativa recoge los contactos entre los miembros de la familia, como indicador de solidaridad entre ellos, aunque los datos disponibles para España no nos permiten identificar el sentido que ésta tiene, es decir, quién acompaña a quién, y por tanto quien es el beneficiario de la misma. Esto implica que los datos deben interpretarse como un indicador de la participación del colectivo analizado —mayores de 50 años— en la convivencia familiar, esto es, del tiempo que comparten con otros miembros de la familia, considerado como una de las expresiones o manifestaciones de la existencia de solidaridad intergeneracional en la familia, fundamentalmente en lo que se refiere al tiempo de acompañamiento. Por tanto, estos indicadores deben ser interpretados con prudencia, ya que una mayor participación de los mayores o intensidad en el tiempo compartido con su familia, no siempre implica que sean ellos los que reciben los cuidados, siendo ésta la visión más general que tenemos de las personas mayores, como beneficiarios de cuidados. Pero en cualquier caso, la compañía que reciben o en su caso la que dan a sus hijos o nietos, en alguna medida les convierte en beneficiarios de la misma, siempre que cuando ellos sean los cuidadores lo hagan sin las tensiones propias de un “trabajo” no deseado. En ocasiones también actúan como acompañantes, como queda patente más tarde en estas mismas páginas, al analizar, por ejemplo, los datos de la dimensión funcional, más concretamente los referentes al cuidado de los niños.

- i) El primer indicador considerado en la dimensión asociativa —*no está solo*<sup>19</sup>—, permite observar cómo los mayores de 50 años pasan menos tiempo acompañados que el total de la población, casi una hora menos al día. Dicha diferencia se acentúa al comparar el grupo de las personas mayores de 65 años con los otros grupos de población más jóvenes: así, los mayores pasarían una hora y media menos

---

<sup>19</sup> Este indicador se ha construido con base en la variable “Solo” de la EET. Tal y como se ha trabajado para el presente análisis, hace referencia al tiempo que las personas declaran no estar solas. Constituye entonces un indicador de tipo genérico y nos permite disponer de una aproximación al tiempo total que las personas mayores pasan en compañía de otras personas, no sólo de sus parientes.



al día en compañía de otras personas, en comparación a los jóvenes (ver memorándum, tabla 3.3). Además, cuando dividimos la población mayor de 60 años por grupos quinquenales se observa un descenso en el tiempo conforme aumenta la edad, especialmente a partir de los 70 años (Tabla 3.3).

- ii) Cuando se observa *con quién comparten su tiempo*, también aparecen diferencias en la participación en función de la edad. Mientras que para los mayores más jóvenes (tramo 50-59 años) el 89% lo hacen con familiares y/o miembros del hogar, este porcentaje desciende al 63% cuando nos referimos a mayores de 80 años. Pero si observamos cuantos mayores comparten su tiempo con *otros conocidos*, vemos que también se reduce el número (participación) de manera importante, con una tendencia decreciente en ambos casos conforme avanza la edad. Sin embargo, la tendencia observada para la intensidad, es decir, para la duración del tiempo compartido, es distinta en cada caso: mientras que el indicador que muestra el acompañamiento con *otros conocidos* sigue una tendencia en forma de U —decreciente conforme aumenta la edad, pero que vuelve a elevarse a partir de los 80 años—, el dedicado a *familiares y amigos* muestra una cierta tendencia en forma de U invertida, creciente hasta la franja de edad entre 75 y 80 años. En todo caso, las personas mayores de 50 años pasarían más de siete horas diarias en compañía de familiares o miembros del hogar, muy por encima del tiempo que comparten con otros conocidos (que oscila entre 3,8 y 5,8 horas). De los 65 a los 80 años la intensidad de contactos con familiares es especialmente elevada —más de ocho horas diarias—, superior al tiempo diario que otros grupos de población más jóvenes comparten con la familia, y que oscila entre seis y siete horas (ver memorándum, tabla 3.3).
- iii) Cuando se analiza el indicador *realizar y recibir visitas*<sup>20</sup> se observa una tendencia creciente tanto en participación como en intensidad conforme aumenta la edad, situándose por encima de la media del total de la población para los mayores de 70 años. Lo que no permite identificar la información estadística contenida en la EET es si esas visitas las reciben o las realizan ellos, pero en cualquier caso los datos estarían indicando también que a pesar de la soledad en la que se encuentran muchas personas mayores, una parte de este grupo de población mantiene sus redes sociales activas, aún a edades avanzadas (30% en el caso de 65 y más años).

---

<sup>20</sup> Tal y como se ha mostrado en la Tabla 1, este indicador se ha construido con base en la variable de referencia 512 de la EET. Esta variable se define como aquellas “relaciones sociales con amigos y parientes en mi propia casa o en sus casas. Pueden estar presentes otros miembros del hogar” (Instituto Nacional de Estadística, 2011, p. 102).



TABLA 3.3. *Dimensión asociativa. Resultados de frecuencia e intensidad, según grupos de edad*

Asociativa. Frecuencia de contactos (tiempo compartido)													
		"No está solo"		"Con familiares y/o miembros del hogar"		"Con otros conocidos"		"Visitas y recibir visitas"		"Conversaciones telefónicas"		"Vida social -presencial"	
		% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
<b>50 o más</b>													
Resultados		100%	17,9	82%	7,7	74%	4,8	27%	2,8	11%	0,5	63%	3,0
Num. Abs		15.820.637,58		13.047.016,25		11.617.910,50		4.366.141,39		1.711.098,66		10.126.394,13	
<b>Por grupos de edad</b>													
50-59		100%	18,0	89%	7,1	77%	5,8	24%	2,5	13%	0,5	62%	2,9
60-64		100%	18,1	88%	7,6	75%	4,9	26%	2,9	9%	0,4	63%	3,1
65-69		100%	18,0	85%	8,2	73%	4,3	29%	2,6	10%	0,6	67%	3,0
70-74		100%	17,6	81%	8,2	70%	3,8	30%	2,9	10%	0,5	64%	3,1
75-80		100%	17,7	72%	8,6	71%	3,7	29%	2,9	10%	0,6	66%	3,1
>80		100%	17,3	63%	7,8	67%	4,2	31%	3,0	8%	0,6	60%	3,2
<b>Total población</b>													
Resultados		100%	18,8	88%	7,3	79%	6,0	26%	2,8	12%	0,5	65%	3,1
Num. Abs		41.004.668,50		36.100.920,00		32.076.031,92		10.900.800,94		5.110.621,35		26.974.697,92	
<b>Memorándum:</b>													
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>													
Resultados		100%	19,2	89%	6,1	84%	7,2	28%	3,0	14%	0,5	70%	3,5
Num. Abs		6.136.048,85		5.428.652,10		5.166.136,10		1.770.684,50		841.179,09		4.306.564,99	
<b>Adultos (31 a 49)</b>													
Resultados		100%	19,1	92%	7,7	79%	6,3	25%	2,6	14%	0,5	64%	2,9
Num. Abs		15.206.111,88		13.925.893,33		11.867.705,38		3.923.259,78		2.168.785,84		9.875.808,40	
<b>Pivote (50 a 64)</b>													
Resultados		100%	18,0	89%	7,2	76%	5,6	25%	2,6	12%	0,5	63%	3,0
Num. Abs		8.202.323,73		7.289.697,23		6.232.013,96		2.073.624,90		964.095,70		5.187.120,48	
<b>Mayores (65 o más)</b>													
Resultados		100%	17,7	76%	8,2	71%	4,0	30%	2,9	10%	0,6	64%	3,1
Num. Abs		7.618.314,00		5.757.319,02		5.385.896,50		2.292.516,39		747.002,99		4.939.273,68	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran tener contactos y/o realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (horas) dedicada a dicha actividad.

- iv) El indicador *conversaciones telefónicas* muestra una tendencia constante, con una reducida participación que oscila entre el 8 y el 13 %, y una duración media diaria de alrededor de treinta minutos, no apreciándose diferencias relevantes en función de los grupos etarios de población. Estos datos nos permiten comprobar que nuestros mayores utilizan este canal de comunicación —al menos en niveles similares a los del resto de la población—, y podemos suponer que en algunos casos lo hacen para amortiguar su soledad, aunque es probable que también lo hagan para interesarse por sus propios hijos o nietos, proporcionándonos así una nueva forma de manifestación de la solidaridad entre las generaciones.<sup>21</sup>

Los datos permiten afirmar que...

- *La soledad de las personas mayores se acentúa especialmente a partir de los 75 años, al disminuir el tiempo compartido con otros miembros de la familia. Sin embargo, es innegable que la familia continúa siendo la red principal de contactos de las personas mayores, con la que pasan alrededor de ocho horas diarias, muy por encima del tiempo que comparten con otros conocidos. La familia es por tanto el lugar en el que de forma más habitual las personas mayores comparten su tiempo. Y lo hacen acompañando o siendo acompañados, lo que es una manifestación más de la importancia de las relaciones familiares. De hecho, mientras que el total de la población comparte una media de seis horas diarias con otros conocidos, la media de los mayores de 65 o más años es de apenas cuatro.*
- *Puesto que hemos considerado el uso del tiempo como una manifestación del grado de solidaridad, es evidente que ésta se produce a través de dichas relaciones y en ellas los mayores juegan un papel importante, ya sea acompañando o siendo acompañados.*

- v) Por su parte, el indicador de *vida social-presencial*<sup>22</sup> no varía mucho en cuanto a la participación —oscilando entre un 60% y un 67% para los grupos de edad de los mayores de 50 años—, pero sí pre-

<sup>21</sup> La EET no proporciona información acerca del uso de otros canales de comunicación relacionados con el dispositivo móvil (aplicaciones como el *WhatsApp*) que se han popularizado ampliamente en los últimos años, y que hasta cierto punto han reemplazado el uso tradicional del móvil, sobre todo en lo referente a la comunicación con las generaciones jóvenes. Sería necesario complementar la variable “conversaciones telefónicas” de la EET con otras que incluyan los nuevos canales de comunicación.

<sup>22</sup> Bajo este indicador se han incluido las siguientes variables de la EET, incluidas en el apartado “Vida social y diversión” siempre que la persona declare estar acompañada: (511) Vida social en familia; (513) Fiestas y celebraciones; (519) Otras actividades de vida social, específica-

senta una tendencia creciente en cuanto a la duración media. Así las personas de 80 y más años pasan más de tres horas al día desarrollando actividades de vida social-presencial. Cuando observamos cuál de las variables incluidas aporta más a este montante, observamos que la variable *vida social en la familia* representa uno de los pilares básicos junto a la categoría residuo “otras”<sup>23</sup>.

### b) *Características personales*

La participación y la intensidad atendiendo a las características personales varían en algunos casos de manera significativa en función del sexo, nacionalidad, nivel de estudios, estado civil legal y estado de salud. De los resultados obtenidos, se deriva que (tabla 3.5):

- i) Atendiendo al *sexo*, los hombres pasan más tiempo acompañados que las mujeres, pero si se desagrega, este hecho sólo se mantiene en el indicador de duración media relativo a *otros conocidos*. Al contrario, las mujeres muestran mayores registros tanto en participación como en el tiempo dedicado al resto de indicadores de esta dimensión. Sin embargo, en lo relativo a participación, mientras que casi un 90% de los hombres mantienen contactos con familiares o miembros del hogar, en el caso de las mujeres no se llega al 80%. Ello indicaría que hay más mujeres mayores solas y con menores contactos con la familia, que hombres. Pero para interpretar estos datos hay que tener en cuenta dos aspectos. En primer lugar, como ya se ha señalado en el primer capítulo, la esperanza de vida de las mujeres es superior a la de los hombres, y en segundo lugar, el número de hogares unipersonales formados por mujeres que son viudas es más elevado que el de hombres viudos, porque es más frecuente que ellas permanezcan en este estado civil, mientras que los hombres contraen, con mayor frecuencia, un nuevo matrimonio. Los datos así lo muestran (tabla 3.4) ya que mientras sólo el 13,47% de los hogares unipersonales corresponden a hombres viudos de 65 o más años, el 56,86% están formados por mujeres en el mismo tramo de edad y con igual estado civil, es decir, viudas.

---

das o no; (521) Cine; (522) Teatro y conciertos; (523) Exposiciones de arte y museos; (524) Bibliotecas; (525) Espectáculos deportivos; (529) Otras actividades de diversión y cultura. Para una explicación detallada de cada una de las variables, ver Instituto Nacional de Estadística, 2011.

<sup>23</sup> Estos resultados no están disponibles en el texto completo publicado. Sin embargo, son accesibles bajo petición a los autores.

TABLA 3.4. *Número de hogares unipersonales según estado civil 2014*  
*Unidad: miles de hogares unipersonales*

	<i>Total hogares unipersonales</i>	<i>Viudos</i>		<i>Viudas</i>	
	N	N	%	N	%
Total edad	4.535,10	275,2	6,07	1.176,90	25,95
Menores de 65 años	2.681,40	25,5	0,95	122,6	4,57
De 65 y más años	1.853,70	249,7	13,47	1.054	56,86

Fuente: Elaboración propia a partir del INE

- ii) Por *nacionalidad*, los resultados indican que los españoles pasan más tiempo con la familia y/o miembros del hogar y tienen más vida social presencial, mientras que los extranjeros dominan en términos de intensidad en el tiempo en compañía de otros conocidos —más de cinco horas y media al día— y las visitas —más de tres horas diarias—. Este resultado parece lógico si pensamos que un número elevado de extranjeros tiene una parte importante de su familia fuera de España, lo que hace que la mayor parte del tiempo compartido lo sea con *otros conocidos*.
- iii) El resultado según *nivel de estudios* es bastante uniforme para todos los indicadores, yendo en línea ascendente tanto en cuanto a la participación como a la intensidad: sólo llama la atención que el porcentaje de participación de las personas con estudios básicos en el indicador *conversaciones telefónicas* sea diez puntos inferior al de las personas con estudios superiores. Esto podría estar indicando que existirían diferencias importantes en cuanto a la alfabetización digital de las personas mayores, en función de su nivel de estudios y quizá también de su nivel de ingresos.
- iv) También el *estado civil legal* parece jugar un papel clave en los resultados, dadas las relativamente importantes diferencias observadas en este bloque. Así, el 98% de personas casadas pasan significativamente más tiempo con familiares y amigos que el total de la población. En términos de tiempo compartido —intensidad—, casi ocho horas al día, pero sobre todo en términos de participación, alrededor de cuarenta puntos por encima de la media de aquellos que detentan otros estados civiles. Los divorciados son los líderes en cuanto al tiempo *con otros conocidos*: casi seis horas diarias, una hora más que los casados. Los divorciados, juntos con los viudos, también realizan/reciben más visitas y llamadas telefónicas. Sin embargo, con independencia de pertenecer

a un estado civil u otro, las personas mayores de 50 años tienen una participación semejante en las actividades de vida social presencial.

- v) En cuanto a la influencia del *estado de salud*, se observa que conforme éste va empeorando se reduce la intensidad de todos los indicadores, salvo en los que hacen referencia al tiempo acompañado con familiares y al empleado en conversaciones telefónicas. Así, a medida que empeora el estado de salud de las personas de 50 o más años, se reduce el tiempo en compañía de otros conocidos, mientras que aumenta el compartido con familiares y otros miembros del hogar. Las personas con un estado de salud muy malo comparten un promedio de ocho horas y media diarias con otros familiares. Los datos no permiten saber si durante este tiempo son acompañados o acompañan a otros familiares, aunque si, como parece lógico, están acompañados debido a las necesidades de su estado de salud, esto indicaría que la familia sigue siendo la red social de apoyo prioritaria para las personas mayores, especialmente en situaciones de necesidad como puede ser la enfermedad. Evidentemente, aunque se trate de una variable subjetiva o auto declarada, un estado de salud malo o muy malo puede estar haciendo referencia a situaciones de dependencia, más comunes en las personas mayores, y que requieren cuidados continuos para el desarrollo de las actividades básicas de la vida diaria.

Sin embargo, cabe la hipótesis contraria: que detrás de una intensidad elevada de tiempo compartido con familiares, sean las personas mayores las que estén asumiendo el cuidado de otros familiares, lo que podría estar induciendo a un empeoramiento de su propio estado de salud. Esto coincide con los datos que se presentan en el apartado de la dimensión funcional de este trabajo (tabla 3.13): las personas mayores de 50 años no sólo dedican más tiempo en promedio que el total de la población a las ayudas a adultos miembros del hogar, sino que a medida que empeora su estado de salud, si bien cae la participación como cabría esperar, aumenta el tiempo dedicado a esta actividad. Esto sería una muestra del papel activo de las personas mayores en el circuito de la solidaridad en la familia.

A su vez, cuando empeora el estado de salud de las personas de 50 y más años, reducen tanto la participación como el tiempo dedicado a realizar y recibir visitas, y a otras actividades de vida social-presencial. El dedicado a conversaciones telefónicas, por el contrario, muestra un cierto incremento en personas con un estado de salud muy malo.

TABLA 3.5. *Dimensión asociativa. Resultados de frecuencia e intensidad según características personales*

Asociativa. Frecuencia de contactos (tiempo compartido)												
Personas de 50 o más años de edad	"No está solo"		"Con familiares y/o miembros del hogar"		"Con otros conocidos"		"Visitas y recibir visitas"		"Conversaciones telefónicas"		"Vida social -presencial"	
	% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
<b>50 o más</b>												
Resultados	100%	17,9	82%	7,7	74%	4,8	27%	2,8	11%	0,5	63%	3,0
Num. Abs	15.820.637,58		13.047.016,25		11.617.910,50		4.366.141,39		1.711.098,66		10.126.394,13	
<b>Sexo</b>												
Hombres	100%	18,4	88%	7,6	75%	5,1	21%	2,7	8%	0,5	63%	3,0
Mujeres	100%	17,4	78%	7,8	72%	4,6	32%	2,8	13%	0,6	64%	3,0
<b>Nacionalidad</b>												
Española	100%	17,9	83%	7,7	74%	4,8	28%	2,8	11%	0,5	64%	3,0
Otras	100%	17,6	81%	7,3	67%	5,6	12%	3,2	13%	0,5	50%	2,8
<b>Nivel de estudios</b>												
Estudios básicos	100%	17,8	81%	7,7	73%	4,5	27%	2,8	9%	0,5	63%	3,0
Estudios medios	100%	18,1	86%	7,5	75%	5,7	25%	2,6	15%	0,6	63%	2,9
Estudios superiores	100%	18,2	85%	7,7	77%	5,7	27%	3,1	20%	0,5	64%	3,3
<b>Estado civil legal</b>												
Soltero/a	100%	16,1	55%	7,1	79%	4,9	26%	2,9	13%	0,5	63%	2,9
Casado/a	100%	18,8	98%	7,9	71%	4,8	24%	2,7	10%	0,5	63%	3,0
Viudo/a	100%	15,3	41%	6,0	77%	4,7	37%	3,0	12%	0,6	67%	3,2
Divorciado/a	100%	16,0	53%	5,7	83%	5,8	32%	2,9	20%	0,6	63%	3,4
<b>Estado de salud</b>												
Muy bueno	100%	17,8	84%	7,3	79%	5,4	28%	3,0	12%	0,6	64%	3,2
Bueno	100%	18,0	86%	7,5	75%	5,4	25%	2,9	11%	0,5	63%	3,1
Aceptable	100%	17,8	81%	8,0	73%	4,4	29%	2,8	10%	0,5	66%	3,0
Malo	100%	17,6	77%	7,6	68%	3,8	31%	2,6	9%	0,5	62%	2,9
Muy malo	100%	18,0	69%	8,5	62%	4,0	24%	1,9	8%	0,7	54%	2,5
<b>Total población</b>												
Resultados	100%	18,8	88%	7,3	79%	6,0	26%	2,8	12%	0,5	65%	3,1
Num. Abs	41.004.668,50		36.100.920,00		32.076.031,92		10.900.800,94		5.110.621,35		26.974.697,92	

TABLA 3.5. *Dimensión asociativa. Resultados de frecuencia e intensidad según características personales (continuación)*

Asociativa. Frecuencia de contactos (tiempo compartido)													
		"No está solo"		"Con familiares y/o miembros del hogar"		"Con otros conocidos"		"Visitas y recibir visitas"		"Conversaciones telefónicas"		"Vida social -presencial"	
		% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
Memorándum:													
Jóvenes (19 a 30)													
Resultados		100%	19,2	89%	6,1	84%	7,2	28%	3,0	14%	0,5	70%	3,5
Num. Abs		6.136.048,85		5.428.652,10		5.166.136,10		1.770.684,50		841.179,09		4.306.564,99	
Adultos (31 a 49)													
Resultados		100%	19,1	92%	7,7	79%	6,3	25%	2,6	14%	0,5	64%	2,9
Num. Abs		15.206.111,88		13.925.893,33		11.867.705,38		3.923.259,78		2.168.785,84		9.875.808,40	
Pivote (50 a 64)													
Resultados		100%	18,0	89%	7,2	76%	5,6	25%	2,6	12%	0,5	63%	3,0
Num. Abs		8.202.323,73		7.289.697,23		6.232.013,96		2.073.624,90		964.095,70		5.187.120,48	
Mayores (65 ≤)													
Resultados		100%	17,7	76%	8,2	71%	4,0	30%	2,9	10%	0,6	64%	3,1
Num. Abs		7.618.314,00		5.757.319,02		5.385.896,50		2.292.516,39		747.002,99		4.939.273,68	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran tener contactos y/o realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (horas) dedicada a dicha actividad.

### Los datos indican que...

- El número de mujeres mayores que están solas y que mantienen menos contacto con la familia es más elevado que el de hombres.
- Las personas mayores casadas, comparten más tiempo con la familia que las que se encuentran en otros estados civiles.
- A medida que empeora el estado de salud de las personas de 50 o más años, se reduce el tiempo en compañía de otros conocidos, mientras que aumenta el compartido con familiares y otros miembros del hogar. Las personas con un estado de salud muy malo comparten un promedio de ocho horas y media diarias con otros familiares, aunque los datos no nos permiten saber si durante este tiempo ellos son acompañados o acompañan a otros familiares. Cuando empeora el estado de salud de las personas mayores, la familia no sólo constituye su principal red de apoyo, sino que este grupo de población continúa desempeñando un papel activo en el cuidado de otros adultos miembros del hogar, incluso a pesar —o a costa— de su estado de salud deteriorado.

### c) *Composición del hogar*

La composición del hogar (Tabla 3.6), influye decisivamente en el patrón obtenido en los resultados, ya que las formas de solidaridad varían en función de la dimensión de la familia y por tanto del número de miembros, así como de su estructura y composición. Los resultados obtenidos muestran que:

- i) Los hogares unipersonales y monoparentales masculinos están asociados a pasar menos tiempo acompañados. Como no puede ser de otra manera, la composición del hogar afecta al reparto del tiempo en compañía bien de *familiares y/o amigos* bien de *otros conocidos*. Por ejemplo, las parejas solas son las que más tiempo pasan en compañía de familiares —más de ocho horas al día—, seguidas de los hogares con hijos (en pareja y más de dos miembros). Estos dos tipos de hogares son, a su vez, los que menos tiempo pasan con otros conocidos —cuatro horas al día—.
- ii) Se observan diferencias notables en las familias monoparentales en función del sexo del cabeza de familia. Así, aquellas cuyo cabeza de familia es un hombre, participan menos en la realización de visitas y dedican a esta actividad mucho menos tiempo que las mujeres —casi la mitad—; tienen menos vida social presencial, pasan menos tiempo con familiares y/o amigos, etc.
- iii) Los resultados parecen mostrar cómo la presencia de un menor de 3 a 5 años, constituye uno de los factores que más “perturba” los resultados agregados en los hogares en los que sí residen menores, aunque de los hogares encuestados más del 88% declara que no tienen ningún menor (tabla 3.2). El hecho de que más de un 95% de las personas de 50 o más años que conviven con menores entre 3 y 18 años, pasen tiempo diario con familiares o miembros del hogar, nos muestra la incidencia de esta variable.

Los datos indican que...

- *La menor dimensión de la familia, así como la existencia de familias monoparentales especialmente en el caso de estar encabezadas por un hombre, manifiestan una cierta tendencia a una menor solidaridad intergeneracional, medida en tiempo compartido con familiares y miembros del hogar.*
- *Por el contrario, los indicadores de manifestación de solidaridad intergeneracional se acentúan con la presencia de menores en el hogar, especialmente cuando éstos tienen entre 3 y 5 años.*



TABLA 3.6. *Dimensión asociativa. Resultados de frecuencia de contactos (tiempo compartido) e intensidad según composición del hogar*

Asociativa. Frecuencia de contactos (tiempo compartido)												
	"No está solo"		"Con familiares y/o miembros del hogar"		"Con otros conocidos"		"Visitas y recibir visitas"		"Conversaciones telefónicas"		"Vida social -presencial"	
	% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
<b>50 o más</b>												
Resultados	100%	17,9	82%	7,7	74%	4,8	27%	2,8	11%	0,5	63%	3,0
Num. Abs	15.820.637,58		13.047.016,25		11.617.910,50		4.366.141,39		1.711.098,66		10.126.394,13	
<b>Tipo de hogar</b>												
Hogar unipersonal	100%	13,8	5%	3,7	85%	5,1	42%	3,3	16%	0,6	67%	3,4
Pareja sola	100%	19,0	99%	8,4	71%	4,4	28%	2,7	10%	0,5	65%	3,0
Monoparental (Hombre)	100%	16,5	86%	5,1	72%	4,8	19%	1,5	9%	0,5	54%	2,5
Monoparental (Mujer)	100%	17,2	85%	6,0	74%	4,9	33%	2,9	18%	0,6	64%	3,2
En pareja												
(más de dos miembros)	100%	19,0	99%	7,8	70%	4,4	21%	1,8	5%	0,6	58%	2,8
Coresidencia	100%	18,5	97%	7,3	72%	5,2	21%	2,6	9%	0,5	61%	2,9
<b>Menores en el hogar</b>												
Ninguno	100%	17,78	81%	7,75	74%	4,76	28%	2,79	11%	0,54	64%	3,06
Menores de 3 años	100%	18,8	95%	7,3	74%	4,5	18%	2,1	5%	0,3	66%	2,5
Menores de 3 a 5 años	100%	18,4	100%	7,5	54%	5,7	9%	1,2	5%	0,4	51%	3,2
Menores de 6 a 10 años	100%	18,1	98%	7,4	62%	5,1	17%	1,6	5%	0,3	58%	2,4
Menores de 10 a 14 años	100%	18,3	98%	6,9	72%	5,1	19%	2,3	10%	0,6	65%	2,6
Menores de 15 a 18 años	100%	18,5	97%	7,0	77%	5,9	21%	2,9	8%	0,5	61%	3,0
<b>Total población</b>												
Resultados	100%	18,8	88%	7,3	79%	6,0	26%	2,8	12%	0,5	65%	3,1
Num. Abs	41.004.668,50		36.100.920,00		32.076.031,92		10.900.800,94		5.110.621,35		26.974.697,92	
<b>Memorándum:</b>												
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>												
Resultados	100%	19,2	89%	6,1	84%	7,2	28%	3,0	14%	0,5	70%	3,5
Num. Abs	6.136.048,85		5.428.652,10		5.166.136,10		1.770.684,50		841.179,09		4.306.564,99	
<b>Adultos (31 a 49)</b>												
Resultados	100%	19,1	92%	7,7	79%	6,3	25%	2,6	14%	0,5	64%	2,9
Num. Abs	15.206.111,88		13.925.893,33		11.867.705,38		3.923.259,78		2.168.785,84		9.875.808,40	
<b>Pivote (50 a 64)</b>												
Resultados	100%	18,0	89%	7,2	76%	5,6	25%	2,6	12%	0,5	63%	3,0
Num. Abs	8.202.323,73		7.289.697,23		6.232.013,96		2.073.624,90		964.095,70		5.187.120,48	
<b>Mayores (65 o más)</b>												
Resultados	100%	17,7	76%	8,2	71%	4,0	30%	2,9	10%	0,6	64%	3,1
Num. Abs	7.618.314,00		5.757.319,02		5.385.896,50		2.292.516,39		747.002,99		4.939.273,68	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran tener contactos y/o realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (horas) dedicada a dicha actividad.

#### d) *Situación socioeconómica*

En lo referente a la situación socioeconómica (Tabla 3.7), se analizan los comportamientos de los mayores teniendo en cuenta su nivel de ingresos, utilizando para ello los intervalos definidos en la propia encuesta, así como la situación profesional y, por último, el tamaño del municipio en el que residen.

- i) El *nivel de ingresos*, como sucede en otras variables, muestra un comportamiento perfectamente predecible. Así, conforme una persona aumenta su nivel de ingresos, probablemente dedicará más tiempo a su trabajo, y, por tanto, aunque pasa más tiempo con otros conocidos y tiene más vida social presencial, dispone por lo general de menos tiempo para estar con la familia y/o amigos. Sin embargo, a mayor nivel de ingresos, aumenta el porcentaje de participación de las personas de 50 o más años en los contactos con familiares. Aquellas personas que tienen un nivel de ingresos bajo, de 1200€ mensuales o menos, presentan una participación de más de 20 puntos inferior en este tipo de actividades.
- ii) En cuanto a la *situación profesional*, siguiendo el argumento anterior, los ocupados son los que menos tiempo pasan con la familia —alrededor de seis horas diarias— y menos vida social presencial disfrutan —alrededor de tres horas diarias—. Los jubilados por su parte son los que más tiempo pasan en familia —más de ocho horas al día—, más visitas realizan/reciben —casi tres horas diarias— y más vida social presencial declaran —más de tres horas diarias—. Aquellos que realizan las tareas de su hogar pasan más tiempo en casa y, por lo tanto, más tiempo en compañía de sus familiares y amigos —más de 8 horas diarias— y menos en compañía de otros conocidos —casi cuatro horas diarias.
- iii) Por último, el *tamaño del municipio* donde se reside también condiciona los resultados. En las capitales de provincia o municipios con más de 50.000 habitantes, se pasa más tiempo en promedio en compañía de familiares que en municipios de menos de 20.000 habitantes. En cuanto a realizar o recibir visitas, los mayores de 50 años le dedican más tiempo en las capitales de provincia o municipios con más de 100.000 habitantes. En cuanto a la participación en conversaciones telefónicas, ésta disminuye a medida que se reduce el tamaño del municipio, probablemente debido a que los desplazamientos serán más cortos; si bien el tiempo dedicado a esta actividad presenta un leve aumento. Por su parte, no se observan diferencias relevantes por tamaño del municipio en el tiempo que se dedica a la vida social presencial. La excepción la constituyen los municipios entre 20.000 y 50.000 habitantes, en los que el tiempo

que dedican las personas de 50 y más años a este tipo de actividades es relativamente inferior.

Finalmente, el porcentaje de personas que comparten tiempo diario con otros conocidos es más elevado en los municipios de menos de 20.000 habitantes.

TABLA 3.7. *Dimensión asociativa. Resultados de frecuencia de contactos (tiempo compartido) e intensidad según situación socioeconómica*

Asociativa. Frecuencia de contactos (tiempo compartido)												
Personas de 50 o más años de edad	"No está solo"		"Con familiares y/o miembros del hogar"		"Con otros conocidos"		"Visitas y recibir visitas"		"Conversaciones telefónicas"		"Vida social —presencial"	
			%	Dur.	%	Dur.	%	Dur.	%	Dur.	%	Dur.
	Part. (1)	Media (2)	Part.	Media	Part.	Media	Part.	Media	Part.	Media	Part.	Media
<b>50 o más</b>												
Resultados	100%	17,9	82%	7,7	74%	4,8	27%	2,8	11%	0,5	63%	3,0
Num. Abs	15.820.637,58		13.047.016,25		11.617.910,50		4.366.141,39		1.711.098,66		10.126.394,13	
<b>Ingresos</b>												
1200 € o menos	100%	17,1	68%	7,9	74%	4,2	31%	2,7	9%	0,5	64%	3,0
De 1201 a 2000 €	100%	18,3	91%	7,7	73%	5,0	26%	2,8	10%	0,5	65%	3,1
De 2001 a 3000 €	100%	18,4	91%	7,3	77%	5,4	23%	2,6	13%	0,5	63%	2,8
Más de 3000 €	100%	18,6	96%	7,4	77%	5,7	25%	2,8	18%	0,5	66%	3,1
NS/ NC	100%	18,1	90%	7,5	70%	5,2	25%	2,9	10%	0,6	59%	3,1
<b>Situación profesional</b>												
Ocupado	100%	18,4	89%	6,5	81%	6,8	19%	2,7	10%	0,5	57%	2,8
Parado	100%	17,4	87%	7,7	71%	4,2	27%	2,3	17%	0,6	68%	2,8
Jubilado o prejubilado	100%	18,2	82%	8,4	72%	4,1	28%	3,0	9%	0,5	67%	3,2
Tareas de su hogar	100%	18,0	95%	8,2	67%	3,9	32%	2,5	11%	0,6	64%	3,0
Otra situación de inactividad	100%	15,9	53%	7,2	72%	4,1	34%	2,9	12%	0,5	64%	3,0
<b>Tamaño municipio</b>												
Cap. prov. o + de 100000 hab.	100%	18,0	83%	7,9	70%	4,9	26%	3,0	14%	0,5	60%	3,1
Municip. entre 50000-100000 hab.	100%	17,9	81%	8,1	72%	5,2	27%	2,7	13%	0,6	65%	3,0
Municip. entre 20000-50000 hab.	100%	17,8	83%	7,8	70%	4,7	28%	2,6	8%	0,5	63%	2,8
Municip. entre 10000 —20000 hab.	100%	17,7	82%	7,4	82%	4,8	32%	2,8	9%	0,5	70%	3,1
Municip. < de 10000 hab.	100%	17,7	82%	7,0	78%	4,7	26%	2,6	7%	0,6	65%	3,1
<b>Total población</b>												
Resultados	100%	18,8	88%	7,3	79%	6,0	26%	2,8	12%	0,5	65%	3,1
Num. Abs	41.004.668,50		36.100.920,00		32.076.031,92		10.900.800,94		5.110.621,35		26.974.697,92	

TABLA 3.7. *Dimensión asociativa. Resultados de frecuencia de contactos (tiempo compartido) e intensidad según situación socioeconómica (continuación)*

Asociativa. Frecuencia de contactos (tiempo compartido)													
		"No está solo"		"Con familiares y/o miembros del hogar"		"Con otros conocidos"		"Visitas y recibir visitas"		"Conversaciones telefónicas"		"Vida social —presencial"	
		% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
Memorándum:													
Jóvenes (19 a 30)													
Resultados		100%	19,2	89%	6,1	84%	7,2	28%	3,0	14%	0,5	70%	3,5
Num. Abs		6.136.048,85		5.428.652,10		5.166.136,10		1.770.684,50		841.179,09		4.306.564,99	
Adultos (31 a 49)													
Resultados		100%	19,1	92%	7,7	79%	6,3	25%	2,6	14%	0,5	64%	2,9
Num. Abs		15.206.111,88		13.925.893,33		11.867.705,38		3.923.259,78		2.168.785,84		9.875.808,40	
Pivote (50 a 64)													
Resultados		100%	18,0	89%	7,2	76%	5,6	25%	2,6	12%	0,5	63%	3,0
Num. Abs		8.202.323,73		7.289.697,23		6.232.013,96		2.073.624,90		964.095,70		5.187.120,48	
Mayores (65 o más)													
Resultados		100%	17,7	76%	8,2	71%	4,0	30%	2,9	10%	0,6	64%	3,1
Num. Abs		7.618.314,00		5.757.319,02		5.385.896,50		2.292.516,39		747.002,99		4.939.273,68	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran tener contactos y/o realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

### Los datos indican que ...

- *A ingresos más elevados, aumenta el porcentaje de personas que comparten tiempo diario con su familia, si bien no se observan diferencias relevantes en cuanto a la duración del tiempo compartido. Llama la atención que los mayores con menor nivel de ingresos presentan una participación muy por debajo de la media, en lo referente a compartir parte de su tiempo diario con otros miembros de la familia. Por tanto, podemos inferir que la carencia o la precariedad del trabajo y de los ingresos puede afectar a la solidaridad intergeneracional.*
- *Los que más tiempo pasan con la familia son los jubilados y los que desempeñan labores del hogar.*

- *En las capitales de provincia o en municipios de más de 50.000 habitantes, se pasa más tiempo con la familia que en los de menor tamaño. Esto podría estar indicando una mayor soledad en los mayores que residen en el ámbito rural, lo que se explicaría por factores como la salida de las generaciones más jóvenes de dicho entorno.*

### 3.3.2. Dimensión estructural

Respecto a la dimensión *estructural*, siguiendo la misma secuencia descrita anteriormente, se obtienen conclusiones significativas. Por la limitación que presentan los datos estadísticos disponibles, sólo se ha podido utilizar un indicador para describir esta dimensión y por tanto, conviene ser prudentes en la interpretación de los resultados. Más allá de esta observación, hay que recordar que se ha tomado el *proxy* de los trayectos asociados a actividades relacionadas con los demás indicadores abordados, para indicar la proximidad geográfica<sup>24</sup>.

#### a) Características generales

- i) Los *datos generales* (tabla 3.8) muestran que existe poca diferencia en la participación que las personas mayores de 50 años presentan en este tipo de actividad, con respecto al total de la población, sólo un punto porcentual menos. Tampoco se observan diferencias significativas, en términos de media, en el tiempo dedicado a esta actividad (en torno a una hora diaria).
- ii) Según grupos de *edad* destaca la caída significativa que se observa para los mayores de 80 años tanto en la participación como en la intensidad de tiempo dedicado a trayectos asociados a las demás actividades.

<sup>24</sup> La interpretación que hacemos de este indicador difiere de la que otros estudios que han abordado la variable “proximidad geográfica” han hecho. Así, por ejemplo, Hank, (2007), que disponía de datos acerca de la distancia geográfica medida en kilómetros entre el hogar de los padres adultos y el de uno de los hijos (aquel que vivía más cerca), encuentra una asociación negativa entre una mayor distancia geográfica y la frecuencia de los contactos. Lo que equivaldría a decir que una mayor distancia estaría asociada a una menor solidaridad intergeneracional, en lo que a la dimensión asociativa se refiere. En los datos que aquí ofrecemos, cabrían dos posibles interpretaciones: en primer lugar, que el tiempo dedicado a los trayectos relacionados con actividades familiares, indicara una mayor distancia, y por tanto, en línea con el trabajo de Hank, una menor frecuencia de contactos. Pero puesto que no tenemos datos que indiquen que un mayor tiempo dedicado a los trayectos se deba a una mayor distancia geográfica, hemos considerado que un tiempo de trayectos superior, indica una mayor frecuencia de contactos.

TABLA 3.8. *Dimensión estructural. Resultados principales, según grupos de edad*

Personas de 50 o más años de edad	Estructural. Proximidad geográfica	
	Trayectos asociados a actividades incluidas en otros indicadores	
	% Part. (1)	Dur. Media (2)
<b>50 o más</b>	64%	1,0
Resultados		
Num. Abs	10.079.864,42	
<b>Por grupos de edad</b>		
50-59	63%	1,0
60-64	66%	1,0
65-69	69%	1,0
70-74	68%	1,0
75-80	67%	0,9
>80	49%	0,7
<b>Total población</b>	65%	1,0
Resultados		
Num. Abs	26.909.413,08	
<b>Memorándum:</b>		
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>		
Resultados	64%	1,1
Num. Abs	3.966.448,76	
<b>Adultos (31 a 49)</b>		
Resultados	69%	1,1
Num. Abs	10.538.990,88	
<b>Pivote (50 a 64)</b>		
Resultados	64%	1,0
Num. Abs	5.301.489,29	
<b>Mayores (65 o más)</b>		
Resultados	63%	0,9
Num. Abs	4.778.375,27	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

Tal y como se ha mostrado en la tabla 1, este indicador incluye las siguientes variables de la EET: (930) Trayectos debidos a otras actividades del hogar y familia; (936) Trayectos debidos a compras y servicios; (938) Trayectos debidos al cuidado de niños; (939) Trayectos debidos a ayudas a adultos miembros del hogar; (940) Trayectos debidos al trabajo voluntario y las reuniones; (950) Trayectos debidos a las actividades de la vida social; (960) Trayectos debidos a otras actividades de tiempo libre (Instituto Nacional de Estadística, 2011).

Los datos indican que ...

- *A medida que aumenta la edad, se reduce el tiempo medio diario dedicado a los trayectos relacionados con: actividades del hogar y la familia, debidos al cuidado de niños, etc. Esto denota, probablemente, la reducción en la movilidad de las personas muy mayores, o problemas de salud que incidirían en la reducción de la realización de trayectos largos, limitando por tanto su participación en la solidaridad familiar medida por este indicador.*

### b) Características personales

Por lo que se refiere a las diferencias atendiendo a las características personales se observan algunos rasgos diferenciales que merecen ser mencionados (tabla 3.9).

- i) Según *sexo*, en cuanto a la duración media que dedican a la realización de trayectos, los hombres invierten más tiempo en esta actividad que las mujeres, si bien no se aprecian diferencias significativas en relación a la participación. Es decir, tanto ellos como ellas realizan esta actividad, que en muchos casos estará asociada al cuidado de menores —nietos—.
- ii) Atendiendo a la *nacionalidad*, los españoles participan más y con una duración levemente superior, quizás como reflejo de lo obtenido en la dimensión asociativa —tenderán, en general, a tener una mayor red familiar—, a la vez que se encargan con más frecuencia, por ejemplo, de recoger a los nietos en sus centros escolares. Debe tenerse en cuenta que, especialmente en determinados ámbitos profesionales, los horarios laborales en España son, con demasiada frecuencia, incompatibles con los escolares. Esta cuestión debería ser estudiada con atención por los responsables de las políticas públicas, con el objetivo de implementar medidas que faciliten una mayor coordinación entre ambos horarios y calendarios.
- iii) En cuanto al *nivel de estudios*, cuando éste aumenta se observa una tendencia creciente en el tiempo dedicado a los trayectos, lo que puede ir asociado a una mayor ayuda de las personas mayores a sus hijos adultos, que a su vez tienen hijos menores.
- iv) Según el *estado civil legal*, los viudos se sitúan a la cola en las dos medidas consideradas, mientras que los solteros si bien son los más participativos están a la par en cuanto al tiempo dedicado a esta

TABLA 3.9. *Dimensión estructural. Resultados de frecuencia e intensidad según características personales*

Personas de 50 o más años de edad	Estructural. Proximidad geográfica		
	Trayectos asociados a actividades incluidas en otros indicadores		
		% Part. (1)	Dur. Media (2)
<b>50 o más</b>			
	Resultados	64%	1,0
	Num. Abs	10.079.864,42	
<b>Sexo</b>			
	Hombres	64%	1,0
	Mujeres	63%	0,9
<b>Nacionalidad</b>			
	Española	64%	1,0
	Otras	55%	0,9
<b>Nivel de estudios</b>			
	Estudios básicos	63%	0,9
	Estudios medios	64%	1,1
	Estudios superiores	66%	1,1
<b>Estado civil legal</b>			
	Soltero/a	67%	0,9
	Casado/a	64%	1,0
	Viudo/a	61%	0,9
	Divorciado/a	63%	1,2
<b>Estado de salud</b>			
	Muy bueno	68%	1,0
	Bueno	65%	1,0
	Aceptable	68%	0,9
	Malo	54%	0,9
	Muy malo	39%	0,9
<b>Total población</b>			
	Resultados	65%	1,0
	Num. Abs	26.909.413,08	
<b>Memorándum:</b>			
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>			
	Resultados	64%	1,1
	Num. Abs	3.966.448,76	
<b>Adultos (31 a 49)</b>			
	Resultados	69%	1,1
	Num. Abs	10.538.990,88	
<b>Pivote (50 a 64)</b>			
	Resultados	64%	1,0
	Num. Abs	5.301.489,29	
<b>Mayores (65 o más)</b>			
	Resultados	63%	0,9
	Num. Abs	4.778.375,27	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.



actividad. Son los divorciados los que mayor tiempo dedican a estos trayectos, lo que puede estar asociado, entre otras variables, a la presencia de un solo progenitor en el caso de menores en la familia, y por tanto a una mayor necesidad de tiempo para realizarlos.

- v) Atendiendo al *estado de salud*, se observa una fuerte tendencia decreciente a medida que éste empeora. Así se observa una caída de casi 30 puntos porcentuales en cuanto a la participación de los mayores en la realización de los trayectos y de casi 10 puntos en el tiempo dedicado a ello. Esta menor participación pone de manifiesto el papel fundamental que en esta actividad desempeña la variable salud, probablemente al estar asociada a la movilidad de las personas.

Los datos indican que ...

- *En cuanto a la realización de trayectos asociados a actividades de tipo familiar, como el cuidado de menores, no se observan diferencias relevantes entre hombres y mujeres; aunque ellos dedican un poco más de tiempo a esta actividad.*
- *Las personas de nacionalidad española participan más en esta actividad solidaria y dedican más tiempo a ella que los extranjeros. Probablemente debido, al menos en parte, a que los primeros tienen una red familiar más próxima geográficamente y por tanto en ella hay más personas que pueden colaborar.*
- *El número de personas mayores que dedica parte de su tiempo a la realización de trayectos relacionados con actividades familiares, así como el tiempo invertido en ello, disminuye a medida que su estado de salud empeora. Ellos dejan de ser proveedores de “servicios” a la familia para ser beneficiarios de los ofrecidos por otros miembros de la familia más jóvenes.*

### c) Composición de los hogares

Atendiendo a las características del hogar y a su composición, se constata que constituyen aspectos relevantes en relación a los trayectos asociados a actividades familiares y del hogar, especialmente cuando en el mismo conviven menores (tabla 3.10). Los resultados obtenidos muestran que:

- i) Atendiendo al *tipo de hogar*, todos tienen un comportamiento similar, dedicando aproximadamente una hora diaria a la realización de trayectos. La única excepción está en aquellas personas que residen

en hogares monoparentales encabezados por un hombre. Una vez más los hogares monoparentales muestran un patrón diferenciado en función del sexo del cabeza de familia. Si es un hombre, se observa una baja intensidad en términos relativos con el resto de hogares, de forma que se dedican a esta actividad poco más de cuarenta y cinco minutos, es decir, entre diez y quince minutos menos que en otras configuraciones familiares. Por el contrario, si es una mujer quien encabeza dicho hogar monoparental, el tiempo medio dedicado es el más elevado en comparación a los demás tipos de hogares.

- ii) Los *menores en el hogar* modifican, como no podía ser de otra manera, los patrones diarios en el hogar. Así, el resultado general nos dice que la duración de los trayectos aumenta cuando se reside con un menor. Si observamos los resultados atendiendo a la edad de éste, se comprueba que son los menores de 3 a 5 años los que más movilidad ocasionan en el ámbito familiar: casi una hora y media diaria. Es en este tramo de edad cuando más atención necesitan y por tanto los abuelos juegan un papel clave de apoyo a sus hijos adultos, como ya ha quedado de manifiesto en otros indicadores analizados.

Los datos indican que ...

- *Los hogares en los que viven menores de entre 3 y 5 años, son los que exigen una mayor movilidad y es en ellos donde las personas mayores desempeñan un papel más importante, aportando casi una hora y media diaria de su tiempo a la realización de trayectos asociados con actividades familiares.*
- *El apoyo de los abuelos a la conciliación es una de las manifestaciones más claras y evidentes de solidaridad intergeneracional en la familia. Las personas mayores han salido mayoritariamente del mercado de trabajo, pero permiten a sus hijos e hijas que puedan participar en él, ofreciéndoles apoyo en el cuidado de sus nietos.*

#### d) *Situación socioeconómica*

Atendiendo a las características socioeconómicas (tabla 3.11), también se observan rasgos diferenciales significativos.

- i) Considerando las *características generales*, y en términos agregados, las diferencias en el comportamiento de los mayores de 50 años y el total de la población son poco significativas, si se consideran las cifras medias. Ahora bien, si desagregamos atendiendo a ingresos y otras variables socioeconómicas, aparecen las diferencias.

TABLA 3.10. *Dimensión estructural. Resultados de frecuencia e intensidad según composición del hogar*

Personas de 50 o más años de edad	Estructural. Proximidad geográfica		
	Trayectos asociados a actividades incluidas en otros indicadores		
	% Part. (1)	Dur. Media (2)	
<b>50 o más</b>			
Resultados	64%		1,0
Num. Abs		10.079.864,42	
<b>Tipo de hogar</b>			
Hogar unipersonal	66%		0,9
Pareja sola	67%		1,0
Monoparental (Hombre)	62%		0,8
Monoparental (Mujer)	64%		1,0
En pareja (más de dos miembros)	62%		0,9
Coresidencia	60%		1,0
<b>Menores en el hogar</b>			
Ninguno	64%		1,0
Menores de 3 años	54%		1,1
Menores de 3 a 5 años	71%		1,3
Menores de 6 a 10 años	64%		1,0
Menores de 10 a 14 años	66%		1,1
Menores de 15 a 18 años	57%		1,2
<b>Total población</b>			
Resultados	65%		1,0
Num. Abs		26.909.413,08	
<b>Memorándum:</b>			
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>			
Resultados	64%		1,1
Num. Abs		3.966.448,76	
<b>Adultos (31 a 49)</b>			
Resultados	69%		1,1
Num. Abs		10.538.990,88	
<b>Pivote (50 a 64)</b>			
Resultados	64%		1,0
Num. Abs		5.301.489,29	
<b>Mayores (65 o más)</b>			
Resultados	63%		0,9
Num. Abs		4.778.375,27	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

TABLA 3.11. *Dimensión estructural. Resultados de frecuencia e intensidad según situación socioeconómica*

<i>Personas de 50 o más años de edad</i>		<i>Estructural. Proximidad geográfica</i>	
		<i>Trayectos asociados a actividades incluidas en otros indicadores</i>	
		<i>% Part.</i>	<i>Dur. Media</i>
<b>50 o más</b>			
	<i>Resultados</i>	64%	1,0
	<i>Num. Abs</i>	10.079.864,42	
<b>Ingresos</b>			
	1200 € o menos	64%	0,9
	De 1201 a 2000 €	65%	1,0
	De 2001 a 3000 €	63%	1,0
	Más de 3000 €	69%	1,2
	NS/ NC	61%	1,0
<b>Situación profesional</b>			
	Ocupado	54%	0,9
	Parado	69%	1,0
	Jubilado o prejubilado	69%	1,0
	Realizando las tareas de su hogar	67%	0,9
	Otra situación de inactividad	57%	0,9
<b>Tamaño municipio</b>			
	Capital de provincia o con más de 100000 habitantes	63%	1,0
	Municipios entre 50000 y 100000 habitantes	66%	0,9
	Municipios entre 20000 y 50000 habitantes	66%	0,9
	Municipios entre 10000 y 20000 habitantes	67%	1,1
	Municipios de menos de 10000 habitantes	62%	0,9
<b>Total población</b>			
	<i>Resultados</i>	65%	1,0
	<i>Num. Abs</i>	26.909.413,08	
<b>Memorándum:</b>			
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>			
	<i>Resultados</i>	64%	1,1
	<i>Num. Abs</i>	3.966.448,76	
<b>Adultos (31 a 49)</b>			
	<i>Resultados</i>	69%	1,1
	<i>Num. Abs</i>	10.538.990,88	
<b>Pivote (50 a 64)</b>			
	<i>Resultados</i>	64%	1,0
	<i>Num. Abs</i>	5.301.489,29	
<b>Mayores (65 o más)</b>			
	<i>Resultados</i>	63%	0,9
	<i>Num. Abs</i>	4.778.375,27	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % *Part.*: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) *Dur. Media*: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

- ii) Atendiendo al *nivel de ingresos*, parece aumentar ligeramente la participación pero, sobre todo, el tiempo dedicado a los desplazamientos. Las personas con un nivel de ingresos superior a 3.000 € mensuales, dedican en promedio casi un cuarto de hora más al día a la realización de trayectos.
- iii) La *situación profesional*, indica que son los parados, seguidos de los jubilados en cifras relativamente cercanas, los que por su propia circunstancia realizan más trayectos relacionados con el hogar, lo que podría estar mostrando claramente una forma de contribuir positivamente al hogar gracias a su mayor disponibilidad de tiempo libre.
- iv) En cuanto al *tamaño del municipio*, se observa que éste condiciona la duración media dedicada a los trayectos. Así, las personas de 50 y más años dedican más tiempo a la realización de trayectos relacionados con el ámbito familiar cuanto mayor es el tamaño del municipio donde residen, a excepción de los municipios de 10.000 a 20.000 habitantes, en los que curiosamente se observan las cifras más elevadas, tanto en términos de participación como de intensidad. Esto podría estar mostrando que son ciudades que por su tamaño, no disponen de una red amplia de infraestructuras públicas de transporte, lo que aumenta el tiempo que se asigna a los trayectos.

Los datos indican que ...

- *Las personas mayores en situación de paro y/o jubiladas son las que más colaboran en la solidaridad intergeneracional en la familia cuando ésta se mide por su participación en los desplazamientos para recoger a menores o realizar tareas que tienen que ver con la vida familiar, entre otras.*
- *El tamaño del municipio en el que viven y su nivel de ingresos también son variables que condicionan la frecuencia e intensidad de estos desplazamientos.*

### 3.3.3. Dimensión funcional: tareas domésticas, cuidado de niños y ayuda a adultos miembros del hogar.

En este apartado se presentan los resultados obtenidos en lo relativo a la dimensión funcional de la solidaridad, siguiendo la misma organización que en las dimensiones abordadas previamente. Esto es, se recogen los resultados por grupos de edad —Tabla 3.12—; según características personales —Tabla 3.13—; según composición del hogar —Tabla 3.14—; y, finalmente, según las características socioeconómicas —Tabla 3.15—.

Nos centramos en esta sección en los resultados de indicadores que están basados en el uso del tiempo para la realización de distintas tareas dentro del hogar (cuidado personal, tareas domésticas, cuidado de niños y ayudas a adultos miembros del hogar). En la siguiente sección se desarrollan los basados en las transferencias de rentas observadas dentro del hogar<sup>25</sup>. Se diferencia, por lo tanto, en la presentación de los resultados, estas dos formas de manifestación de la solidaridad atendiendo a la dimensión funcional.

#### a) *Características generales*

- i) Las personas mayores de 50 años (tabla 3.12), dedican un poco más de tiempo a la realización de *cuidados personales* que el total de la población. Sin embargo, los datos referentes a la generación pivote (50-64 años), muestran un comportamiento claramente diferenciado en este indicador, situándose por debajo de la media del total, mientras que los mayores de 65 años, lo hacen por encima. Además, se constata la relación directa existente entre la edad y el tiempo necesario para los cuidados personales: a medida que aumenta la edad, se observa un incremento constante del tiempo diario que se dedica a dichos cuidados. El estado de salud es claramente determinante en este sentido. Este indicador también afecta, indirectamente, al resto de indicadores medidos a través de la EET (INE). A título ilustrativo, una persona de más de 80 años dedica, en promedio, dos horas más a los cuidados personales que otra que pertenece al tramo 50-59. Consecuentemente, dispondrá, en términos efectivos, de menos tiempo para contribuir dentro del hogar realizando otro tipo de tareas (pertenecientes tanto a ésta como a las dimensiones ya discutidas). En otras palabras, cuando este colectivo asigna un minuto de su tiempo a realizar tareas dentro del hogar, el valor de ese tiempo en términos comparados estará siendo relativamente superior.
- ii) Respecto a las *tareas del hogar*, consideramos tres alternativas: *tareas domésticas*, *cuidado de niños* y *ayudas a adultos miembros del hogar*. En cuanto a las tareas domésticas, el porcentaje de personas mayores de 50 años que realizan esta actividad es mayor que el del total de la población, y además el tiempo diario que dedican a ello también es superior. Si desagregamos grupos de edad, se observa una tendencia inicialmente creciente —hasta los primeros años tras

---

<sup>25</sup> Se incluirán definiciones alternativas de forma que nuestros resultados sean sensibles a cuestiones como la vivienda, cuya inclusión como “transferencia” puede ser menos evidente.

la edad de jubilación— para, posteriormente, y conforme aumenta la edad, reducir el tiempo promedio asignado y su participación. En todo caso, las personas mayores contribuyen mucho más a las tareas domésticas que los jóvenes y adultos, sobre todo en lo referente al tiempo diario dedicado a esta actividad. Son las personas mayores entre 65 y 74 años, y no la generación pivote, quienes más contribuyen.

- iii) En cuanto al cuidado de niños, nuestro colectivo de referencia —mayores de 50— está significativamente por debajo del total de la población, aproximadamente la mitad tanto en términos de participación como de intensidad. Debido a limitaciones de la información disponible en la EET, no podemos afinar acerca de la relación familiar que une al “cuidador” con el niño, pero este resultado parece razonable puesto que los menores de 50 años mayoritariamente cuidarán a sus propios hijos y los mayores de 50 en general a sus nietos, lo que les conduce a dedicar un porcentaje menor a esta tarea. Así, más del 50% de adultos entre 31 y 49 años dedican en promedio seis horas diarias al cuidado de niños. Aunque la participación de los mayores de 50 años no es elevada (6-17%, según el grupo de edad), los tiempos promedios obtenidos para los que sí participan indican que representa una proporción significativa de su tiempo. Así, el 15% de las personas pertenecientes a la generación pivote (50-64 años) participan en el cuidado de niños, dedicando a ello más de tres horas diarias, lo que equivaldría a más de veintiuna horas semanales; las personas de 65 y más años dedican en promedio más de dos horas diarias a esta actividad. Aunque a partir de los 75 años se reduce de manera significativa el porcentaje de personas mayores que dedican parte de su tiempo al cuidado de niños, aquellas que siguen realizando esta actividad lo hacen con una dedicación de más de dos horas diarias.
- iv) Las personas mayores de 60 años colaboran más ayudando a otros adultos miembros del hogar que los grupos de población más jóvenes. Si las personas de la generación pivote son las que más participan, son los mayores de 65 años quienes más contribuyen a este indicador de la solidaridad funcional, en términos del tiempo dedicado (casi dos horas y media diarias). Otra vez se obtiene la misma tendencia (en forma de U-inversa) comentada anteriormente: a partir de los 60 años, los que participan dedican más de dos horas diarias —esto es, más de catorce horas semanales— al cuidado de adultos miembros del hogar.



TABLA 3.12. *Dimensión funcional: tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar. Resultados principales, según grupos de edad*

Funcional. Tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar								
Personas de 50 o más años de edad	Cuidado Personal		Tareas domésticas		Cuidado niños		Ayudas a adultos miembros del hogar	
	% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
<b>50 o más</b>								
Resultados	100%	11,9	87%	4,0	13%	2,9	7%	2,2
Num. Abs	15.820.637,58		13.681.055,54		2.041.577,08		1.169.704,18	
<b>Por grupos de edad</b>								
50-59	100%	11,2	87%	3,9	14%	3,4	9%	2,0
60-64	100%	11,7	86%	4,1	17%	2,9	9%	2,2
65-69	100%	12,1	90%	4,5	16%	2,3	6%	2,5
70-74	100%	12,2	91%	4,3	14%	2,3	6%	2,3
75-80	100%	12,6	89%	3,8	7%	2,1	7%	2,4
>80	100%	13,4	77%	3,2	6%	2,3	5%	2,3
<b>Total población</b>								
Resultados	100%	11,6	82%	3,2	31%	5,6	5%	2,0
Num. Abs	41.004.668,50		33.668.567,25		12.562.642,83		2.176.030,35	
<b>Memorándum:</b>								
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>								
Resultados	100%	11,7	73%	2,3	23%	6,9	2%	1,3
Num. Abs	6.136.048,85		4.511.489,33		1.401.794,98		142.567,66	
<b>Adultos (31 a 49)</b>								
Resultados	100%	11,0	86%	3,1	53%	6,0	5%	2,0
Num. Abs	15.206.111,88		13.058.525,71		8.101.740,17		765.123,18	
<b>Pivote (50 a 64)</b>								
Resultados	100%	11,3	86%	3,9	15%	3,2	9%	2,0
Num. Abs	8.202.323,73		7.096.968,96		1.204.754,82		716.134,04	
<b>Mayores (65 o más)</b>								
Resultados	100%	12,6	87%	4,0	11%	2,3	6%	2,4
Num. Abs	7.618.314,00		6.584.086,67		836.822,24		453.570,15	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

Los datos indican que ...

- *Las personas mayores no constituyen un colectivo de meros receptores de ayudas. Aún a edades avanzadas, siguen siendo una fuente importante de ayuda cotidiana para las personas que configuran su red familiar y social más cercana.*
- *Los mayores contribuyen mucho más a las tareas domésticas en la familia que los jóvenes y adultos, sobre todo en lo referente al tiempo diario dedicado a esta actividad. Son las personas entre 65 y 74 años quienes más contribuyen, incluso más que la generación pivote. Esto podría explicarse, al menos parcialmente, dado que las condiciones físicas y de movilidad de las generaciones de jóvenes, adultos y pivote, harían que el tiempo requerido para estas actividades sea menor.*
- *También este grupo de población dedica tiempo al cuidado de menores, aunque no todos los hacen, presentando una baja participación relativa (entre el 6 y el 17% según edad). Sin embargo, aquellas personas pertenecientes a la generación pivote (50-64 años) que lo hacen, dedican más de tres horas diarias a dicho cuidado, esto es, más de veintiuna horas semanales. Podríamos deducir que por la edad, se trata de abuelos cuidadores.*
- *Los datos muestran que los mayores de 70 años que cuidan niños lo hacen durante más de dos horas diarias —lo que equivaldría a catorce horas semanales—. Esto es una muestra más de la importancia de las personas mayores como recurso de apoyo para las familias con niños pequeños. Sin embargo los datos también advierten del posible riesgo de un cuidado excesivamente intensivo por parte de este grupo de población.*
- *También el tiempo dedicado a ayudar a adultos miembros del hogar permite identificar el papel clave que las personas mayores desempeñan en la familia y también en la sociedad. En términos de media, todas las personas mayores de 60 años contribuyen más a solidaridad intergeneracional que el promedio total de la población, si el indicador que tomamos para ello es el tiempo que se dedica a ayudar a otros adultos miembros del hogar. Concretamente son las personas de la generación pivote las que más participan, mientras que quienes más contribuyen en términos del tiempo dedicado son los mayores de 65 años.*

### b) *Características personales*

Se recogen a continuación, atendiendo a las características personales, las principales conclusiones que se pueden extraer de los datos observados (Tabla 3.13).

- i) Atendiendo al *sexo*, los hombres dedican algo más de tiempo a su cuidado personal que las mujeres y, aunque participan menos, los que lo hacen también dedican ligeramente más tiempo al cuidado de niños y a ayudas a adultos miembros del hogar. Por el contrario, casi la totalidad de las mujeres (un 95% frente al 77% de los hombres) participan en las tareas domésticas, dedicando casi el doble de tiempo a esta actividad, lo que pone de manifiesto que ellas siguen estando más presentes en la realización de las tareas del hogar.
- ii) En cuanto a la *nacionalidad*, los españoles muestran un patrón diferenciado respecto a las personas que detentan otra nacionalidad, dedicando más tiempo a su cuidado personal y a tareas domésticas y menos al cuidado de niños, y participando más en las ayudas a adultos miembros del hogar. Llama la atención que la participación de los no nacionales en el cuidado de niños sea casi el doble de la de los nacionales. Además, éstos últimos dedican casi cincuenta minutos diarios menos a esta actividad. Por otra parte, la menor participación de los no nacionales en las ayudas a adultos miembros del hogar podría explicarse por el hecho de que los adultos mayores de los extranjeros que podrían necesitar cuidados no se encuentren en territorio español.
- iii) En función del *nivel de estudios*, observamos que conforme éste aumenta disminuye el tiempo asignado al cuidado personal, a tareas domésticas y a ayudar a adultos miembros del hogar. Por el contrario, se observa un aumento en el tiempo dedicado al cuidado de niños —si bien el porcentaje de participación no muestra un patrón lineal de evolución, oscilando entre un 12 y un 15%—. Así, las personas de nuestro grupo de referencia (50 o más años) que tienen estudios superiores y que dedican parte de su tiempo al cuidado de niños, lo hacen durante más de tres horas al día, mientras que aquellas que contribuyen ayudando a adultos miembros del hogar lo hacen durante menos de dos horas.
- iv) El análisis según el *estado civil* nos muestra cómo los viudos son los que más tiempo dedican a su cuidado personal, siendo los divorciados los que menos. En cuanto a las tareas domésticas son los solteros los que menos tiempo dedican a ellas, siendo los casados los que más tiempo emplean. Quienes más participan en el cuidado a

niños son los casados y divorciados, aunque éstos últimos son los que lo hacen con mayor intensidad: más de tres horas y media al día. Esto podría explicarse bien por el hecho de que aquellas personas divorciadas de más de 50 años que aún tienen niños pequeños se ven obligadas a dedicar más tiempo diario a su cuidado —por el hecho de no contar con la participación del otro cónyuge—, o bien porque aquellas que viven solas y que tienen nietos disponen de más tiempo para ayudar a sus hijos adultos en el cuidado de aquellos. Puesto que los datos no nos permiten afinar para saber la relación de parentesco entre las personas de 50 o más años y los niños, no podemos extraer conclusiones definitivas al respecto. En cuanto a las ayudas a adultos miembros del hogar, los viudos son los que menos participan y los divorciados los que lo hacen con menor intensidad. Mientras que son los solteros quienes tienen la participación más alta, son los casados quienes más tiempo dedican a esta actividad —más de dos horas diarias—. El polo de baja/alta participación de viudos y casados, está indicando un aspecto importante de la solidaridad intrafamiliar: aquella que se opera entre los miembros de la pareja. Así, para las personas mayores, el cónyuge constituye una fuente de apoyo importante para las actividades de la vida diaria. Evidentemente, si uno de los dos necesita de una ayuda continua, derivada de un empeoramiento de su estado de salud y de su movilidad funcional, el estado de salud de su pareja seguro se verá afectado.

- v) Por último, en cuanto al *estado de salud*, se confirma que a medida que éste empeora, aumenta considerablemente el tiempo dedicado a los cuidados personales, como era de esperar. Las tareas domésticas constituyen un apartado donde se obtiene una tendencia en forma de U invertida con el máximo tiempo para aquellos que declaran tener una salud “aceptable”: éstos dedican más de cuatro horas diarias a este tipo de tareas. Como era previsible, también se observa un gran descenso cuando el estado de salud pasa a ser “muy malo”. Respecto al cuidado de niños, obtenemos un doble resultado. Por un lado, una tendencia decreciente —tanto en participación como en duración— conforme empeora el estado de salud, hasta el estado “malo”. Por otro, un aumento significativo del tiempo diario dedicado a esta actividad —aunque con una menor participación— de aquellos con el peor estado de salud. Quizás sean aquellos que se ven forzados por las circunstancias a realizar esta labor, no gracias sino a pesar de su estado de salud. Aunque los datos de que disponemos no nos permiten probarlo, también cabe pensar, como ya hemos mencionado, que el hecho de participar en el cuidado de niños con una intensidad tan elevada podría estar induciendo a un empeoramiento del estado de salud de las personas mayores.

- vi) De igual manera, en lo concerniente a las ayudas a adultos miembros del hogar la tendencia en duración es creciente, aunque la participación, como ya se ha señalado, cae cuando se declara un estado de salud peor. Así, las personas de 50 o más años que tienen un estado de salud muy malo dedican una hora diaria más a las ayudas a adultos miembros del hogar que aquellas personas con un estado de salud muy bueno. Como en el cuidado de niños por parte de personas con un estado de salud muy malo, podríamos estar ante un caso en el que la elevada intensidad de los cuidados prestados estaría afectando de manera negativa el estado de salud del cuidador.

Los datos indican que...

- *Características personales como el sexo, nacionalidad, nivel de estudios, estado civil y estado de salud, introducen algunas diferencias relevantes en cuanto a la participación y al tiempo dedicado a las tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar. Los mayores de 50 años casados y divorciados son los que más participan en el cuidado de niños y estos últimos son los que más tiempo dedican a ello, más de tres horas y media diarias.*
- *Los casados son también quienes más tiempo dedican al cuidado de adultos dentro de la familia, más de dos horas al día.*
- *Atendiendo al estado de salud, también los resultados muestran que hay personas mayores de 50 años, que a pesar de declarar un mal estado de salud, dedican más de tres horas y media al día al cuidado de niños. Este dato pone de manifiesto el papel que desempeñan las personas mayores en la solidaridad intergeneracional. Pero también es un indicador que permite afirmar que las familias se ven obligadas a recurrir de manera intensiva a la ayuda de los abuelos para el cuidado de los niños pequeños, al no disponer de otras alternativas que no les supongan un gasto inasumible. Esta carencia de servicios adecuados a la realidad económica de las familias, unida a la irracionalidad de los horarios laborales, difíciles de compatibilizar con los escolares, explicaría que personas mayores de 50 años con un estado de salud muy malo dediquen tanto tiempo a esta actividad.*
- *Algo similar ocurre en el tiempo dedicado a las ayudas a adultos, que en el caso de aquellas personas que declaran tener un estado de salud muy malo, es de una hora y media diaria más que cuando declaran tener un buen estado de salud.*

TABLA 3.13. *Dimensión funcional: tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar. Resultados de frecuencia e intensidad según características personales*

<i>Funcional. Tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar</i>								
<i>Personas de 50 o más años de edad</i>	<i>Cuidado personal</i>		<i>Tareas domésticas</i>		<i>Cuidado niños</i>		<i>Ayudas a adultos miembros del hogar</i>	
	<i>% Part.</i> (1)	<i>Dur. Media</i> (2)	<i>% Part.</i>	<i>Dur. Media</i>	<i>% Part.</i>	<i>Dur. Media</i>	<i>% Part.</i>	<i>Dur. Media</i>
<b>50 o más</b>								
<i>Resultados</i>	100%	11,9	87%	4,0	13%	2,9	7%	2,2
<i>Num. Abs</i>	15.820.637,58		13.681.055,54		2.041.577,08		1.169.704,18	
<b>Sexo</b>								
<i>Hombres</i>	100%	12,1	77%	2,7	12%	3,0	6%	2,4
<i>Mujeres</i>	100%	11,8	95%	4,9	14%	2,7	9%	2,1
<b>Nacionalidad</b>								
<i>Española</i>	100%	12,0	87%	4,0	13%	2,8	8%	2,2
<i>Otras</i>	100%	11,6	86%	3,2	24%	3,6	3%	2,1
<b>Nivel de estudios</b>								
<i>Estudios básicos</i>	100%	12,1	86%	4,2	13%	2,9	7%	2,3
<i>Estudios medios</i>	100%	11,3	87%	3,4	15%	2,7	8%	2,0
<i>Estudios superiores</i>	100%	11,4	87%	3,0	12%	3,2	7%	1,9
<b>Estado civil legal</b>								
<i>Soltero/a</i>	100%	11,9	88%	3,5	5%	2,8	10%	2,1
<i>Casado/a</i>	100%	11,8	86%	4,0	14%	2,8	8%	2,2
<i>Viudo/a</i>	100%	12,6	88%	3,9	12%	2,9	3%	2,0
<i>Divorciado/a</i>	100%	11,6	90%	3,9	15%	3,6	8%	1,6
<b>Estado de salud</b>								
<i>Muy bueno</i>	100%	11,3	88%	3,6	15%	3,4	7%	2,0
<i>Bueno</i>	100%	11,5	88%	4,0	14%	2,9	7%	1,9
<i>Aceptable</i>	100%	12,1	89%	4,1	13%	2,8	9%	2,3
<i>Malo</i>	100%	12,9	83%	3,9	9%	2,4	7%	2,7
<i>Muy malo</i>	100%	14,2	67%	3,1	7%	3,6	4%	3,3
<b>Total población</b>								
<i>Resultados</i>	100%	11,6	82%	3,2	31%	5,6	5%	2,0
<i>Num. Abs</i>	41.004.668,50		33.668.567,25		12.562.642,83		2.176.030,35	

TABLA 3.13. *Dimensión funcional: tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar. Resultados de frecuencia e intensidad según características personales (continuación)*

Funcional. Tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar									
Personas de 50 o más años de edad	Cuidado personal		Tareas domésticas		Cuidado niños		Ayudas a adultos miembros del hogar		
	% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	
Memorándum:									
Jóvenes (19 a 30)									
Resultados	100%	11,7	73%	2,3	23%	6,9	2%	1,3	
Num. Abs	6.136.048,85		4.511.489,33		1.401.794,98		142.567,66		
Adultos (31 a 49)									
Resultados	100%	11,0	86%	3,1	53%	6,0	5%	2,0	
Num. Abs	15.206.111,88		13.058.525,71		8.101.740,17		765.123,18		
Pivote (50 a 64)									
Resultados	100%	11,3	86%	3,9	15%	3,2	9%	2,0	
Num. Abs	8.202.323,73		7.096.968,96		1.204.754,82		716.134,04		
Mayores (65 o más)									
Resultados	100%	12,6	87%	4,0	11%	2,3	6%	2,4	
Num. Abs	7.618.314,00		6.584.086,67		836.822,24		453.570,15		

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

### c) Composición del hogar

La composición del hogar, al igual que el resto de dimensiones ya comentadas, resulta un aspecto crucial a tener en cuenta (Tabla 3.14).

- i) Las personas de nuestro grupo de referencia que viven en pareja con más de dos miembros en el hogar y en hogares unipersonales, son quienes más tiempo diario dedican a los *cuidados personales*.
- ii) En cuanto a las *tareas domésticas*, son los hogares monoparentales encabezados por mujeres los que más participan y, también, los que más tiempo les dedican —en línea con los resultados por sexo presentados anteriormente—, más de cuatro horas y media diarias.
- iii) En cuanto al *cuidado de niños*, destaca tanto la diferencia entre monoparentales en función del sexo del cabeza de familia como la



TABLA 3.14. *Dimensión funcional: tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar. Resultados de frecuencia e intensidad según composición del hogar*

Funcional. Tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar									
Personas de 50 o más años de edad	Cuidado Personal		Tareas domésticas		Cuidado niños		Ayudas a adultos miembros del hogar		
	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	
<b>50 o más</b>									
Resultados	100%	11,9	87%	4,0	13%	2,9	7%	2,2	
Num. Abs	15.820.637,58		13.681.055,54		2.041.577,08		1.169.704,18		
<b>Tipo de hogar</b>									
Hogar unipersonal									
Pareja sola	100%	12,3	93%	3,6	7%	2,5	3%	2,5	
Monoparental (Hombre)	100%	12,0	88%	4,1	13%	2,3	7%	2,2	
Monoparental (Mujer)	100%	12,1	85%	3,8	3%	1,9	11%	2,1	
En pareja (más de dos miembros)	100%	12,0	91%	4,5	9%	2,7	9%	1,8	
Coresidencia	100%	12,3	80%	4,1	11%	2,4	22%	3,0	
	100%	11,6	83%	3,9	17%	3,3	8%	2,0	
<b>Menores en el hogar</b>									
Ninguno	100%	11,99	87%	3,99	10%	2,24	8%	2,22	
Menores de 3 años	100%	12,0	80%	4,2	71%	5,4	2%	2,4	
Menores de 3 a 5 años	100%	11,3	88%	3,6	95%	5,4	0%	0,0	
Menores de 6 a 10 años	100%	11,8	86%	3,0	81%	5,0	7%	1,0	
Menores de 10 a 14 años	100%	11,6	83%	3,7	43%	3,3	6%	1,2	
Menores de 15 a 18 años	100%	11,3	82%	3,9	22%	2,1	6%	2,0	
<b>Total población</b>									
Resultados	100%	11,6	82%	3,2	31%	5,6	5%	2,0	
Num. Abs	41.004.668,50		33.668.567,25		12.562.642,83		2.176.030,35		
<b>Memorándum:</b>									
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>									
Resultados	100%	11,7	73%	2,3	23%	6,9	2%	1,3	
Num. Abs	6.136.048,85		4.511.489,33		1.401.794,98		142.567,66		
<b>Adultos (31 a 49)</b>									
Resultados	100%	11,0	86%	3,1	53%	6,0	5%	2,0	
Num. Abs	15.206.111,88		13.058.525,71		8.101.740,17		765.123,18		
<b>Pivote (50 a 64)</b>									
Resultados	100%	11,3	86%	3,9	15%	3,2	9%	2,0	
Num. Abs	8.202.323,73		7.096.968,96		1.204.754,82		716.134,04		
<b>Mayores (65 o más)</b>									
Resultados	100%	12,6	87%	4,0	11%	2,3	6%	2,4	
Num. Abs	7.618.314,00		6.584.086,67		836.822,24		453.570,15		

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

mayor participación y tiempo dedicado por parte de aquellos que coresiden (una opción más presente en los países latinos del sur de Europa como es el caso español). En efecto, quienes más tiempo dedican al cuidado de niños —más de tres horas al día— son las personas de 50 o más años que habitan en coresidencia. Esto estaría indicándonos que se trata, por lo general, de abuelos que coresiden en el núcleo familiar de uno de sus hijos. Aunque menos habitual hoy en día, esta modalidad continúa estando presente como una manifestación de la solidaridad intergeneracional.

- iv) Las *ayudas a adultos* están más presentes en aquellos que residen en pareja (más de dos miembros) —uno de cada cinco— y con una diferencia notable en cuanto al tiempo dedicado (más de tres horas al día).
- v) En cuanto a las *tareas domésticas*, es en los hogares con menores de 3 años en los que más tiempo se dedica a esta actividad. El *cuidado de niños* lógicamente se concentra con mayor intensidad y participación desde los 0 a los 10 años: las personas de nuestro grupo de referencia que tienen menores en el hogar en estas edades dedican más de cinco horas diarias al cuidado de los mismos. Y en cuanto a *ayudas a adultos*, aquellos hogares con menores de 3 años muestran la mayor intensidad —por encima del total de la población—, si bien cae la participación.

#### d) *Situación socioeconómica*

Para concluir con este primer bloque de la dimensión funcional, se recogen a continuación los resultados del análisis atendiendo a la situación socioeconómica (tabla 3.15).

- i) Según aumenta el *nivel de ingresos*, disminuye el tiempo asignado a cuidado personal, tareas domésticas y a ayudas a adultos. En cuanto al cuidado de niños se obtiene una tendencia no monótona (en forma de U) en cuanto a la duración y monótona creciente en cuanto a participación.
- ii) Según la *situación profesional*, los jubilados e inactivos son quienes dedican más tiempo a su cuidado personal, entre otras razones porque disponen de él. Las tareas domésticas muestran lo esperado: una mayor participación e intensidad para aquellos/as que realizan las tareas de su hogar, estando los ocupados en el extremo opuesto. En cuanto al cuidado de niños, son los parados los que más contribuyen tanto en términos de participación como de intensidad (más de tres horas y media al día). A su vez, son éstos quienes más tiempo dedican a ayudar a adultos miembros del hogar, si bien los/as

que realizan las tareas de su hogar son los que más participan en esta actividad.

- iii) El *tamaño del municipio* juega un papel relevante. El tiempo dedicado a las tareas domésticas presenta una relación inversa con el tamaño del municipio: son quienes habitan en municipios más pe-

TABLA 3.15. *Dimensión funcional: tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar. Resultados de frecuencia e intensidad según situación socioeconómica*

Funcional. Tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar									
Personas de 50 o más años de edad		Cuidado Personal		Tareas domésticas		Cuidado niños		Ayudas a adultos miembros del hogar	
		% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
50 o más	Resultados	100%	11,9	87%	4,0	13%	2,9	7%	2,2
	Num. Abs	15.820.637,58		13.681.055,54		2.041.577,08		1.169.704,18	
Ingresos									
	1200 € o menos	100%	12,3	88%	4,1	12%	2,8	7%	2,6
	De 1201 a 2000 €	100%	11,9	84%	4,1	13%	2,7	8%	2,3
	De 2001 a 3000 €	100%	11,5	88%	3,6	14%	2,6	8%	2,0
	Más de 3000 €	100%	11,2	89%	3,4	15%	3,2	8%	1,1
	NS/ NC	100%	11,7	85%	4,0	12%	3,5	7%	1,7
Situación profesional									
	Ocupado	100%	10,9	80%	2,9	12%	3,1	6%	1,7
	Parado	100%	11,5	89%	4,3	17%	3,5	9%	2,6
	Jubilado o prejubilado	100%	12,6	85%	3,5	12%	2,5	7%	2,4
	Realizando las tareas de su hogar	100%	11,7	99%	5,7	16%	2,8	12%	2,3
	Otra situación de inactividad	100%	12,8	86%	4,1	11%	3,1	3%	2,2
Tamaño municipio									
	Capital de provincia o con más de 100000 habitantes	100%	11,9	87%	3,8	12%	2,7	8%	1,9
	Municipios entre 50000 y 100000 habitantes	100%	11,6	86%	3,8	13%	3,6	8%	2,5
	Municipios entre 20000 y 50000 habitantes	100%	11,8	89%	4,1	16%	3,0	8%	2,3
	Municipios entre 10000 y 20000 habitantes	100%	11,9	89%	4,0	18%	2,0	5%	2,4
	Municipios de menos de 10000 habitantes	100%	12,2	84%	4,2	11%	3,2	7%	2,3
Total población									
	Resultados	100%	11,6	82%	3,2	31%	5,6	5%	2,0
	Num. Abs	41.004.668,50		33.668.567,25		12.562.642,83		2.176.030,35	

TABLA 3.15. *Dimensión funcional: tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar. Resultados de frecuencia e intensidad según situación socioeconómica (continuación)*

Personas de 50 o más años de edad	Funcional. Tareas instrumentales y de cuidado dentro del hogar							
	Cuidado Personal		Tareas domésticas		Cuidado niños		Ayudas a adultos miembros del hogar	
	% Part. (1)	Dur. Media (2)	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media	% Part.	Dur. Media
<b>Memorándum:</b>								
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>								
Resultados	100%	11,7	73%	2,3	23%	6,9	2%	1,3
Num. Abs	6.136.048,85		4.511.489,33		1.401.794,98		142.567,66	
<b>Adultos (31 a 49)</b>								
Resultados	100%	11,0	86%	3,1	53%	6,0	5%	2,0
Num. Abs	15.206.111,88		13.058.525,71		8.101.740,17		765.123,18	
<b>Pivote (50 a 64)</b>								
Resultados	100%	11,3	86%	3,9	15%	3,2	9%	2,0
Num. Abs	8.202.323,73		7.096.968,96		1.204.754,82		716.134,04	
<b>Mayores (65 o más)</b>								
Resultados	2,4	12,6	87%	4,0	11%	2,3	6%	2,4
Num. Abs	7.618.314,00		6.584.086,67		836.822,24		453.570,15	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010.

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que declaran realizar la actividad considerada en el transcurso de un día. (2) Dur. Media: duración media diaria (en horas) dedicada a dicha actividad.

queños los que dedican más tiempo a estas actividades. El cuidado de niños muestra esquemas de organización diferentes en función del lugar en el que se reside. Así, los municipios de 10.000 a 20.000 habitantes muestran un mayor reparto de esta labor (los mayores participan más pero lo hacen durante menos tiempo diario, dos horas) frente a las ciudades de 50.000 a 100.000 habitantes, donde la participación es menor pero con una mayor intensidad —más de tres horas y media al día—. Por último, las ayudas a adultos se muestran sin grandes diferencias en participación pero con un descenso en el tiempo dedicado en los municipios de más de 100.000 habitantes. Esto podría explicarse por el hecho de que en las grandes ciudades hay más alternativas al cuidado de adultos —residencias de día, por ejemplo— externas a la familia, y al “estigma” que este tipo de centros aún tiene entre las personas mayores en el ámbito rural.

### 3.3.4. Dimensión funcional: Transferencias monetarias inter-vivos

Otro tipo de manifestaciones de la solidaridad en la familia se visualiza a través de la existencia de transferencias monetarias que tienen lugar al interior de la familia a nivel intergeneracional. Diversos estudios que han abordado el estudio de estas transferencias a nivel europeo coinciden en señalar el carácter predominantemente descendente de la ayuda, esto es, de personas mayores a hijos adultos. (Albertini, Kohli, & Vogel, 2007; Attias-Donfut & Segalen, 2007; Kohli, 1999)

Antes de presentar los resultados obtenidos para España, en aras de conseguir una correcta interpretación de los datos, hay que recordar el cambio de unidad familiar ya mencionado, considerado en este bloque. Mientras que en la EET el análisis se realiza a nivel personal, los datos de consumo de la EPF del INE se refieren al conjunto de miembros del hogar. A partir de ahí, en este análisis de las transferencias consideramos los hogares donde el sustentador principal (cabeza de familia) es mayor de 50 años y, sobre esta base, se forman los distintos subgrupos según las características de éste.

Se han elaborado tres indicadores de transferencias con base en las categorías de consumo de la Encuesta de Presupuestos Familiares:

- a) *Transferencias monetarias (MIN)*. Incluye todos los gastos relativos a la alimentación, ropa y artículos para bebés, transporte escolar, gastos educativos y remesas a otros miembros del hogar. Es decir, agrupan todo el consumo incuestionablemente identificado como transferencia intergeneracional que se realiza desde los hogares en los que el cabeza de familia tiene 50 o más años.
- b) *Transferencias monetarias (MAX–sin vivienda)*. En esta categoría se añaden otras categorías de gasto (sin incluir los que puedan imputarse a la vivienda), que podrían ser consideradas, en algunos casos, como transferencias intergeneracionales, pero cuya inclusión podría estar sometida a debate, tales como servicios domésticos, juegos, juguetes y pequeños instrumentos musicales, entre otros.
- c) *Transferencias monetarias (MAX)*. Se incluye además el alquiler imputado a la vivienda, cuando ésta ha sido cedida gratuitamente. Se ha optado por crear este tercer indicador, debido a que cuando existe una cesión gratuita de vivienda, hay una probabilidad muy elevada de que ésta haya sido cedida por el cabeza de familia (en nuestro caso, mayor de 50 años) a otro miembro de la familia, habitualmente los hijos adultos, ya que otros estudios que han examinado las transferencias inter vivos, señalan que la ayuda para la vivienda es un aspecto importante a considerar a este respecto (Attias-Donfut,

1995). Aunque los datos de la EPF no nos permiten afinar el análisis para saber si la cesión ha sido hecha a un miembro de la familia, consideramos necesario incluir este elemento como un aspecto relevante de las transferencias inter vivos (tabla 3.16).

En líneas generales, los resultados obtenidos muestran que si bien existe una significativa sensibilidad de los resultados a la definición de los indicadores monetarios —se mejora la participación y se doblan los importes al incluir más casuísticas—, las pautas y las posiciones relativas de los distintos colectivos respecto al total de población se mantienen. Además, contar con tres indicadores permite disponer de un rango mínimo y máximo de las transferencias monetarias.

Al margen de esta apreciación general, los resultados obtenidos usando la información sobre consumo final de los hogares que nos suministra la Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF) del INE, se resumen como sigue.

#### a) *Características generales*

- i) Por tramos de *edad*, los mayores de 50 años situados en el tramo en el que aún la mayoría de la población se encuentra activa (50-59 años) participan y realizan transferencias por encima de la media de toda la población. Las personas entre 50-59 años, que forman parte a su vez de la generación pivote, tienen una participación que oscila entre el 71 % y el 77 % en la realización de transferencias intergeneracionales, con una intensidad anual que va de los 1.420€ a los 2.340€, mientras que para el total de la población el porcentaje de quienes realizan dichas transferencias monetarias es levemente inferior —entre el 65 % y el 75 %—, en un rango que oscila entre 1.330 y 2.350€ (tabla 3.17).
- ii) A medida que aumenta la edad se observa un comportamiento distinto de las transferencias en función del indicador analizado. En cuanto al indicador de transferencias monetarias mínimas, tanto la participación como la intensidad van decayendo progresivamente. Esto significa que a medida que aumenta la *edad* se reduce el número de personas mayores que realizan transferencias monetarias (MIN), ya que mientras que en el tramo de 50-59 años el porcentaje de participación es del 71 %, en el de mayores de 80 años se reduce a la mitad. También la cuantía de las transferencias realizadas por este grupo de población disminuye a medida que aumenta la edad, hasta situarse en sólo 231,4 € en el grupo de mayores de 80 años, frente a los 1.428,2 € que realiza el grupo comprendido entre 50-59 años.

TABLA 3.16. *Composición de los indicadores de transferencias monetarias*

<i>Códigos incluidos- Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF)</i>		<i>Indicador Transferencias monetarias (MIN)</i>	<i>Indicador Transferencias monetarias (MAX —sin vivienda)</i>	<i>Indicador Transferencias monetarias (MAX)</i>
[01994]	Alimentos para bebé	X	X	X
[031223]	Ropa para niños (de 2 a 13 años) y bebés (menos de 2 años) confeccionada o hecha a medida	X	X	X
[03213]	Calzado de niños (de 2 a 13 años) y bebés (menos de 2 años)	X	X	X
[12222]	Artículos para bebé	X	X	X
[07323]	Transporte escolar	X	X	X
[09512]	Libros de texto de educación superior	X	X	X
[09513]	Resto libros de texto	X	X	X
[10111-10511]	Educación infantil primer ciclo; Educación infantil segundo ciclo; Educación primaria; Educación secundaria obligatoria; Bachillerato; Formación profesional de grado medio; Enseñanzas de régimen especial del grado medio; Educación universitaria y equivalente; Formación profesional de grado superior; Enseñanzas relacionadas con el sistema educativo.	X	X	X
[11122]	Comedores escolares y universitarios	X	X	X
[11213]	Servicios de alojamiento por motivos de enseñanza	X	X	X
[12312]	Servicios recibidos fuera de los centros educativos para niños de cualquier edad	X	X	X
[12711]	Dinero de bolsillo a menores residentes en el hogar	X	X	X
[12811]	Remesas a miembros del hogar no residentes en la vivienda	X	X	X
[05621]	Servicio doméstico (excluidos pagos a la seguridad social)		X	X
[05622]	Pagos a la seguridad social del servicio doméstico		X	X
[09311]	Juegos, juguetes, hobbies y pequeños instrumentos musicales		X	X
[10512]	Enseñanzas no relacionadas con el sistema educativo		X	X
[12311]	Servicios de protección social		X	X
[04221]	Alquiler imputado a la vivienda principal, cedida gratuita o semigratuitamente			X
[04222]	Alquiler imputado a otras viviendas a disposición del hogar, cedidas gratuitas o semigratuitamente			X

Fuente: Elaboración propia.



- iii) Los datos que muestran los otros dos indicadores —transferencias monetarias sin vivienda y transferencias monetarias (MAX)—, presentan una tendencia distinta: la participación se reduce progresivamente hasta alcanzar niveles muy estables a partir de los 70 años, de alrededor un 60%. En lo referente a la cuantía de las transferencias: ésta aparece con la forma de U, en descenso continuo hasta la edad de 70-74 años, para tomar en adelante un sentido ascendente de carácter pronunciado (tabla 3.17). Obsérvese que si se toma en consideración el indicador máximo con vivienda, son las personas de más de 80 años las que realizan las transferencias más elevadas.

#### b) Características personales

- i) Por *sexo*, los hombres muestran una mayor participación en las transferencias monetarias. Entre un 59 y un 70% de hombres realiza transferencias monetarias, mientras que para el caso de las mujeres este rango oscila entre un 47 y un 63%. En cuanto a su cuantía, las realizadas por hombres son superiores. Pero estas diferencias en intensidad se eliminan en el tercer indicador al incluir el alquiler imputado a la vivienda cedida gratuitamente: entonces, son las mujeres las que realizan transferencias levemente superiores (tabla 3.18).

Los datos indican que...

- *Las personas mayores comprendidas en el tramo de edad 50-59 años pertenecientes a la generación pivote, realizan transferencias monetarias en mayor proporción (71-77%) y cuantía que la media del total de la población. La cuantía media anual de dichas transferencias oscila entre 1.430 y 2.340 €.*
- *Existe una sensibilidad significativa de los resultados a la definición de los indicadores monetarios. La diferencia principal entre los tres indicadores es el comportamiento de las transferencias con relación a la variable edad: a medida que ésta aumenta, se reduce tanto la participación como la cuantía para el indicador de transferencias mínimas, mientras que para los dos indicadores máximos la participación se reduce hasta los 70 años para luego mantenerse estable, con una intensidad en forma de U, que en el caso del tercer indicador alcanza la cuantía anual más elevada para los más mayores.*

TABLA 3.17. *Dimensión funcional: transferencias inter-vivos.*  
*Resultados principales, según grupos de edad*

Hogares donde el sustentador principal (cabeza de familia) tiene 50 o más años de edad		Funcional. Transferencias monetarias.					
		MIN		MAX —sin vivienda—		MAX	
		% Part. (1)	Intensidad (€) (2)	% Part.	Intensidad (€)	% Part.	Intensidad (€)
<b>50 o más</b>							
	Resultados	56%	905,2	66%	1.649,33	68%	1.978,12
	Num. Abs		5.154.421,00		6.156.053,00		6.316.351,00
<b>Por grupos de edad</b>							
	50-59	71%	1.428,24	76%	2.053,82	77%	2.347,19
	60-64	58%	761,43	66%	1.436,26	68%	1.740,93
	65-69	54%	574,73	64%	1.400,00	66%	1.666,01
	70-74	48%	446,50	59%	1.064,89	61%	1.361,73
	75-80	42%	322,08	58%	1.229,47	60%	1.600,97
	>80	35%	231,80	59%	1.834,91	61%	2.396,09
<b>Total población</b>							
	Resultados	65%	1.338,67	73%	1.958,04	75%	2.350,24
	Num. Abs		17.644.384,00		17.644.384,00		17.644.384,00
<b>Memorándum:</b>							
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>							
	Resultados	69%	1.053,57	76%	1.300,66	78%	2.031,11
	Num. Abs		831.771,13		911.167,50		932.178,81
<b>Adultos (31 a 49)</b>							
	Resultados	77%	1.786,99	82%	2.384,77	83%	2.789,72
	Num. Abs		5.520.991,50		5.852.257,00		5.966.142,00
<b>Pivote (50 a 64)</b>							
	Resultados	66%	1.245,69	73%	1.877,14	74%	2.173,00
	Num. Abs		3.023.229,25		3.310.459,25		3.383.598,75
<b>Mayores (65 o más)</b>							
	Resultados	45%	422,10	60%	1.384,32	62%	1.753,30
	Num. Abs		2.131.191,50		2.845.593,50		2.932.752,50

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EPF 2010

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que realizan un gasto en consumo anual, que puede ser identificado como transferencia intergeneracional. (2) Intensidad: volumen promedio de dicha transferencia (€ anuales).

- ii) Según la *nacionalidad*, los españoles muestran una participación mayor que los extranjeros (56-69% frente a 48-60%), pero con importes de transferencias ligeramente inferiores (900-1.950 € frente a 930-2.450€).

- iii) El *nivel de estudios* también afecta positivamente la participación e intensidad, situándose las personas de nuestro grupo de referencia con un nivel educativo alto significativamente por encima de la media del total de la población: 68-82% de participación frente a un 65-75%, con una intensidad de entre 2.000 y 4.000€, frente a 1.300-2.350 €. Probablemente un mayor nivel de estudios se asocia a un nivel superior de ingresos monetarios.
- iv) Finalmente, puesto que la EPF no informa sobre el estado de salud de los encuestados, nos detenemos a analizar los resultados en función del *estado civil legal*. Así, cuando miramos el primer indicador de transferencias monetarias MIN, quizás por el mayor peso relativo de los gastos asociados a los menores del hogar, se obtiene que los solteros y viudos son los que menos participan y, si lo hacen, sus importes son menores que los obtenidos para los casados y divorciados. Se observa la misma tendencia en los otros dos indicadores, aunque las diferencias en intensidad se homogeneízan una vez vamos incluyendo otras alternativas como puedan ser el servicio doméstico, la educación no reglada y/o la cesión de viviendas en gratuidad (indicadores máximo sin vivienda y máximo). En todo caso, las personas de más de 50 años que están casadas son las que más participan en la realización de transferencias inter vivos —entre el 66 y el 75%— muy por encima de quienes detentan otros estados civiles: el rango de participación de los solteros oscila entre un 35 y un 55%, el de los viudos entre un 41 y un 59%, y el de los divorciados entre un 48 y un 62% (Tabla 3.18).

Los datos indican que...

- *Los hombres mayores de 50 años participan más que las mujeres en la realización de transferencias monetarias intergeneracionales. Con respecto a la nacionalidad, si bien los españoles muestran una mayor participación, los extranjeros que las realizan lo hacen con importes algo superiores.*
- *Los resultados indican que el nivel de estudios afecta positivamente tanto la participación en el circuito de las transferencias monetarias como la cuantía de las mismas.*
- *Son las personas casadas las que más participan en la realización de transferencias monetarias intergeneracionales, con cuantías superiores a las efectuadas por personas que detentan otros estados civiles para los casos de transferencias mínimas y máximas sin vivienda. Después de los casados, los divorciados llevan a cabo transferencias en cuantías elevadas.*

TABLA 3.18. *Dimensión funcional: transferencias inter-vivos.*  
*Resultados de frecuencia e intensidad según características personales*

<i>Hogares donde el sustentador principal (cabeza de familia) tiene 50 o más años de edad</i>		<i>Funcional. Transferencias monetarias.</i>					
		MIN		MAX —sin vivienda—		MAX	
		% Part. (1)	Intensidad (€) (2)	% Part.	Intensidad (€)	% Part.	Intensidad (€)
<b>50 o más</b>							
	<i>Resultados</i>	56%	905,2	66%	1.649,33	68%	1.978,12
	<i>Num. Abs</i>	5.154.421,00		6.156.053,00		6.316.351,00	
<b>Sexo</b>							
	<i>Hombres</i>	59%	1.001,94	69%	1.703,93	70%	1.976,47
	<i>Mujeres</i>	47%	644,26	61%	1.516,38	63%	1.982,09
<b>Nacionalidad</b>							
	<i>Española</i>	56%	904,19	67%	1.623,99	69%	1.958,60
	<i>Otras</i>	48%	929,96	59%	2.275,96	60%	2.464,08
<b>Nivel de estudios</b>							
	<i>Estudios básicos</i>	52%	522,23	62%	1.026,34	64%	1.409,20
	<i>Estudios medios</i>	60%	1.150,79	72%	1.744,54	73%	2.030,26
	<i>Estudios superiores</i>	68%	2.058,51	81%	3.795,65	82%	4.011,60
<b>Estado civil legal</b>							
	<i>Soltero/a</i>	35%	272,48	50%	1.201,80	55%	1.859,74
	<i>Casado/a</i>	66%	1.057,55	74%	1.745,59	75%	1.970,13
	<i>Viudo/a</i>	41%	456,69	57%	1.469,48	59%	1.959,38
	<i>Divorciado/a</i>	48%	1.020,08	59%	1.718,81	62%	2.229,17
<b>Total población</b>							
	<i>Resultados</i>	65%	1.338,67	73%	1.958,04	75%	2.350,24
	<i>Num. Abs</i>	17.644.384,00		17.644.384,00		17.644.384,00	
<b>Memorándum:</b>							
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>							
	<i>Resultados</i>	69%	1.053,57	76%	1.300,66	78%	2.031,11
	<i>Num. Abs</i>	831.771,13		911.167,50		932.178,81	
<b>Adultos (31 a 49)</b>							
	<i>Resultados</i>	77%	1.786,99	82%	2.384,77	83%	2.789,72
	<i>Num. Abs</i>	5.520.991,50		5.852.257,00		5.966.142,00	
<b>Pivote (50 a 64)</b>							
	<i>Resultados</i>	66%	1.245,69	73%	1.877,14	74%	2.173,00
	<i>Num. Abs</i>	3.023.229,25		3.310.459,25		3.383.598,75	
<b>Mayores (65 o más)</b>							
	<i>Resultados</i>	45%	422,10	60%	1.384,32	62%	1.753,30
	<i>Num. Abs</i>	2.131.191,50		2.845.593,50		2.932.752,50	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EPF 2010

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que realizan un gasto en consumo anual, que puede ser identificado como transferencia intergeneracional. (2) Intensidad: volumen promedio de dicha transferencia (€ anuales).

### c) *Composición del hogar*

Según la *composición del hogar*, los hogares en pareja (más de dos miembros) son los que más participan en la realización de transferencias intergeneracionales, con valores que oscilan entre el 79 y el 85%, y en cuantías que van desde los 1.460 hasta los 2.290 €. A medida que pasamos del indicador de mínimos a los otros dos indicadores, la contribución de estos hogares en términos de cuantía de las transferencias se sitúa por detrás de la de los hogares en los que existe una coresidencia. Efectivamente, tanto en el indicador intermedio como en el máximo, son las personas que habitan en coresidencia quienes más contribuyen a las transferencias inter vivos en lo referente a la intensidad (en ambos casos por encima de los 2.400€). Quienes menos contribuyen en términos de participación son los hogares unipersonales (29-51%), mientras que en lo referente a la intensidad son las parejas solas quienes presentan una contribución máxima menor (362-1.273€).

Dada la naturaleza del gasto considerado —en el que se ha prestado especial atención a las transferencias destinadas a niños y menores en general—, la presencia de menores en el hogar hace que se amplíe tanto la participación como la cuantía de las transferencias intergeneracionales, mostrando generalmente una tendencia creciente hasta los 14 años en cualquiera de los tres indicadores, edad a partir de la cual se presentan ligeros descensos que, en cualquier caso, dejan los promedios por encima de los que se obtienen para hogares sin menores. Así, se observa una participación siempre superior al 85% en todos los casos en los que hay presencia de menores en el hogar, mientras que la participación en aquellos hogares sin menores oscila entre un 51 y un 65%. En cuanto a la intensidad, mientras que en estos hogares nunca es superior a 1.800 €, en los hogares con menores de 10 a 14 años, en los que las transferencias alcanzan las mayores cuantías, éstas oscilan entre los 2.200 y los 3.100 € (Tabla 3.19).

Los datos indican que...

- *Son los hogares formados por una pareja con más de dos miembros los que presentan la participación más elevada en la realización de transferencias monetarias intergeneracionales. Si pasamos del indicador de mínimos a los otros dos indicadores, son los mayores que viven en coresidencia quienes realizan las transferencias más elevadas.*
- *Dado que en el gasto considerado se ha prestado especial atención a las transferencias destinadas a niños y menores en general, la presencia de menores en el hogar hace que se amplíe tanto la participación como la cuantía de dichas transferencias monetarias intergeneracionales, sobre todo hasta que éstos alcanzan la edad de 14 años.*

TABLA 3.19. *Dimensión funcional: transferencias inter-vivos.*  
*Resultados según composición del hogar*

Funcional. Transferencias monetarias.						
Hogares donde el sustentador principal (cabeza de familia) tiene 50 o más años de edad	MIN		MAX —sin vivienda—		MAX	
	% Part. (1)	Intensidad (€) (2)	% Part.	Intensidad (€)	% Part.	Intensidad (€)
<b>50 o más</b>						
Resultados	56%	905,16	66%	1.649,33	68%	1.978,12
Num. Abs		5.154.421,00		6.156.053,00		6.316.351,00
<b>Tipo de hogar</b>						
Hogar unipersonal	29%	297,46	47%	1.231,28	51%	1.900,35
Pareja sola	49%	362,39	61%	1.022,66	62%	1.273,31
Monoparental (Hombre)	53%	1.173,87	63%	2.005,99	64%	2.275,75
Monoparental (Mujer)	64%	775,40	72%	1.315,30	73%	1.610,90
En pareja (más de dos miembros)	79%	1.465,56	84%	2.057,85	85%	2.292,29
Coresidencia	72%	877,82	80%	2.471,64	81%	2.746,22
<b>Menores en el hogar</b>						
Ninguno	51%	658,77	63%	1.459,59	65%	1.806,17
Menores de 3 años	99%	1.902,91	99%	2.316,36	99%	2.450,78
Menores de 3 a 5 años	85%	1.798,25	93%	2.418,16	93%	2.918,91
Menores de 6 a 10 años	94%	2.067,69	95%	2.915,26	95%	3.179,75
Menores de 10 a 14 años	97%	2.239,28	98%	2.963,20	98%	3.118,96
Menores de 15 a 18 años	87%	1.976,98	89%	2.632,42	90%	2.897,89
<b>Total población</b>						
Resultados	65%	1.338,67	73%	1.958,04	75%	2.350,24
Num. Abs		17.644.384,00		17.644.384,00		17.644.384,00
<b>Memorándum:</b>						
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>						
Resultados	69%	1.053,57	76%	1.300,66	78%	2.031,11
Num. Abs		831.771,13		911.167,50		932.178,81
<b>Adultos (31 a 49)</b>						
Resultados	77%	1.786,99	82%	2.384,77	83%	2.789,72
Num. Abs		5.520.991,50		5.852.257,00		5.966.142,00
<b>Pivote (50 a 64)</b>						
Resultados	66%	1.245,69	73%	1.877,14	74%	2.173,00
Num. Abs		3.023.229,25		3.310.459,25		3.383.598,75
<b>Mayores (65 o más)</b>						
Resultados	45%	422,10	60%	1.384,32	62%	1.753,30
Num. Abs		2.131.191,50		2.845.593,50		2.932.752,50

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EPF 2010

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que realizan un gasto en consumo anual, que puede ser identificado como transferencia intergeneracional. (2) Intensidad: volumen promedio de dicha transferencia (€ anuales).

#### d) *Situación socioeconómica*

Finalmente, para concluir este apartado, analizamos qué ocurre según la situación socioeconómica.

- i) El *nivel de ingresos*, como cabría esperar, afecta positivamente a la capacidad de realizar transferencias de las personas del grupo de población mayor de 50 años, así como la cuantía de las mismas. Mientras que el rango de participación de las personas con ingresos bajos está entre un 47 y un 59%, en cuantías que oscilan entre los 380 y los 1.260 € anuales, las personas con ingresos altos tienen una participación de entre el 75 y el 92%, en montos que van desde 3.430 hasta más de 7.000 €. Sin embargo, en términos relativos las personas con ingresos bajos también realizan un esfuerzo importante respecto a la intensidad de las transferencias.
- ii) La *situación profesional*, es evidente que también influye, de forma que las transferencias son mayores (menores) cuando la situación profesional es mejor (peor). Basta observar los resultados obtenidos para los ocupados, cuya contribución —superior al 70% en términos de participación—, oscila entre 1.400 y 2.480 €. Por su parte, para los indicadores intermedio y máximo la aportación de los jubilados a las transferencias intergeneracionales oscila entre los 1.300 y los 1600 € anuales, y la de los parados se mueve en un rango entre 800 y 1.350 €. Asimismo, los inactivos muestran en este caso un comportamiento irregular —propio de un colectivo definido como residuo del resto— que nos señala, a su vez, las distintas alternativas existentes para contribuir con transferencias: bien a través de “gasto corriente” como pueden hacerlo mejor los ocupados (indicador de transferencias mínimas), o a través de cesión de propiedades, como parece ocurrir para los otros inactivos, que presentan el nivel máximo de contribución en transferencias para el tercer indicador, por encima de los 3.000€.
- iii) En lo que se refiere al *tamaño del municipio*, se observa un incremento de la participación de los mayores de 50 años en la realización de transferencias monetarias a medida que aumenta el tamaño del municipio. En relación a la cuantía de las transferencias, los resultados no presentan una tendencia regular, si bien en los municipios de más 50.000 habitantes se dan las transferencias de mayor cuantía.

TABLA 3.20. *Dimensión funcional: transferencias inter-vivos.*  
*Resultados de frecuencia e intensidad según situación socioeconómica*

<i>Funcional. Transferencias monetarias.</i>						
<i>Hogares donde el sustentador principal (cabeza de familia) tiene 50 o más años de edad</i>	MIN		MAX —sin vivienda—		MAX	
	% Part. (1)	Intensidad (€) (2)	% Part.	Intensidad (€)	% Part.	Intensidad (€)
<b>50 o más</b>						
Resultados	56%	905,16	66%	1.649,33	68%	1.978,12
Num. Abs		5.154.421,00		6.156.053,00		6.316.351,00
<b>Ingresos</b>						
1200 € o menos	47%	384,32	56%	812,21	59%	1.262,75
De 1201 a 2000 €	60%	841,26	71%	1.388,02	72%	1.700,48
De 2001 a 3000 €	67%	1.764,07	82%	2.985,70	82%	3.228,85
Más de 3000 €	75%	3.430,10	92%	6.885,32	92%	7.109,10
NS/ NC	71%	1.125,19	79%	2.244,49	80%	2.375,45
<b>Situación profesional</b>						
Ocupado	70%	1.483,55	77%	2.220,20	78%	2.483,94
Parado	60%	533,68	64%	814,16	67%	1.368,81
Jubilado o prejubilado	48%	476,99	62%	1.304,43	64%	1.597,28
Realizando las tareas de su hogar	43%	458,12	55%	1.284,65	57%	1.935,52
Otra situación de inactividad	50%	776,82	63%	2.340,41	67%	3.122,32
<b>Tamaño municipio</b>						
Capital de provincia o con más de 100000 habitantes	58%	928,59	70%	1.732,53	71%	2.046,58
Municipios entre 50000 y 100000 habitantes	56%	1.109,99	69%	2.028,53	71%	2.403,54
Municipios entre 20000 y 50000 habitantes	57%	866,46	66%	1.476,66	69%	1.850,42
Municipios entre 10000 y 20000 habitantes	55%	951,58	64%	1.450,27	66%	1.755,70
Municipios de menos de 10000 habitantes	50%	735,94	59%	1.434,97	62%	1.752,18
<b>Total población</b>						
Resultados	65%	1.338,67	73%	1.958,04	75%	2.350,24
Num. Abs		17.644.384,00		17.644.384,00		17.644.384,00
<b>Memorándum:</b>						
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>						
Resultados	69%	1.053,57	76%	1.300,66	78%	2.031,11
Num. Abs		831.771,13		911.167,50		932.178,81
<b>Adultos (31 a 49)</b>						
Resultados	77%	1.786,99	82%	2.384,77	83%	2.789,72
Num. Abs		5.520.991,50		5.852.257,00		5.966.142,00



TABLA 3.20. *Dimensión funcional: transferencias inter-vivos.*  
*Resultados de frecuencia e intensidad según situación socioeconómica*  
*(continuación)*

Funcional. Transferencias monetarias.						
	MIN		MAX —sin vivienda—		MAX	
	% Part. (1)	Intensidad (€) (2)	% Part.	Intensidad (€)	% Part.	Intensidad (€)
<b>Pivote (50 a 64)</b>						
Resultados	66%	1.245,69	73%	1.877,14	74%	2.173,00
Num. Abs	3.023.229,25		3.310.459,25		3.383.598,75	
<b>Mayores (65 o más)</b>						
Resultados	45%	422,10	60%	1.384,32	62%	1.753,30
Num. Abs	2.131.191,50		2.845.593,50		2.932.752,50	

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EPF 2010

Nota: (1) % Part.: porcentaje de personas que realizan un gasto en consumo anual, que puede ser identificado como transferencia intergeneracional. (2) Intensidad: volumen promedio de dicha transferencia (€ anuales).

### Los datos indican que...

- El nivel de ingresos de las personas de más de 50 años afecta positivamente la capacidad de realizar transferencias monetarias intergeneracionales, así como la cuantía de las mismas.
- En función del indicador de transferencias analizado, se observa que las personas mayores de 50 años contribuyen de modos distintos a este aspecto de la solidaridad intergeneracional, dependiendo de su situación profesional: así, mientras que los ocupados contribuyen más a través del gasto corriente (indicador de transferencias mínimas), quienes se encuentran en otra situación de inactividad contribuirían más a través de la cesión de propiedades, tal y como muestra el indicador de transferencias máximas.
- En lo referente al tamaño del municipio, es en los municipios de entre 50.000 y 100.000 habitantes en los que se observan las transferencias monetarias intergeneracionales más elevadas.

## CAPÍTULO 4

### ELABORACIÓN Y CÁLCULO DEL INDICADOR SINTÉTICO DE SOLIDARIDAD INTERGENERACIONAL (ISSIG). RESULTADOS Y CONCLUSIONES PARA EL CASO DE ESPAÑA

#### 4.1. Construcción y cálculo del ISSIG

La observación aislada de cada una de las dimensiones mencionadas en el capítulo anterior no responde plenamente al objetivo de este estudio, esto es, analizar de forma global la realidad del fenómeno de la solidaridad intergeneracional para el caso español. Por ello, además del análisis unidimensional llevado a cabo para una de las dimensiones elegidas —*asociativa, funcional y estructural*—, en este capítulo se realiza un análisis multidimensional que permite extraer conclusiones globales sobre el objeto de estudio así como identificar el papel desempeñado por cada una de las dimensiones analizadas. Para ello, se ha diseñado un *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional (ISSIG)*, en adelante) sobre la base de propuestas recientes de organismos internacionales en ámbitos relacionados con las Ciencias Sociales. En este sentido, nuestra propuesta de ISSIG está en línea con la realizada en Villar (2010) respecto a la elaboración del nuevo Índice de Desarrollo Humano (IDH).

Se describen a continuación los pasos que se han seguido para elaborar dicho ISSIG:

- a) En primer lugar se realiza el cómputo para cada indicador parcial —en cada una de las dimensiones consideradas: asociativa, estructural y funcional—, tanto en términos de *frecuencia* como de *intensidad*. La *frecuencia* muestra el porcentaje de población que “participa” en cada tipo de actividad considerada. Así, por ejemplo, en el indicador *Cuidado de niños*, la *frecuencia* muestra aquellos que declaran alguna vez realizar esta actividad según las respuestas recogidas en la Encuesta de Empleo del Tiempo (EET) del Instituto Nacional de Estadística (INE). Y la *intensidad* se refiere al tiempo (medido en horas) o importe asignado (cuantía en euros) a tal actividad o tarea.
- b) A continuación se normalizan los valores absolutos obtenidos en la etapa anterior para cada colectivo e indicador. Para ello, se toman como referencia dichos valores considerando la población total, teniendo como resultado el ratio de varias medidas que nos informan acerca de la participación de cada colectivo en términos com-

parados con el resto de la población. Así, números mayores (menores) a 1 indicarán que su participación/intensidad es mayor (menor) que la del resto.

- c) Posteriormente, se agrupan los resultados obtenidos para cada dimensión. Para ello, tal como se indica en Villar (2010), existen razones que justifican que la agregación se haga de forma multiplicativa (en lugar de aditiva), obteniendo la media geométrica de los valores de cada indicador parcial. Entre otras, esta formulación reduce la posibilidad de compensar (sustituir) variaciones en una dimensión con variaciones en otra (no se asume perfecta sustituibilidad entre ellas).

$$ISSIG_k = \sqrt[M]{\prod Ind_m}$$

donde  $k$  = Asociativa, Estructural o Funcional y  $m=1, \dots, M$ , siendo  $M$  = el número de indicadores seleccionados en cada dimensión.

Finalmente, repetimos el proceso llevado a cabo en el punto anterior con los valores resumen obtenidos para cada una de las dimensiones (tres en nuestro caso). Obtenemos así el Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional (ISSIG). Analíticamente:

$$ISSIG = \sqrt[3]{ISSIG_{Asociativa} * ISSIG_{Estructural} * ISSIG_{Funcional}}$$

Por tanto una vez analizados los resultados obtenidos para cada uno de los indicadores parciales, en este apartado se realiza un análisis multidimensional de la contribución de las personas mayores a la solidaridad intergeneracional. Esta es, como ya se ha explicado, la única alternativa posible para abordar esta cuestión sin simplificar de forma excesiva la naturaleza del objeto de estudio. Para ello se utiliza la metodología descrita y se han seleccionando algunos de los indicadores mostrados en las tablas presentadas hasta el momento —ver figura 3.1—, lo que ha permitido capturar las principales señales de cada una de las dimensiones abordadas. Para ello se ha incluido, en la dimensión asociativa: el tiempo que pasa en compañía de familiares, las visitas que realiza/recibe y su vida social presencial. En la estructural, los trayectos asociados a actividades incluidas en otros indicadores. Y en la funcional se han seleccionado los indicadores relativos a: tareas domésticas, cuidado de niños y transferencias monetarias (MIN).

Con estos componentes se ha obtenido —en una primera fase de agregación— el índice de cada dimensión, para posteriormente calcular el Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional (ISSIG). Esto nos permite observar el papel desempeñado por cada una de ellas —asociativa, estructural y funcional— respecto a si incrementa/disminuye el valor sintético obtenido (tablas 4.1 a 4.5).

TABLA 4.1. *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional (ISSIG).  
Resultados de frecuencia e intensidad*

	% Part. (1)	Intensidad (2)		% Part.	Intensidad
<b>Total</b>	1	1	<b>50 o más</b>	0,89	0,90
<b>Jóvenes (19 a 30)</b>	0,97	0,97	<b>Pívate (50 a 64)</b>	0,92	0,81
<b>Adultos (31 a 49)</b>	1,11	1,05	<b>Mayores (65 o más)</b>	0,85	0,79
Resultados detallados para 50 años o más, según características					
<b>Nacionalidad</b>			<b>Sexo</b>		
<i>Española</i>	0,89	0,90	<i>Hombres</i>	0,86	0,89
<i>Otras</i>	0,79	0,88	<i>Mujeres</i>	0,90	0,87
<b>Por grupos de edad</b>			<b>Tipo de hogar</b>		
<i>50-59</i>	0,91	0,95	<i>Hogar unipersonal</i>	0,62	0,73
<i>60-64</i>	0,93	0,91	<i>Pareja sola</i>	0,91	0,80
<i>65-69</i>	0,95	0,85	<i>Monoparental (Hombre)</i>	0,69	0,71
<i>70-74</i>	0,91	0,84	<i>Monoparental (Mujer)</i>	0,90	0,88
<i>75-80</i>	0,82	0,77	<i>En pareja (más de dos miembros)</i>	0,88	0,88
<i>&gt;80</i>	0,68	0,68	<i>Coresidencia</i>	0,90	0,90
<b>Tamaño municipio</b>			<b>Ingresos</b>		
<i>Municipios capital de provincia o con más de 100000 habitantes</i>	0,87	0,92	<i>1200 € o menos</i>	0,86	0,81
<i>Municipios entre 50000 y 100000 habitantes</i>	0,90	0,93	<i>De 1201 a 2000 €</i>	0,91	0,90
<i>Municipios entre 20000 y 50000 habitantes</i>	0,92	0,87	<i>De 2001 a 3000 €</i>	0,90	0,94
<i>Municipios entre 10000 y 20000 habitantes</i>	0,96	0,89	<i>Más de 3000 €</i>	0,97	1,10
<i>Municipios de menos de 10000 habitantes</i>	0,84	0,85	<i>NS/ NC</i>	0,88	0,95
<b>Situación profesional</b>			<b>Estado de salud</b>		
<i>Ocupado</i>	0,81	0,89	<i>Muy bueno</i>	0,92	0,95
<i>Parado</i>	0,96	0,86	<i>Bueno</i>	0,88	0,94
<i>Jubilado o prejubilado</i>	0,90	0,84	<i>Aceptable</i>	0,89	0,91
<i>Realizando las tareas de su hogar</i>	0,95	0,84	<i>Malo</i>	0,77	0,84
<i>Otra situación de inactividad</i>	0,81	0,88	<i>Muy malo</i>	0,61	0,84
<b>Estado civil legal</b>			<b>Nivel de estudios</b>		
<i>Soltero/a</i>	0,73	0,76	<i>Estudios básicos</i>	0,88	0,84
<i>Casado/a</i>	0,92	0,91	<i>Estudios medios</i>	0,91	0,92
<i>Viudo/a</i>	0,81	0,81	<i>Estudios superiores</i>	0,91	1,04
<i>Divorciado/a</i>	0,86	1,00			
<b>Menores en el hogar</b>					
<i>Ninguno</i>	0,85	0,84	<i>Menores de 6 a 10 años</i>	1,10	0,94
<i>Menores de 3 años</i>	1,04	1,03	<i>Menores de 10 a 14 años</i>	1,07	1,00
<i>Menores de 3 a 5 años</i>	1,06	1,03	<i>Menores de 15 a 18 años</i>	0,93	1,00

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010 y de la EPF 2010.

Nota: (1) % *Part.*: Ratio que informa acerca de la participación de las personas de 50 o más años en el circuito de transferencias/ayudas de la solidaridad intergeneracional, en términos comparados con el total de la población. Números mayores (menores) a 1 indicarán que su participación es mayor (menor) que la del resto. (2) *Intensidad*: ratio que informa, también en términos comparados con el resto de la población, acerca de la intensidad del tiempo compartido/ayudas/transferencias de la población de 50 o más años.

Con el objetivo de hacer más ágil la descripción de los resultados en este capítulo, en la Tabla 4.1 se resume el valor del ISSIG para cada colectivo, de forma que se pueden observar y comparar todos los valores obtenidos en función de las distintas características. Los resultados generales de esta tabla se detallan en las tablas posteriores, que presentan información tanto para el Índice Sintético como tal (primera columna) como para cada uno de los índices parciales de las tres dimensiones abordadas (columnas siguientes).

#### 4.2. Resultados del Indicador Sintético de Solidaridad Intergeneracional-ISSIG

De manera sintética los resultados que refleja el ISSIG muestran que:

- i) Atendiendo a los *grupos de edad*, (tabla 4.2) se observa, desde una perspectiva unidimensional, cómo la contribución de nuestro colectivo de referencia (mayores de 50 años) a la solidaridad intergeneracional en la familia es relativamente inferior en lo referente a la dimensión funcional, donde se obtienen pérdidas situadas alrededor del 30% (aún más importantes si miramos exclusivamente a los mayores de 65). Las dimensiones asociativa y estructural presentan un comportamiento muy similar en comparación al total de la población.

A nivel agregado, el ISSIG indica que para los mayores de 50 años se obtiene una participación 11 puntos inferior a la del total de la población, con una intensidad un 12% más baja. Sin embargo, si afinamos el análisis por grupos de edad, vemos cómo los resultados muestran tendencias claras. Si en términos de intensidad de las contribuciones la tendencia es decreciente conforme aumenta la edad, con una caída especialmente pronunciada a partir de los 75 años, en términos de participación se observa una tendencia en forma inversa de U con el máximo en el tramo 65-69 (con una pérdida sólo del 5% con respecto al total de la población). Esto indicaría claramente que concretamente en el quinquenio inmediatamente posterior a la edad de jubilación (hasta el año 2014, 65 años), las personas mayores contribuirían ampliamente a la solidaridad intergeneracional, sobre todo en lo referente a las dimensiones asociativa y estructural (incluso por encima de la media de la población), lo que equivale a decir que comparten parte importante de su tiempo con familiares y que colaboran en la realización de trayectos relacionados con la vida familiar. Es en la dimensión funcional en donde se observa la mayor diferencia. Si comparamos con otros miembros de la familia más jóvenes, es la generación de adultos (de 31 a 49 años) la que más contribuye

tanto en términos de participación como de intensidad a las tareas domésticas, al cuidado de niños y a las transferencias monetarias.

TABLA 4.2. *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional.*  
*Resultados de frecuencia e intensidad según grupos de edad*

Personas de 50 o más años de edad	Total ISSIG		Dimensión Asociativa		Dimensión Estructural		Dimensión Funcional	
	% Part. (1)	Intensidad (2)	% Part.	Intensidad	% Part.	Intensidad	% Part.	Intensidad
<b>50 o más</b>	0,89	0,90	0,99	1,01	0,98	0,95	0,73	0,76
<b>Por grupos de edad</b>								
50-59	0,91	0,95	0,97	0,94	0,97	0,98	0,81	0,92
60-64	0,93	0,91	0,99	1,03	1,01	1,01	0,80	0,72
65-69	0,95	0,85	1,04	1,01	1,06	0,98	0,78	0,63
70-74	0,91	0,84	1,01	1,06	1,04	0,97	0,72	0,57
75-80	0,82	0,77	0,98	1,07	1,02	0,88	0,55	0,48
>80	0,68	0,68	0,92	1,06	0,75	0,71	0,46	0,41
<b>Total población</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>
<b>Memorándum:</b>								
Jóvenes (19 a 30)	0,97	0,97	1,06	1,00	0,98	1,03	0,89	0,89
Adultos (31 a 49)	1,11	1,05	0,99	0,98	1,06	1,07	1,29	1,12
Pivote (50 a 64)	0,92	0,94	0,97	0,97	0,98	0,99	0,80	0,87
Mayores (65 o más)	0,85	0,81	0,99	1,06	0,97	0,90	0,64	0,55

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010 y de la EPF 2010.

Nota: (1) % Part.: Ratio que informa acerca de la participación de las personas de 50 o más años en el circuito de transferencias/ayudas de la solidaridad intergeneracional, en términos comparados con el total de la población. Números mayores (menores) a 1 indicarán que su participación es mayor (menor) que la del resto. (2) Intensidad: ratio que informa, también en términos comparados con el resto de la población, acerca de la intensidad del tiempo compartido/ayudas/transferencias de la población de 50 o más años.

- ii) Según las *características personales*, podemos extraer las siguientes conclusiones. En cuanto al *sexo*, los resultados del índice agregado indican que los hombres participan un poco menos, pero con una intensidad levemente superior, lo que se explicaría debido a una mayor contribución en la realización de trayectos asociados a la vida familiar. Según la *nacionalidad*, el análisis agregado nos muestra que la participación de los nacionales de nuestro grupo de referencia (personas de 50 o más años) es superior a la de los extranjeros, si bien a nivel de intensidad la contribución de ambos colectivos se iguala. La diferencia en cuanto a la participación puede explicarse por el comportamiento de la dimensión asociativa, más de 30 puntos inferior para el caso de los no nacionales. Sin embargo, a nivel de la solidaridad funcional, la participación de los no nacionales está más de 10 puntos por encima de la de los nacio-

nales, con una intensidad también superior (Tabla 4.3). Esto indica que aunque los nacionales de más de 50 años contribuirían en mayor medida a la solidaridad intergeneracional en términos de contactos con los familiares, los extranjeros participarían más —en términos agregados— en la dimensión funcional, sobre todo en lo referente al cuidado de niños.

- iii) El *nivel de estudios* afecta positivamente a los valores obtenidos tanto en participación como en intensidad. Las personas de nuestro grupo de referencia que tienen estudios superiores contribuyen más que la media del total de la población en términos de intensidad de las transferencias y ayudas. Si se analiza lo que ocurre en las dimensiones parciales, en lo referente a la participación casi no existen diferencias relevantes por nivel de estudios, aunque se detecta una tendencia creciente en la intensidad de las ayudas a medida que éste aumenta. Esto permite afirmar que el capital humano es un factor clave a la hora de potenciar la solidaridad intergeneracional en el tejido familiar y social.
- iv) El *estado civil* también muestra grandes diferencias. Así, los solteros son los que menos participan y, además, con menor intensidad. Al contrario, los casados y divorciados son los que más próximos están a los valores promedio de la población total. Los primeros, en términos de participación y los segundos —divorciados— en cuanto a la intensidad. Analizando la composición del ISSIG por indicadores parciales, se observa que es en las dimensiones asociativa y estructural en las que se presenta un comportamiento más cercano al total de la población; en la dimensión funcional aparece una distancia mayor con respecto al total de la población.
- v) Por último, ya hemos visto en el análisis previo la relevancia del *estado de salud*<sup>26</sup>. Ahora bien, una vez combinadas las distintas dimensiones, se observa una tendencia decreciente de la aportación de las personas de 50 y más años conforme empeora su estado de salud, especialmente acentuada para los estados de salud “malo” y “muy malo”, sobre todo en lo referente a la participación. En donde más se ve afectada su participación a medida que empeora su estado de salud es en la solidaridad funcional, que en el caso de personas con un estado de salud muy malo cae por debajo de la mitad del total de la población. Esto se explica por la composición de este indicador, en el que se encuentran variables

---

<sup>26</sup> Nótese que, dado que la EPF no contiene información acerca del estado de salud del sustentador principal, en este bloque la dimensión funcional pierde uno de sus indicadores; el de las transferencias MIN.



con un componente instrumental importante, como pueden ser las tareas del hogar y el cuidado de niños. Sin embargo, los pocos que participan lo hacen con una intensidad relativamente elevada.

TABLA 4.3. *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional.*  
*Resultados de frecuencia e intensidad según características personales*

Personas de 50 o más años de edad	Total ISSIG		Dimensión Asociativa		Dimensión Estructural		Dimensión Funcional	
	% Part. (1)	Intensidad (2)	% Part.	Intensidad	% Part.	Intensidad	% Part.	Intensidad
<b>50 o más</b>	0,89	0,90	0,99	1,01	0,98	0,95	0,73	0,76
<b>Sexo</b>								
Hombres	0,86	0,89	0,93	1,00	0,99	1,00	0,69	0,70
Mujeres	0,90	0,87	1,03	1,02	0,97	0,92	0,73	0,71
<b>Nacionalidad</b>								
Española	0,89	0,90	1,00	1,02	0,98	0,96	0,72	0,75
Otras	0,79	0,88	0,69	1,02	0,85	0,86	0,84	0,77
<b>Nivel de estudios</b>								
Estudios básicos	0,88	0,84	0,98	1,01	0,97	0,91	0,70	0,64
Estudios medios	0,91	0,92	0,98	0,97	0,98	1,05	0,78	0,77
Estudios superiores	0,91	1,04	0,99	1,08	1,01	1,09	0,76	0,94
<b>Estado civil legal</b>								
Soltero/a	0,73	0,76	0,85	0,99	1,02	0,92	0,45	0,48
Casado/a	0,92	0,91	1,00	1,00	0,98	0,95	0,79	0,79
Viudo/a	0,81	0,81	0,88	0,98	0,93	0,90	0,64	0,60
Divorciado/a	0,86	1,00	0,90	0,98	0,96	1,21	0,73	0,85
<b>Estado de salud (*)</b>								
Muy bueno	0,92	0,95	1,01	1,03	1,05	0,99	0,73	0,83
Bueno	0,88	0,94	0,96	1,02	1,00	1,00	0,70	0,80
Aceptable	0,89	0,91	1,02	1,02	1,04	0,92	0,68	0,81
Malo	0,77	0,84	1,00	0,97	0,82	0,84	0,55	0,73
Muy malo	0,61	0,84	0,84	0,87	0,59	0,86	0,44	0,80
<b>Total población</b>	1	1	1,00	1,00	1	1	1	1
<b>Memorándum:</b>								
Jóvenes (19 a 30)	0,97	0,97	1,06	1,00	0,98	1,03	0,89	0,89
Adultos (31 a 49)	1,11	1,05	0,99	0,98	1,06	1,07	1,29	1,12
Pivote (50 a 64)	0,92	0,94	0,97	0,97	0,98	0,99	0,80	0,87
Mayores (65 o más)	0,85	0,81	0,99	1,06	0,97	0,90	0,64	0,55

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010 y de la EPF 2010.

Nota: (1) % Part.: Ratio que informa acerca de la participación de las personas de 50 o más años en el circuito de transferencias/ayudas de la solidaridad intergeneracional, en términos comparados con el total de la población. Números mayores (menores) a 1 indicarán que su participación es mayor (menor) que la del resto. (2) Intensidad: ratio que informa, también en términos comparados con el resto de la población, acerca de la intensidad del tiempo compartido/ayudas/transferencias de la población de 50 o más años.

\*La dimensión funcional del ISSIG no contiene el indicador de trans. mín. en lo referente al estado de salud (cf. nota 26).



- vi) Según la *composición del hogar*, obtenemos asimismo patrones diversos. Por un lado, los hogares unipersonales y los monoparentales (masculinos) con una participación e intensidad significativamente inferior (más de un 30% inferior que la población total). Por otro lado, el resto de hogares con una participación e intensidad cercana al 90%. Aquellas personas de más de 50 años que viven en coresidencia, presentan una elevada participación en las tres dimensiones de la solidaridad intergeneracional. Asimismo, la *presencia de menores en el hogar* mejora sustancialmente los resultados (especialmente cuando éstos tienen hasta 14 años), situándose en línea con la población total en cuanto a intensidad y por encima en cuanto a participación. Es en la dimensión funcional en la que encontramos contribuciones muy por encima del total de la población: evidentemente, la presencia de la variable *cuidado de niños* incide en estos resultados (Tabla 4.4), especialmente cuando cerca del 90% de nuestra muestra declara no convivir con menores (ver Tabla 3.2).
- vii) Según la *situación socioeconómica*, se observa, en primer lugar, que según aumenta el nivel de ingresos, el ISSIG de los mayores de 50 se acerca más a los valores promedio de la población total. En concreto, aquellos con ingresos más altos (por encima de los 3.000 €) muestran una intensidad por encima de dicha media. Esto se explica, en parte, por los valores tan elevados de intensidad presentes en las dimensiones estructural y, sobre todo, funcional. Así, al disponer de ingresos mayores, como veíamos en el análisis unidimensional, la magnitud de las transferencias monetarias crece considerablemente, lo que aumenta el indicador parcial funcional y, finalmente, el valor obtenido para el ISSIG (Tabla 4.5). No se debería perder de vista que el nivel de ingresos no afecta significativamente la participación en las dimensiones asociativa y estructural, pero sí lo hace en la dimensión funcional. Dado que existen otros modos de contribuir en los que las personas mayores serían muy activas, la solidaridad intergeneracional no puede reducirse meramente a las transferencias monetarias. Sin embargo, los datos indican que el hecho de disponer de ingresos suficientes les permitiría contribuir de manera más generosa en la realización de transferencias monetarias al resto de generaciones en la familia.
- viii) La *situación profesional* también juega un papel relevante en la determinación del valor agregado de nuestro índice, sobre todo en cuanto a la participación (en lo referente a la intensidad casi todos se sitúan en una banda similar). Así, los ocupados y “otros inactivos” son los menos participativos, mientras que los parados, jubilados y los que realizan las tareas de su hogar muestran participaciones similares a las del total de la población, lo que indica su

papel “activo” en la solidaridad intergeneracional a pesar de no estar realizando actividades remuneradas.

- ix) Al distinguir según el *tamaño del municipio*, observamos situaciones bastante parejas a excepción de los municipios de menos de 10.000 habitantes, con una participación e intensidad menores (en línea con el agregado). Probablemente, el mayor peso relativo de este tipo de municipios en la realidad española está tras esta conclusión, indicando que, *ceteris paribus*, una mayor presencia de municipios de mayor tamaño incrementaría la medida de solidaridad intergeneracional (ISSIG) aquí computada.

TABLA 4.4. *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional. Resultados de frecuencia e intensidad según composición del hogar*

Personas de 50 o más años de edad	Total ISSIG		Dimensión Asociativa		Dimensión Estructural		Dimensión Funcional	
	% Part. (1)	Intensidad (2)	% Part.	Intensidad	% Part.	Intensidad	% Part.	Intensidad
<b>50 o más</b>	0,89	0,90	0,99	1,01	0,98	0,95	0,73	0,76
<b>Tipo de hogar</b>								
Hogar unipersonal								
Pareja sola	0,62	0,73	0,46	0,87	1,02	0,93	0,50	0,48
Monoparental (Hombre)	0,91	0,80	1,06	1,03	1,02	0,96	0,69	0,52
Monoparental (Mujer)	0,69	0,71	0,85	0,68	0,96	0,74	0,41	0,71
En pareja (más de dos miembros)	0,90	0,88	1,07	0,97	0,98	0,97	0,69	0,73
Coresidencia	0,88	0,88	0,94	0,86	0,96	0,92	0,75	0,85
	0,90	0,90	0,94	0,96	0,92	0,96	0,85	0,78
<b>Menores en el hogar</b>								
Ninguno	0,85	0,84	0,99	1,02	0,98	0,94	0,64	0,63
Menores de 3 años	1,04	1,03	0,92	0,85	0,82	1,04	1,50	1,22
Menores de 3 a 5 años	1,06	1,03	0,68	0,78	1,09	1,24	1,63	1,14
Menores de 6 a 10 años	1,10	0,94	0,86	0,77	0,98	0,97	1,58	1,09
Menores de 10 a 14 años	1,07	1,00	0,93	0,87	1,01	1,09	1,28	1,04
Menores de 15 a 18 años	0,93	1,00	0,94	0,99	0,88	1,15	0,98	0,87
<b>Total población</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>
<b>Memorándum:</b>								
Jóvenes (19 a 30)	0,97	0,97	1,06	1,00	0,98	1,03	0,89	0,89
Adultos (31 a 49)	1,11	1,05	0,99	0,98	1,06	1,07	1,29	1,12
Pivote (50 a 64)	0,92	0,94	0,97	0,97	0,98	0,99	0,80	0,87
Mayores (65 o más)	0,85	0,81	0,99	1,06	0,97	0,90	0,64	0,55

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010 y de la EPF 2010.

Nota: (1) % Part.: Ratio que informa acerca de la participación de las personas de 50 o más años en el circuito de transferencias/ayudas de la solidaridad intergeneracional, en términos comparados con el total de la población. Números mayores (menores) a 1 indicarán que su participación es mayor (menor) que la del resto. (2) Intensidad: ratio que informa, también en términos comparados con el resto de la población, acerca de la intensidad del tiempo compartido/ayudas/transferencias de la población de 50 o más años.

TABLA 4.5. *Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional.*  
*Resultados de frecuencia e intensidad según situación socio-económica*

<i>Personas de 50 o más años de edad</i>	<i>Total</i>		<i>Asociativa</i>		<i>Estructural</i>		<i>Funcional</i>	
	<i>% Part.</i> (1)	<i>Intensidad</i> (2)	<i>% Part.</i>	<i>Intensidad</i>	<i>% Part.</i>	<i>Intensidad</i>	<i>% Part.</i>	<i>Intensidad</i>
<b>50 o más</b>	0,89	0,90	0,99	1,01	0,98	0,95	0,73	0,76
<b>Ingresos</b>								
1200 € o menos	0,86	0,81	0,97	1,01	0,98	0,91	0,68	0,57
De 1201 a 2000 €	0,91	0,90	1,01	1,03	1,00	0,96	0,74	0,73
De 2001 a 3000 €	0,90	0,94	0,97	0,96	0,96	0,98	0,79	0,88
Más de 3000 €	0,97	1,10	1,02	1,01	1,05	1,14	0,85	1,16
NS/ NC	0,88	0,95	0,96	1,03	0,93	0,95	0,76	0,87
<b>Situación profesional</b>								
Ocupado	0,81	0,89	0,87	0,92	0,83	0,92	0,74	0,82
Parado	0,96	0,86	1,02	0,92	1,06	0,98	0,82	0,70
Jubilado o prejubilado	0,90	0,84	1,01	1,09	1,06	0,98	0,67	0,56
Realizando las tareas de su hogar	0,95	0,84	1,10	0,99	1,03	0,90	0,74	0,67
Otra situación de inactividad	0,81	0,88	0,91	1,00	0,87	0,91	0,67	0,74
<b>Tamaño municipio</b>								
Capital de provincia o con más de 100000 habitantes	0,87	0,92	0,96	1,05	0,96	1,01	0,73	0,74
Municipios entre 50000 y 100000 habitantes	0,90	0,93	0,99	1,01	1,01	0,92	0,72	0,86
Municipios entre 20000 y 50000 habitantes	0,92	0,87	1,00	0,97	1,01	0,90	0,78	0,76
Municipios entre 10000 y 20000 habitantes	0,96	0,89	1,07	1,01	1,03	1,03	0,81	0,68
Municipios de menos de 10000 habitantes	0,84	0,85	0,98	0,96	0,95	0,86	0,64	0,75
<b>Total población</b>	1	1	1	1	1	1	1	1
<b>Memorándum:</b>								
Jóvenes (19 a 30)	0,97	0,97	1,06	1,00	0,98	1,03	0,89	0,89
Adultos (31 a 49)	1,11	1,05	0,99	0,98	1,06	1,07	1,29	1,12
Pivote (50 a 64)	0,92	0,94	0,97	0,97	0,98	0,99	0,80	0,87
Mayores (65 o más)	0,85	0,81	0,99	1,06	0,97	0,90	0,64	0,55

Fuente: Elaboración propia a partir de los microdatos de la EET 2009-2010 y de la EPF 2010.

Nota: (1) % *Part.*: Ratio que informa acerca de la participación de las personas de 50 o más años en el circuito de transferencias/ayudas de la solidaridad intergeneracional, en términos comparados con el total de la población. Números mayores (menores) a 1 indicarán que su participación es mayor (menor) que la del resto. (2) *Intensidad*: ratio que informa, también en términos comparados con el resto de la población, acerca de la intensidad del tiempo compartido/ayudas/transferencias de la población de 50 o más años.

#### 4.3. Conclusiones del análisis empírico de la solidaridad intergeneracional en España

Los resultados obtenidos del Índice Sintético de Solidaridad Intergeneracional (ISSIG) para el caso español, nos permiten disponer de una aproximación a la participación de las personas mayores de 50 años en algunas

manifestaciones relevantes de la solidaridad intergeneracional, a la vez que comparar la contribución de la generación pivote (entre 50 y 64 años) y de la generación de personas mayores (65 años o más) con la de los jóvenes (19 a 30 años) y la de adultos (31 a 49 años).

En términos agregados, el resultado total del ISSIG muestra que la participación de las personas mayores de 50 años en el circuito de ayudas y transferencias de la solidaridad intergeneracional es muy semejante al comportamiento medio de la población (0,89 en términos de participación y 0,90 en términos de intensidad, esto es, tan sólo 10 puntos porcentuales menos que el valor promedio del total de la población). Al desagregar el resultado del ISSIG por generaciones, se observa que la generación pivote presenta valores incluso más cercanos a la media del total de la población.

Ahora bien, ¿cómo es el comportamiento de las personas mayores de 50 años en las tres dimensiones de la solidaridad intergeneracional aquí abordadas? A continuación, destacamos los resultados más relevantes, en función de las variables de corte:

- a) En relación a la *edad*, los datos indican que a partir de los 75 años se reduce el porcentaje de personas mayores que participan en las manifestaciones de la solidaridad intergeneracional, así como la intensidad de sus contribuciones. Para una correcta interpretación de este dato hay que tener en cuenta los siguientes factores:
  - i) a partir de los 75 años se acentúa la soledad de las personas mayores, si bien la familia sigue constituyendo su principal red de contactos; en comparación a las generaciones más jóvenes, la de las personas de más de 65 años es la que más tiempo pasa con su familia;
  - ii) su participación en la realización de trayectos asociados a la vida familiar también disminuye, lo cual denota probablemente la reducción en la movilidad de las personas mayores;
  - iii) en lo referente a la dimensión funcional, también se reduce su participación en la realización de transferencias monetarias y en el cuidado de niños, si bien el tiempo diario dedicado a esta actividad es muy elevado. Sin embargo, la participación y el tiempo diario que dedican a las tareas domésticas es muy superior al del resto de generaciones más jóvenes, incluso a edades muy avanzadas. Asimismo, si la generación pivote es la que más participa en las ayudas a adultos miembros del hogar, la de los mayores de 65 años es la que más tiempo dedica a esta manifestación de la solidaridad en la familia, muy por encima de la contribución que realizan el resto de generaciones. Aunque el

ISSIG sólo refleja el indicador mínimo de transferencias monetarias, los resultados de los otros indicadores muestran la contribución tan elevada —en términos de cuantía— de la personas mayores de 80 años.

- b) El *sexo* del grupo de más de 50 años es también una variable relevante a la hora de interpretar la participación de unos y otras en el circuito de la solidaridad intergeneracional. En términos generales, ellas participan más, pero con una intensidad levemente inferior a la de los hombres. También es destacable que:
  - i) Hay un mayor número de mujeres que están solas y que mantienen menos contactos con sus familias que el número de hombres, si bien ellas realizan y reciben un mayor número de visitas que ellos;
  - ii) aunque tanto hombres como mujeres participan en la realización de trayectos asociados a la vida familiar, ellos dedican algo más de tiempo a esta actividad;
  - iii) ellas contribuyen mucho más a la realización de tareas domésticas, mientras ellos dedican algo más de tiempo al cuidado de niños; de la misma manera, es mayor el número de hombres que contribuyen a la realización de transferencias monetarias, y en cuantías superiores.
- c) Con respecto a la *nacionalidad* de las personas de más de 50 años, el ISSIG indica una menor participación de las personas de nacionalidad extranjera, si bien en lo referente a la intensidad de las contribuciones no se observan grandes diferencias. Respecto al análisis de cada una de las dimensiones, los resultados indican que:
  - i) los españoles cuentan con una red social más amplia que los extranjeros, tal y como se extrae de las puntuaciones en la dimensión asociativa;
  - ii) las personas de nacionalidad española participan más en la realización de trayectos asociados a actividades de tipo familiar;
  - iii) las personas de nacionalidad extranjera participan más y dedican una mayor parte de su tiempo al cuidado de niños, mientras que las personas de nacionalidad española participan más en la realización de transferencias monetarias, si bien lo hacen con cuantías algo inferiores que los extranjeros.
- d) Las personas de más de 50 años con un *nivel de estudios* superior contribuyen con mayor intensidad a la realización de transferencias de tiempo, recursos y ayudas. Así, a mayor nivel de estudios, los datos indican que:

- i) las personas dedican más tiempo a mantener contactos con miembros de la familia;
  - ii) también contribuyen algo más en la realización de trayectos asociados a la vida familiar;
  - iii) dedican más tiempo al cuidado de niños, y menos a la realización de tareas domésticas, a la vez que participan más y con cuantías más generosas en las transferencias monetarias de tipo intergeneracional. Esto permite afirmar que el capital humano es un factor esencial para potenciar el circuito de ayudas de la red de solidaridad intergeneracional en la familia y en la sociedad.
- e) El *estado civil* de las personas de más de 50 años, influye de manera importante en su participación en las distintas dimensiones de la solidaridad intergeneracional. El ISSIG indica que son los casados, seguidos de los divorciados, quienes más contribuyen, tanto en términos de participación como de intensidad. Tras estos datos, se observa que:
- i) en comparación a las personas que detentan otros estados civiles, el porcentaje de casados que mantienen contactos diarios con miembros de la familia es muy elevado, al igual que la duración media de dichos contactos;
  - ii) divorciados y casados participan de manera similar en el cuidado de niños, si bien los primeros dedican más tiempo a esta actividad; sin embargo, dado que la naturaleza de los datos no nos permite saber el vínculo de parentesco entre los mayores de 50 años y los niños a los que cuidan, no podemos extraer resultados concluyentes con respecto a la influencia del estado civil en la solidaridad entre abuelos y nietos;
  - iii) son los casados quienes más participan en la realización de transferencias monetarias intergeneracionales, en cuantías levemente superiores a los divorciados. Esta dimensión tangible de la solidaridad intergeneracional podría verse potenciada por la estabilidad en el núcleo de los padres adultos.
- f) A medida que empeora el *estado de salud* de las personas de 50 o más años, se reduce el número de aquellas que participan en el circuito de ayudas y transferencias de la solidaridad intergeneracional, si bien la intensidad no presenta un descenso relevante. El análisis de lo que ocurre en cada una de las dimensiones, nos indica que ante un empeoramiento de su estado de salud:
- i) se reduce el tiempo en compañía de otros conocidos, mientras que aumenta el tiempo compartido con familiares y otros miembros del hogar;

- ii) aumenta el tiempo dedicado al cuidado de niños y a las ayudas a adultos miembros del hogar, poniendo de manifiesto que la familia no sólo constituye la principal red de apoyo de las personas mayores, sino que ellos mismos continúan desempeñando un papel activo como fuente de ayuda cotidiana para las personas de su red familiar y social, a pesar —o a costa— de su estado de salud deteriorado. Así, aquellas personas que declaran tener un estado de salud muy malo y que contribuyen a la solidaridad intergeneracional a través del cuidado de niños, lo hacen durante más de 3 horas y media al día; y aquellas en igual estado de salud que ayudan a adultos miembros del hogar, lo hacen durante más de 3 horas al día.
- g) En cuanto al *tipo de hogar*, los resultados del ISSIG indican que mientras los hogares unipersonales y monoparentales masculinos presentan una aportación significativamente inferior a la media en términos de participación y de intensidad, el resto de hogares alcanza niveles de alrededor el 90% del total de la población. Esto estaría indicando que a mayor número de miembros en el hogar, mayor es la participación de las personas mayores en las distintas manifestaciones de la solidaridad intergeneracional, contribuyendo también con un mayor volumen de transferencias. Detrás de esto, se observa que:
- i) son las parejas solas o con más de dos miembros las que mayor contacto diario tienen con sus familiares;
  - ii) quienes más participan en el cuidado de niños son aquellas personas que viven en coresidencia, mientras que los que más colaboran en las ayudas a adultos miembros del hogar son los que viven en pareja con más de dos miembros;
  - iii) quienes viven en hogares formados por una pareja con más de dos miembros son los que presentan una participación más elevada en la realización de transferencias intergeneracionales. De la misma manera, quienes viven en coresidencia realizan transferencias muy elevadas.
- h) La *presencia de menores en el hogar*, sobre todo hasta la edad de 14 años, hace que la contribución de las personas de más de 50 años a la solidaridad intergeneracional sea mayor que la de la media total de la población. Así, tanto la participación como la intensidad de las ayudas y transferencias en las tres dimensiones es muy elevada cuando se convive con menores en el hogar.
- i) El *nivel de ingresos* parece estar asociado con una mejora de la aportación de las personas de 50 o más años a la solidaridad intergenera-



cional. El comportamiento del ISSIG en términos agregados es claramente ascendente a medida que aumenta el nivel de ingresos de este grupo de población, tanto a nivel de participación como de intensidad. Pero al analizar las dimensiones desagregadas, se observa que el nivel de ingresos afecta sobre todo la participación en las dimensiones asociativa y funcional:

- i) a ingresos más elevados aumenta el porcentaje de personas que comparten tiempo diario con su familia; aquellos mayores con el menor nivel de ingresos tienen una participación muy por debajo de la media;
  - ii) aquellos mayores que disponen de un mayor nivel de ingresos participan más en la realización de transferencias monetarias y lo hacen con mayores cuantías. De la misma manera que disponer de ingresos suficientes permitiría a las personas mayores contribuir de manera más generosa a las transferencias monetarias intergeneracionales, la carencia o la precariedad en los ingresos puede afectar la solidaridad intergeneracional, también en lo que a la dimensión asociativa se refiere.
- j) En cuanto al *tamaño del municipio*, los resultados agregados del ISSIG muestran que es en los municipios entre 10.000 y 20.000 habitantes en los que mayor participación se da por parte de las personas de más de 50 años en el circuito de transferencias intergeneracionales; en términos de intensidad de las ayudas, son los municipios de mayor tamaño y las capitales de provincia las que mayor puntuación presentan.
- k) Finalmente, los resultados del ISSIG en lo referente a la *situación profesional*, indican que quienes más participan en la generación de aportaciones directas a la solidaridad intergeneracional son las personas paradas, jubiladas y que realizan las tareas de su hogar. Estas últimas, consideradas por otros indicadores de medida como *inactivos*, presentan por el contrario un comportamiento muy activo en lo referente a las ayudas y transferencias al interior de la familia. Con respecto a las transferencias monetarias intergeneracionales, se observa que las personas mayores de 50 años contribuyen de modo distinto dependiendo de su situación profesional: mientras que los ocupados contribuyen más a través del gasto corriente (indicador de transferencias mínimas, incluido en el ISSIG), quienes se encuentran en una situación de inactividad contribuirían más a través de la cesión de propiedades (indicador de transferencias máximas).





## CAPÍTULO 5

### REFLEXIONES FINALES. LOS MAYORES ¿UNA “CARGA” O PERSONAS QUE SIEMPRE APORTAN “RIQUEZA”?

*La ancianidad es llevadera si se defiende a sí misma, si conserva su derecho, si no está sometida a nadie, si hasta su último momento el anciano es respetado entre los suyos. Como en el adolescente hay algo de senil, también en el anciano hay algo de adolescente, lo reconozco. Quien siga esta norma podrá ser anciano de cuerpo pero no de espíritu.*

Marco Tulio Cicerón, “Sobre la vejez”, pág. 18.

Nunca hemos tenido los economistas y especialmente los responsables de las políticas públicas, mejores modelos matemáticos y econométricos para conocer la realidad y ayudar a la toma de decisiones. Podemos calcular las consecuencias económicas del envejecimiento de la población sobre los presupuestos públicos con 40 años de antelación y estimar cual será el gasto en pensiones durante las cuatro próximas décadas, por poner algún ejemplo. Pero estos datos lo que verdaderamente muestran son las consecuencias de ciertos comportamientos humanos y los efectos que éstos tienen sobre la economía, pero no nos permiten conocer las verdaderas necesidades que deben ser atendidas. Quizá porque previamente no se ha identificado de manera correcta al verdadero sujeto de dichas decisiones: la persona. El origen de este error puede que lo encontremos en el hecho de que, cada vez con más frecuencia, las decisiones públicas no van acompañadas del pensamiento y la reflexión previa que requieren y que resultan imprescindibles para tomar decisiones correctas y eficientes tanto en lo económico como en lo social. Quizá esa escasez o carencia de pensamiento previo lleva a valorar las actuaciones públicas atendiendo sólo a sus efectos económicos sobre los presupuestos, o más bien a sus efectos estrictamente monetarios, sin entrar a valorar las consecuencias que las mismas tienen sobre la verdadera *calidad de vida* de las personas y sobre el modelo de sociedad que ayudan a construir, o en algunos casos a destruir.

Por ello resulta necesario analizar y evaluar los resultados de las políticas públicas, a través de un análisis riguroso y objetivo como el que proporcionan los datos, que debe completarse utilizando los conocimientos que aportan otras disciplinas para enriquecer e interpretar los resultados. La economía y especialmente las decisiones públicas, necesitan más de los conocimientos que nos ofrece la antropología, la filosofía, la ética, y otras ciencias sociales que ayudan a identificar con una perspectiva más amplia las

verdaderas necesidades que deben ser atendidas y en definitiva la primera razón de ser de las actuaciones públicas.

La sociología y especialmente la antropología, ponen de manifiesto que las personas estamos ligadas, unidas irremediablemente, unas a otras. Todos necesitamos a los demás, nuestra propia naturaleza nos hace depender siempre, en mayor o menor medida, de los cuidados de otros, ya sean materiales o afectivos, y esa *dependencia* comienza en la familia. Incluso desde antes de nacer, ya desde el momento en que comienza la vida, necesitamos a nuestra madre para que nos ayude a ser. Este es el primer vínculo entre personas que todos vivimos: el de madre e hijo, que comienza en el momento de la fecundación, y que vamos construyendo a lo largo de nuestra vida, transformándose a medida que vamos creciendo. Pero esta dependencia inicial —material y afectiva— no se valora e interpreta de la misma manera cuando ese bebé se convierte en adulto y llega al otro extremo de la vida. Cuando estamos en la última etapa del camino, nos convertimos de nuevo en seres más frágiles, más vulnerables, más dependientes de los demás, pero con bastante frecuencia la percepción social, e incluso familiar, sobre esas *nuevas formas de fragilidad* se transforma. La llegada de un bebé a una familia es un motivo de alegría, de celebración, mientras que, pasado el tiempo, cuando ese bebé, ya convertido en anciano, se ve *obligado* a regresar de nuevo a la *casa familiar* —que ahora es la de sus hijos y nietos—, en ocasiones se percibe como una *carga*, en algunos casos para su propia familia, pero con mucha más frecuencia para la sociedad en general.

Aunque cuando nos referimos a las personas mayores estamos hablando de un colectivo muy heterogéneo, y por tanto con realidades muy diferentes, sí podemos afirmar que la *dependencia* de las personas mayores se interpreta, con más frecuencia de lo deseado, de manera mucho más negativa que la de los bebés, o incluso que la de las personas discapacitadas, considerándose algo *más pesado* para la familia. Pero esa realidad puede llegar a asimilarse a lo que cada uno de nosotros fuimos para nuestros padres cuando éramos pequeños, con la diferencia de que no pudimos ayudarles entonces, y ellos ahora, a pesar de su *dependencia*, continúan ayudando. Incluso llegan a ser la columna vertebral de la familia, como ha quedado patente en algunos de los indicadores estimados en este trabajo.

Algo de responsabilidad tenemos todos como sociedad, al aceptar una cultura en la que la idea de *dependencia* se opone a la idea de *libertad*. Con frecuencia se cae en el error de pensar que una persona sólo puede ser libre cuando es *totalmente independiente* del otro. Pero esto en la realidad nunca ocurre, porque la *dependencia* —bien entendida— no es más que una forma más de relacionarse con el otro, que siempre está presente en la vida, ya sea en lo material o en lo afectivo, y con un mayor o menor grado de intensidad en función del momento del ciclo vital en el que nos encontremos.

Las personas estamos hechas para la relación interpersonal, y aquí está la importancia de la familia, ya que es en ella donde comienzan dichas relaciones, que se mantienen a lo largo de la vida, aunque varíe la forma en la que se llevan a cabo. La familia es el único espacio en el que se producen, de manera natural, encuentros más o menos frecuentes, entre distintas generaciones. Es también la única institución social en la que conviven diferentes grupos de población, de edades muy distintas, que se ayudan, cuidan y protegen, a través de la cadena generacional, estableciéndose mecanismos de solidaridad de carácter bidireccional: de los más jóvenes a los más ancianos y a la inversa, de los miembros de más edad, hacia los más jóvenes, como ha quedado demostrado en los capítulos previos de este trabajo.

Estas relaciones intergeneracionales comienzan, como acaba de señalarse, con la maternidad, siendo la relación madre e hijo la primera experiencia de relación interpersonal que todos hemos tenido. Pero en la última etapa de la vida, se observa un cambio en los papeles de los distintos miembros de la familia, cuando los hijos se convierten en cuidadores y la madre o el padre en sujeto a ser cuidado. Y esto sólo es posible porque la familia es la institución en la que se dan las mejores condiciones para las mejores relaciones, ya que son voluntarias, gratuitas, generosas y solidarias. La familia perfecta no existe, todas afrontan cada día dificultades de muy diferente naturaleza, lo que no impide reconocer que se trata de un lugar privilegiado en el que se nos permite y facilita reconocer al otro como un *ser personal*.

La ciencia, a través de la genética, la biología celular o la embriología, nos da una información muy valiosa sobre las características biológicas del ser humano, pero el término *persona* reclama otros enfoques de carácter filosófico y moral, sin los cuales no adquiere su auténtica dimensión. Podríamos afirmar, como lo hace Jouve (2012), que la ciencia nos ofrece los datos, la lógica nos ayuda a racionalizarlos y ordenarlos, la moral los valora y por último el derecho establece los niveles adecuados de protección. Si pasamos directamente de los datos a los derechos, y nos olvidamos de la lógica y la moral, nos estaremos equivocando, y esto es cada vez más frecuente, sobre todo en materia de políticas públicas. Es por ello que en este trabajo hemos mostrado los datos, hemos utilizado la lógica para su análisis y sólo nos queda, en estas reflexiones finales, añadir algo de la moral para su valoración y poder así reclamar nuevos derechos, nuevos reconocimientos sociales y públicos, para nuestras personas mayores.

El significado de ser *persona* va más allá de lo meramente biológico y nos hace ser portadores de una *dignidad personal* de la que carecen el resto de seres de la naturaleza y que estará presente siempre, sea como sea nuestra vida, porque está impresa en nuestra propia naturaleza de persona. O lo que es lo mismo, la *dignidad* no depende de nuestra salud, ni de nuestra capacidad física o intelectual, y por supuesto tampoco de nuestra edad. Podemos

perder capacidades cuando nos hacemos mayores, pero nunca perderemos la *dignidad*, ésta no puede desaparecer.

Pero en ocasiones la idea de *dignidad* se confunde y se identifica con la *calidad de vida*. Es frecuente utilizar indicadores económicos o clínicos, para medir la calidad de vida de las personas, y en base a ellos tomar decisiones. Pero también es frecuente cometer errores al considerar que la vida humana pierde su dignidad cuando esos indicadores muestran que alguien no tiene recursos económicos, o tiene una discapacidad física o psíquica que le impide *ser independiente*, o simplemente es un anciano que tiene una enfermedad incurable. Con demasiada frecuencia estos indicadores se utilizan para justificar que esa falta de *dignidad* es un argumento suficiente para impedir que alguien nazca o acortar su vida porque ya tiene muchos años y es totalmente dependiente.

Cuando hay vida humana hay persona, y por tanto hay dignidad y toda vida humana es siempre digna de ser vivida con independencia de la calidad que seamos capaces de ofrecerle y que siempre vendrá condicionada por factores externos. Y es esa dignidad la que nos convierte en personas iguales y por tanto nos hace portadores de los mismos derechos. La dignidad no requiere ninguna acción, ni hay que buscarla, tan sólo existe, podríamos decir que *venimos con ella de fábrica*. Por tanto, no es la voluntad del político o del legislador la que nos hace iguales ante la ley, es la dignidad que se deriva de nuestro ser personal la que nos iguala. El legislador sólo tiene que plasmar en la norma esta realidad, lo que implica igualdad de trato para todos: ancianos y jóvenes, hombres y mujeres, etc.

En definitiva, la vida humana no tiene más valor porque tenga más calidad sino que tiene calidad porque es vida humana y por tanto debe ser tratada con la dignidad que se merece. Y cualquier acción o inacción que tenga que ver con la vida —de niños, jóvenes, adultos o ancianos— nos debería importar, porque nos afecta a todos como sociedad. Estaremos ante situaciones personales y familiares que evidentemente corresponden al ámbito privado, pero ayudan o dificultan la construcción de una sociedad verdaderamente humana. Una sociedad justa y próspera sólo puede construirse bajo el respeto a la dignidad de la persona y su protección debería representar el primer objetivo y es evidente que esto exige una atención especial y prioritaria a los más débiles —niños y ancianos— y no puede ni debe hacerse al margen de la familia.

Siendo necesario tener en cuenta y fundamentar las decisiones públicas y sociales en el reconocimiento de que todos somos personas con idéntica dignidad, resulta imprescindible conocer muy bien ésta, y hacer un diagnóstico de los problemas para detectar las necesidades a atender. Esto exige un análisis riguroso de la misma, para lo que resulta imprescindible utilizar, entre otros instrumentos, las herramientas estadísticas disponibles, tal como se ha

llevado a cabo en este trabajo. Pero aceptar las premisas hasta aquí expuestas: que todos nacemos con una dignidad como personas; que los responsables políticos no tienen que dárnosla por ley, porque es más que un derecho, es nuestra esencia como persona; y aceptar que esta dignidad es idéntica para todos, con independencia de la edad, salud, capacidades o de cualquier otra causa *externa*, no es suficiente. También resulta necesario reconocer y proteger esa dignidad personal poniendo en marcha actuaciones para ello.

Esa *calidad de vida* a la que nos hemos referido anteriormente, y que no debemos confundir con la *dignidad personal*, se concreta en distintos indicadores que podríamos decir muestran lo que algunos autores han denominado *dignidad social* (Ben-Israel & Ben-Israel, 2002) y que se identifica también con lo que podemos reconocer como *dignidad económica*. Todas las personas deberíamos poder disponer de unas condiciones materiales dignas, de los medios que nos permitieran alcanzar unos estándares mínimos de *calidad de vida*, —empleo, salario mínimo, cuidados de salud, etc.—. Esto exige una acción directa y proactiva de los poderes públicos, entre otras razones porque para su logro es necesario el trabajo remunerado y la protección de los derechos básicos de las personas. Y para ello resultan especialmente necesarios los medios estadísticos que aporten información suficiente para avanzar en su conocimiento, lo que resulta imprescindible para la toma de decisiones.

Por ello, y volviendo a los datos, parece necesario reflexionar en torno a las últimas estimaciones del INE<sup>27</sup> en las que se afirma que, de mantenerse las actuales tendencias demográficas, la estructura de la población en España, se enfrentaría a una pérdida progresiva de habitantes en las próximas décadas. Así en 2022 España contaría con 45,1 millones de habitantes, es decir, un 2,5% menos que en 2012 y en 2052 la población descendería aún más, hasta situarse en 41,6 millones, lo que supone una caída del 10% respecto a la situación actual.

También se estima que en los próximos 50 años se producirá un aumento de la esperanza de vida al nacimiento de más de 10 años para los hombres, y de casi 7 para las mujeres, situándose ésta en 86,88 y 90,75 años respectivamente. La esperanza de vida a los 65 años aumentará más de 7 años para ellos y algo más de 6 para ellas, fijándose para el año 2051 en 24,03 y 27,28 respectivamente.

La estimación realizada por el INE también alerta sobre el continuo envejecimiento de la población, que se ve acelerado por el fuerte descenso de ésta, como ha quedado de manifiesto en el primer capítulo de este estudio, así como por los saldos migratorios negativos, aunque estos últimos

---

<sup>27</sup> INE (noviembre 2012). Los datos muestran, básicamente, el efecto que tendría sobre la población futura, nuestra actual estructura de la población y los comportamientos sociales hoy observados.

podrían verse alterados por los conflictos bélicos que se están produciendo actualmente y que están dando lugar —y darán más en el futuro inmediato— a desplazamientos de población hacia Europa.

Los mayores crecimientos de la población se concentrarían, según estas previsiones a largo plazo, en los colectivos de mayor edad. Concretamente y para 2052, el grupo de población de mayores de 64 años se incrementaría en 7,2 millones de personas, lo que supone un crecimiento de casi el 90% y pasarían a ser el 37% de la población total de España. Por el contrario, se perderían casi 10 millones de personas de edades comprendidas entre 16 y 64 años, lo que significa un 32% menos, y casi 2 millones en el grupo de población de entre 0 y 15 años, es decir un 26% menos.

Aún a riesgo de ser tachados de catastrofistas, las estimaciones del INE, realizadas para el largo plazo, alertan sobre un importante crecimiento de la población de 90 y 94 años, que se triplicaría; la comprendida entre 95 y 99 años se multiplicaría por cinco; y la de 100 o más años por ocho. Esto supondría que en los próximos 40 años, la tasa de dependencia se elevaría casi al 100%, lo que quiere decir que por cada persona en edad de trabajar, prácticamente habría otra que no estaría en edad de hacerlo.

Es evidente que estos datos muestran la necesidad de revisar nuestro actual estado de bienestar para hacerlo sostenible en el tiempo y para ajustarlo a la nueva realidad social, demográfica y por tanto económica, que resulta ser diferente a la existente en el momento en el que fue concebido. Y de manera especial esta realidad demográfica tiene clara incidencia sobre nuestro sistema de pensiones de jubilación, ya que se trata de una prestación cuyo derecho se genera cuando alguien sale del mercado de trabajo y esta salida está asociada a la edad de jubilación.

Ahora bien esta posible revisión del actual sistema de pensiones de jubilación, de llevarse a cabo, exigiría analizar no sólo los efectos sobre el volumen de gasto público, sino y sobre todo, las consecuencias que la misma pudiera tener sobre los actuales y futuros pensionistas y muy especialmente sobre sus familias. Aunque no es éste, ni mucho menos, el objeto de esta investigación, sí parece necesario hacer algunas reflexiones al respecto, ya que nos permiten encontrar nuevos argumentos, que ponen de manifiesto, una vez más, la importancia que tiene el comportamiento económico de las personas mayores y la solidaridad intergeneracional que ellas llevan a cabo en el ámbito de la familia.

De las conclusiones que se derivan del análisis empírico realizado en este trabajo, se desprende fácilmente que las personas mayores, siendo un colectivo muy heterogéneo, no son siempre, ni sólo, receptoras de ayudas. Sino que aparece también como un colectivo que ofrece un apoyo imprescindible a las generaciones más jóvenes. Los datos muestran que no siempre son *inactivos*, *improductivos*, *dependientes*, que sólo necesitan atención y



suponen por ello una *carga* para muchas familias. Tampoco las personas mayores pueden considerarse, en su totalidad, como un grupo de población que ejerce una fuerte presión sobre el gasto público a través de sus pensiones de jubilación. Porque, además de todo lo que aportan a la familia, como ha quedado parcialmente reflejado en este trabajo, también realizan otras aportaciones cuyos efectos no sólo llegan a ésta sino a la sociedad en general. Parece conveniente ahondar algo más en estas aportaciones, aunque algunas de ellas ya se han recogido en otros capítulos de este libro.

Además de participar igual o más que los más jóvenes en la solidaridad intergeneracional de la familia, a través del acompañamiento, y el apoyo económico y de cuidados a hijos y nietos, las personas mayores también aportan otros recursos a la sociedad. Aparte del pago de impuestos directos e indirectos como todos los ciudadanos, el 37,82% de los afiliados a la seguridad social en 2014 eran personas de 50 o más años, concretamente 4,6 millones, y de ellos, más de 1 millón tenían más de 60 años. Es decir, cotizaban a la seguridad social y aportaban por tanto los recursos necesarios para financiar las pensiones de los de mayor edad, pagar las prestaciones por desempleo de los más jóvenes, o financiar las pensiones de orfandad de los que perdieron a sus padres, entre otros gastos. Esto significa que algunos de ellos reciben pensiones, pero otros ayudan a financiarlas.

Además, si observamos los datos que se recogen en la Encuesta de Presupuestos Familiares, los únicos hogares residentes en España que desde el inicio de la crisis han aumentado su gasto, son aquellos cuyos cabeza de familia son personas mayores de 65 años. Lo que implica un mayor pago del IVA, ya que éste es un impuesto que grava el consumo. Este aumento ha sido, desde entonces, de algo más de 4.000 euros/año (43.24%), lo que quizá es difícil de justificar teniendo en cuenta que en esta etapa del ciclo vital el consumo es bastante estable. Quizá podríamos encontrar alguna explicación a este aumento del consumo en hogares de mayores de 65 años —que mayoritariamente serán padres/madres, y/o abuelos/as— en el hecho de que mientras los ingresos de los hogares más jóvenes han caído, los de los mayores han permanecido estables, ya que éstos últimos, gracias a las pensiones de jubilación, disponen de ingresos regulares que no se han visto tan afectados por la crisis.

Esta estabilidad en sus ingresos, de la que no han disfrutado sus hijos y/o nietos, les ha llevado a realizar gastos para ayudar a los más jóvenes que han perdido su trabajo o disponen de ingresos muy reducidos. De hecho, los datos de la última Encuesta de Presupuestos Familiares (INE) para 2014 muestran que el 34,33% de los hogares tenían como principal fuente de ingresos alguna pensión contributiva o no contributiva.

Por tanto podríamos afirmar que las personas mayores están actuando como protectoras de las generaciones más jóvenes, ya que su situación eco-



nómica, aún siendo precaria en muchos casos, tiene estabilidad y con demasiada frecuencia es mejor que las de los miembros más jóvenes de la familia o los que configuran la generación denominada pivote. Si consideramos la edad, la tasa de riesgo de pobreza y/o exclusión social de las personas de 65 o más años es la más reducida de todas: 15% para mujeres y 13,8% para los hombres; frente a la de menores de 16 años que se sitúa en un 26,7% y un 27,9% respectivamente.

Por ello las pensiones de jubilación deben ser consideradas como un instrumento imprescindible de redistribución de renta y solidaridad, que en manos de las familias, duplican su utilidad. Pero esta solidaridad no debe interpretarse sólo en una dirección, de los jóvenes y/o activos hacia los mayores, sino también de éstos hacia los más jóvenes a través de la familia. Es decir, su carácter bidireccional trasladando recursos de activos a jubilados y de éstos a parados, demuestra el papel protector que la familia lleva a cabo y es una manifestación más de la solidaridad entre personas y generaciones. Por ello, cualquier reforma del actual sistema de pensiones exigirá cuantificar, además del ahorro que pueda generarse para las cuentas públicas, para asegurar su sostenibilidad, los efectos que dicha reforma puede tener sobre el consumo de las familias —actual y futura—, y el papel que juega la solidaridad familiar en la redistribución de la renta y, por tanto, en el crecimiento económico.

Nuestro actual sistema de pensiones es un modelo de reparto, en el que los ingresos de cada ejercicio se financian con los gastos de ese mismo año. O lo que es lo mismo, con nuestras cotizaciones no compramos nuestra pensión, sino que financiamos las de aquéllos que ya han salido del mercado de trabajo y que previamente fueron solidarios con nuestros abuelos y bisabuelos. Es decir, los ciudadanos, hacemos un ejercicio “mensual” de solidaridad entre personas y generaciones y entre territorios y lo hacemos en la confianza de que otros lo harán con nosotros. Pero también es una realidad que un sistema de reparto exige, para su mantenimiento, un aumento suficiente de población que permita financiar el gasto creciente en pensiones y que, al menos en parte, se origina por el aumento en el número de pensionistas, consecuencia del incremento en la esperanza de vida y del envejecimiento de la población. Hay más personas mayores, que viven más años. Pero las tasas de natalidad tan bajas que tenemos en España no permiten dicho crecimiento y además atendiendo a la previsiones del INE, señaladas anteriormente, la población descenderá en las próximas décadas, lo que resulta difícilmente compatible con el actual modelo de pensiones. También se necesitan, para su sostenibilidad, unas tasas de empleo que aseguren cotizaciones suficientes para su financiación. Tasas de desempleo tan elevadas como las actuales tampoco aseguran su sostenibilidad futura.

Hay pues dos tareas urgentes para la sostenibilidad de nuestro estado de bienestar, y especialmente del sistema de pensiones de jubilación: la pro-

tección y apoyo a las familias que desean tener hijos y por tanto futuros cotizantes, y no pueden hacerlo; y medidas que incentiven la creación de empleo, que hagan posible compatibilizar el trabajo con la vida familiar. No puede haber una buena política de creación de empleo, separada de una política de familia; como no puede haber una verdadera política de igualdad entre hombres y mujeres, especialmente en lo que se refiere a la posición en el mercado de trabajo de cada uno de ellos atendiendo a sus circunstancias familiares, si no se desarrollan actuaciones en materia de conciliación y en general medidas de apoyo a la familia.

En el desempeño de estas tareas, resulta también imprescindible asegurar la sostenibilidad —en el corto y largo plazo— de las pensiones de jubilación, ya que son la principal fuente de ingresos de las personas mayores, aunque sus cuantías, para cerca del 30% de los jubilados que perciben complementos para mínimos, apenas llegan para cubrir sus necesidades básicas, y aún así ayudan a los más jóvenes de la familia. Y resulta imprescindible porque si no se asegura la sostenibilidad del sistema no podremos tampoco asegurar lo que hemos dado antes en denominar la *dignidad económica* de nuestros mayores y tampoco la de los miembros más jóvenes de las familias, porque cada vez más, estos últimos continúan dependiendo de aquellos.

Como sociedad debemos reconocer y respetar siempre la dignidad personal de todos, con independencia de la edad, pero también hay que proteger la *dignidad económica*, especialmente de los grupos de población más débiles y frágiles, y es en ese grupo en el que se encuentran las personas mayores y también los más jóvenes.

Analizando los resultados de nuestro trabajo, y confirmando la existencia de numerosas manifestaciones de la solidaridad de los mayores en la familia, no podemos sino afirmar, como lo hacen Esping-Andersen y Palier (2010), que la historia reciente confirma que la aparición de las jubilaciones públicas obligatorias ha tenido importancia tanto para los jóvenes como para los mayores, ya que ha permitido compartir los riesgos asociados al aumento en la esperanza de vida, no solamente la suya propia, sino también la de los padres y la obligación de darles apoyo financiero hasta una edad bien avanzada. Podría entenderse entonces que la protección social de las personas ancianas significa también una protección para los jóvenes. Pero el aumento del coste de las pensiones puede llevar a los más jóvenes a quejarse del alto nivel de los impuestos necesarios para pagarlas, pero es poco probable que estuvieran más satisfechos si las personas de mayor edad tuvieran que depender económicamente de su apoyo hasta el final de su vida, teniendo en cuenta el elevado aumento de la esperanza de vida, que supera, cada vez con mas frecuencia, los 90 años. Si pensáramos en términos de justicia intergeneracional, deberíamos ser capaces de poner las bases de un modelo de protección social para los que hoy son jóvenes al menos similar al que tuvieron nuestros padres. Como señalan los mismos autores “la reforma del sis-

tema de pensiones empieza por los bebés”. Si compartimos esta afirmación, es claro que resulta urgente la puesta en marcha de una política explícita, directa y arriesgada de apoyo a la familia, porque sino ni siquiera habrá bebés, y entonces los mayores no tendrán con quien seguir ejerciendo su solidaridad intergeneracional, que tan gratificante les resulta, porque el primer eslabón de esta cadena son nuestros niños.

En definitiva, del análisis de la solidaridad intergeneracional en la familia, atendiendo especialmente al papel que las personas mayores ejercen, se concluye que:

1. La familia es el espacio social más adecuado para avanzar en el conocimiento de lo que las personas mayores aportan a la sociedad, ya que podría decirse que es casi el único ámbito en el conviven varias generaciones a la vez. Resulta por ello un lugar privilegiado para el estudio de la solidaridad intergeneracional, aunque la limitación de datos estadísticos disponibles para el caso de España sólo permite ofrecer una cuantificación muy parcial de todo lo que este grupo de población ofrece a las generaciones más jóvenes, de manera gratuita y generosa. Esta escasez de información estadística no ha permitido hacer un estudio exhaustivo de todas las variables que determinan o inciden en la solidaridad intergeneracional. Pero no ha impedido demostrar, a través del análisis de indicadores parciales, y la elaboración de un nuevo Indicador Sintético de Solidaridad Intergeneracional (ISSIG), la importancia personal, social y económica de la familia, como institución clave en el desempeño de la solidaridad intergeneracional, visibilizando especialmente el papel que juegan en ella las personas mayores, tanto como beneficiarias de ayuda como oferentes de la misma.
2. Estos indicadores han permitido identificar y cuantificar, al menos una parte, de lo que los mayores aportan a la familia y por tanto a la sociedad. Además también proporcionan una serie de *recursos*, que aunque no puedan cuantificarse ni en términos monetarios ni de tiempo, les convierten en sujetos claves para la sostenibilidad de la familia, —transmisión de la cultura, papel en el proceso educativo, afectividad diferenciada, entre otros—. Del ejercicio *privado* de esta solidaridad intergeneracional no se benefician exclusivamente los miembros de la familia, sino la sociedad en su conjunto, lo que convierte a las personas mayores en un *valor social*, y en sujetos principales de nuestro *capital social*.
3. El papel que desempeñan las personas mayores en las relaciones personales, familiares y sociales resulta insustituible, o lo que es lo mismo, no es posible encontrar ninguna institución o agente social que pueda reemplazar plenamente las funciones que desempeña este

grupo de población. El valor social y económico que crean, especialmente a través de la familia, no puede ser generado por ninguna otra institucional social, convirtiéndoles en un grupo de población que merece un mayor reconocimiento —público y privado— no sólo por lo que hicieron, sino también y de manera especial, por lo que cada día siguen haciendo, con el objetivo de lograr para ellos un mayor apoyo social, económico y político. Las personas mayores no sólo no son una *carga social y económica*, sino que, incluso cuando están en situación de dependencia, aportan valores que sólo ellos son capaces de generar y transmitir, y que resultan imprescindibles para ayudar a construir una sociedad más humana y por tanto más *rica*.

4. El desempeño de la función de solidaridad no es una competencia exclusiva del estado, entre otras, por dos razones. La primera, porque sería inviable en términos económicos que los poderes públicos asumieran en solitario dicha función social y la segunda, porque haríamos depender su desarrollo exclusivamente de una decisión política. Esta no exclusividad le obliga a colaborar con otras esferas de ámbito privado, que la desempeñan de manera gratuita y generosa y entre las que se encuentran las familias. Por ello y para el correcto desempeño de la función de solidaridad intergeneracional que se lleva a cabo en ella, es necesaria una atención y protección especial de los poderes públicos, que deberá llevarse a cabo teniendo en cuenta el principio de subsidiariedad, lo que exige actuaciones que no sustituyan —excepto en casos excepcionales— el papel que en este ámbito desempeña la familia, especialmente en relación a las personas mayores.
5. Cualquier política pública, y especialmente la dirigida a la familia con personas mayores, debe reconocer y respetar la dignidad de cada uno de sus miembros, porque ésta tiene su origen en nuestro ser personal y es independiente de la edad, salud, o capacidad de *hacer*. Pero a la vez debe llevar a cabo acciones que permitan a todas las personas, especialmente a las de mayor edad, alcanzar la *dignidad económica*, asegurándoles unos recursos suficientes para que puedan tener la calidad de vida que merecen. Estas medidas de apoyo, que facilitan alcanzar a los colectivos más vulnerables la dignidad económica —en el caso que nos ocupa nos referimos especialmente a las pensiones de jubilación—, deben llevarse a cabo atendiendo a sus efectos sobre los saldos presupuestarios, pero también a criterios éticos que tengan en cuenta a la *persona*. Las medidas públicas, para ser eficientes, deben estar apoyadas en principios éticos, no sólo monetarios, sino ni siquiera podrán ser eficientes y no podrán alcanzar buenos resultados.



## BIBLIOGRAFÍA

- Abellán García, A., & Esparza Catalán, C. (2009). Solidaridad familiar y dependencia entre las personas mayores. *Informes Portal Mayores*, n.º 99.
- Adroher Biosca, S.(Coord.) (2000). *Mayores y familia*. Madrid: Instituto Universitario de la Familia, Universidad Pontificia Comillas.
- Ahn, N., & Mira, P. (2002). A note on the changing relationship between fertility and female employment rates in developed countries. *Journal of Population Economics*, 15(4), 667-682.
- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E., & Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: A psychological study of the strange situation*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Alberdi, I. (1999). *La nueva familia española*. Madrid: Taurus.
- Albertini, M., & Kohli, M. (2012). The Generational Contract in the Family: An Analysis of Transfer Regimes in Europe. *European Sociological Review*, 29(4), 828-840.
- Albertini, M., Kohli, M., & Vogel, C. (2007). Intergenerational transfers of time and money in European families: common patterns-different regimes? *Journal of European Social Policy*, 17(4), 319-334.
- Alvira Martín, F., & García López, J. (2009). El envejecimiento de la población y las relaciones intergeneracionales en España. *Cuadernos de Información Económica*, 209, 91-106.
- Arrondel, L., & Masson, A. (1999). Les transferts entre générations: L'Etat, le marché et les familles. *Futuribles*, (247), 5-40.
- Asamblea General de Naciones Unidas. (1948). Declaración Universal de Derechos Humanos.
- Attias-Donfut, C. (Ed.). (1995). *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, État*. Paris: Nathan.
- Attias-Donfut, C., Lapierre, N., & Segalen, M. (2002). *Le nouvel esprit de famille*. Paris: Odile Jacob.
- Attias-Donfut, C., & Segalen, M. (2007). *Grands-parents. La famille à travers les générations* (Segunda ed.). Paris: Odile Jacob.
- Badenes Plá, N., & López López, M. T. (2010). *Doble dependencia: abuelos que cuidan nietos en España*. Pamplona: Civitas.
- Baizán, P. (2005). The impact of labour market status on second and higher-order births. A comparative study of Denmark, Italy, Spain and United Kingdom. *DemoSoc Working Paper*, (11).
- Barrio Truchado, E. del. (2007). Uso del tiempo entre las personas mayores. *Boletín sobre el envejecimiento*, n.º 27. Imserso.

- Barudy, J., & Dantagnan, M. (2005). *Los buenos tratos a la infancia: Parentalidad, apego y resiliencia*. Editorial Gedisa.
- Bazo, M. T. (1996). Aportaciones de las personas mayores a la sociedad: análisis sociológico. *Reis*, 73, 209-222.
- Becker, G. S. (1981). Altruism in the Family and Selfishness in the Market Place. *Economica*, 48(189), 1-15.
- Bengtson, V., Giarrusso, R., Mabry, J. B., & Silverstein, M. (2002). Solidarity, Conflict, and Ambivalence: Complementary or Competing Perspectives on Intergenerational Relationships? *Journal of Marriage and Family*, 64(3), 568-576.
- Bengtson, V. L. (2001). Beyond the Nuclear Family: The Increasing Importance of Multigenerational Bonds. *Journal of Marriage and Family*, 63(1), 1-16.
- Bengtson, V. L., & Roberts, R. E. L. (1991). Intergenerational Solidarity in Aging Families: An Example of Formal Theory Construction. *Journal of Marriage and Family*, 53(4), 856-870.
- Ben-Israel, G., & Ben-Israel, R. (2002). La dignidad social de las personas mayores, su condición jurídica y su derecho de sindicación. *Revista Internacional del Trabajo*, 121(3), 277-300.
- Billari, F. C., Kohler, H.-P., Andersson, G., & Lundström, H. (2007). Approaching the Limit: Long-Term Trends in Late and Very Late Fertility. *Population and Development Review*, 33(1), 149-170.
- Billari, F., & Kohler, H.-P. (2004). Patterns of low and lowest-low fertility in Europe. *Population Studies*, 58(2), 161-176.
- Bowen, M. (1974). Toward the Differentiation of Self in One's Family of origin. In M. Bowen (Ed.), *Family Therapy in Clinical Practice* (pp. 529-547). Oxford: Rowman & Littlefield.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and Loss, Volume I: Attachment*. New York: Hogarth Press.
- Buchmann, M. C., & Kriesi, I. (2011). Transition to Adulthood in Europe. *Annual Review of Sociology*, 37(1), 481-503.
- Castro-Martín, T., & Martín-García, T. (2013). Fecundidad bajo mínimos en España: pocos hijos, a edades tardías y por debajo de las aspiraciones reproductivas. En: G. Esping-Andersen (Ed.), *El déficit de la natalidad en Europa. La singularidad del caso español*. Colección de Estudios Sociales (nº. 36). (pp. 48-88). Barcelona: Obra Social La Caixa.
- Cicerón, M. T. *Sobre la vejez*. Impreso en 2005. Traducido por R. Delicado Méndez. Madrid: Ed. Tal-Vez.
- CIS. (2012). *Familia y género. Estudio n.º 2.942*.
- CIS. (2014). *Barómetro de octubre 2014. Estudio n.º 3041*.
- CIS. (2015). *Barómetro de marzo 2015. Estudio n.º 3057*.
- Comisión Europea. (2011). *Eurobarómetro 75.4*.
- Comisión Europea. (2013). Comunicación de la Comisión al parlamento Europeo, al Consejo, al Comité Económico y Social Europeo y al Comité de las Regiones. Hacia la inversión social para el crecimiento y la cohesión. COM (2013) 83 final.



- Comité Económico y Social Europeo. (2011). Dictamen del Comité Económico y Social Europeo sobre el papel de la política familiar en el cambio demográfico. SOC/399.
- Connidis, I. A., & McMullin, J. A. (2002a). Ambivalence, Family Ties, and Doing Sociology. *Journal of Marriage and Family*, 64(3), 594-601.
- Connidis, I. A., & McMullin, J. A. (2002b). Sociological Ambivalence and Family Ties: A Critical Perspective. *Journal of Marriage and Family*, 64(3), 558-567.
- Creighton, M., Esping-Andersen, G., Rutigliano, R., & Van Damme, M. (2013). ¿Influye la inestabilidad de la pareja en la fecundidad? En G. Esping-Andersen (Ed.), *El déficit de natalidad en Europa. La singularidad del caso español*. Colección de Estudios Sociales. (nº. 36). (pp. 112-148). Barcelona: Obra Social La Caixa.
- De la Rica, S., & Iza, A. (2005). Career planning in Spain: do fixed-term contracts delay marriage and parenthood? *Review of Economics of the Household*, 3(1), 49-73.
- Doliger, C. (2008). La fécondité et ses déterminants économiques. Becker vs Easterlin. *Revue Économique*, 59(5), 955-971.
- Domingo Moratalla, A. (2006) *Ética de la vida familiar. Claves para una ciudadanía comunitaria*. Colección Ética Aplicada. Bilbao: Desclee de Brower.
- Donati, P. (1993). Pensamiento sociológico y cambio social: hacia una teoría relacional. *Reis*, 63, 29-51.
- Donati, P. (2003). *Manual de sociología de la familia*. Ediciones Universidad de Navarra. EUNSA.
- Donati, P. (2014). *La familia: el genoma de la sociedad*. Madrid: Rialp.
- Esping-Andersen, G., & Palier, B. (2010). *Los tres grandes retos del Estado del bienestar*. Barcelona: Ariel Ciencia Política.
- Eurostat. (2013). Glossary: Healthy life years (HLY). Tomado de: [http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Glossary:Disability-free\\_life\\_expectancy\\_%28DFLE%29&redirect=no](http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Glossary:Disability-free_life_expectancy_%28DFLE%29&redirect=no)
- Eurostat. (2015). Database. Tomado de: <http://ec.europa.eu/eurostat/data/database>
- Fukuyama, F. (2000). *La gran ruptura. Naturaleza humana y reconstrucción del orden social*. Barcelona: Ed. B.
- García-Pereiro, T., Pace, R., & Carella, M. (2015). La evolución de la primera cohabitación de las mujeres en España: ¿cambio o estabilidad? *Reis*, (151), 45-64.
- Gauthier, M., & Charbonneau, J. (2002). *Jeunes et fécondité: les facteurs en cause*. *Revue de la littérature et facteurs en cause*. Montréal: Institut National de la Recherche Scientifique.
- Gerhardt, S. (2008). *El amor maternal: La influencia del afecto en el desarrollo mental y emocional del bebé*. Barcelona: Albesa.
- Hank, K. (2007). Proximity and Contacts Between Older Parents and Their Children: A European Comparison. *Journal of Marriage and Family*, 69(1), 157-173.
- Hernández Rodríguez, R. (2003). Mayores: aspectos sociales. *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, 45, 133-151.



- Hill, R., Foote, N., Aldous, J., Carlson, R., & MacDonald, R. (1970). *Family development in three generations: A longitudinal study of changing family patterns of planning and achievement*. Schenkman Cambridge, MA.
- INE Instituto Nacional de Estadística. (2015a). Cifras de población.
- INE Instituto Nacional de Estadística. (2015b). Indicadores Demográficos Básicos.
- Instituto Nacional de Estadística. (2011). Encuesta de Empleo del Tiempo 2009-2010. Metodología. Madrid.
- Jansen, L. T. (1952). Measuring family solidarity. *American Sociological Review*, 17, 727-733.
- Jouve, N. (2012). *El manantial de la vida: genes y bioética*. Madrid: Encuentro.
- Kohli, M. (1999). Private and public transfers between generations: linking the family and the state. *European Societies*, 1(1), 81-104.
- Kohli, M., & Kunemund, H. (2003). Intergenerational transfers in the family: What motivates giving. In V. L. Bengtson & A. Lowenstein (Eds.), *Global aging and challenges to families* (pp. 123-142). New York: Aldine de Gruyter.
- López Hernández, D., Montoro Gurich, C., & Vinuesa Angulo, J. (2009). *Demografía: lecciones en torno al matrimonio y familia*. Tirant lo Blanch. Universidad de Navarra.
- López López, M. T. (Ed.). (2008). *Familia, escuela y sociedad. Responsabilidades compartidas en la educación*. Madrid: Ed. Cinca.
- López López, M. T. y Gómez de la Torre del Arco, M. (2011). *Mujer e igualdad de trato*. Madrid: Ed. Cinca.
- López López, M. T., & González Hincapié, V. (2015). *Posición de hombres y mujeres en el mercado laboral: diferencias desde una perspectiva de familia*. Madrid: Cátedra Extraordinaria de Políticas de Familia UCM-AFA.
- Luescher, K., & Pillemer, K. (1998). Intergenerational ambivalence: A new approach to the study of parent-child relations in later life. *Journal of Marriage and Family*, 60(2), 413-425.
- Lüscher, K. (2002). Intergenerational Ambivalence: Further Steps in Theory and Research. *Journal of Marriage and Family*, 64(3), 585-593.
- Mangen, D. J., Bengtson, V. L., & Landry Jr, P. H. (1988). *Measurement of intergenerational relations*. Beverly Hills, CA: Sage Publications, Inc.
- Masson, A. (2001). *Economie du débat intergénérationnel. Points de vue normatif, comptable, politique*. DELTA (Ecole normale supérieure).
- Masson, A. (2002). Economie des transferts entre générations : altruisme, équité, réciprocité indirecte, ambivalence. Démographie et économie. *Rapport pour le Conseil d'Analyse Economique*, 35, 241-256.
- McDonald, P. (2002). Les politiques de soutien de la fécondité: l'éventail des possibilités. *Population*, 57(3), 423-456.
- Meil Landwerlin, G. (2007). Consecuencias de la caída de la fecundidad sobre los intercambios entre generaciones. *Revista Internacional de Sociología*, 65(48), 9-31.

- Meil Landwerlin, G. (2011). *Individualización y solidaridad familiar*. Colección Estudios Sociales. n.º 32. Obra Social La Caixa.
- Montoro Gurich, C. (Coord.) (2013). *La familia, recurso de la sociedad*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.
- Mota, R., & Fantova, F. (2014). Relaciones familiares y comunitarias (primarias) como parte del capital social. Documento de trabajo 7.1. En *VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2014*. Fundación Foessa.
- Neugarten, B. L., & Weinstein, K. K. (1964). The Changing American Grandparent. *Journal of Marriage and Family*, 26(2), 199-204.
- Nye, F., & Rushing, W. (1969). Toward family measurement research. En E. Hadden, J.; Borgatta (Ed.), *Marriage and family* (pp. 133-140). FE Peacock Itasca.
- Pastor Ramos, G. (1997). *Sociología de la familia. Enfoque institucional y grupal*. Salamanca: Sígueme.
- Pérez Adán, J. (2005). *Repensar la familia*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- Pérez Díaz, J. (2004). Poder tener abuelos: la normalización demográfica española. En *II Congreso: La familia en la sociedad del siglo XXI. Libro de ponencias*. FAD.
- Popenoe, D. (1993). American family decline, 1960-1990: A review and appraisal. *Journal of Marriage and the Family*, 55, 527-555.
- Pujol Rodríguez, R., Abellán García, A., & Ramiro Fariñas, D. (2014). La medición del envejecimiento. *Informes Envejecimiento en red*, No. 9.
- Riley, M. W., & Riley, J. W. (1993). Connections: Kin and cohort. En W. A. Bengtson, Vern L., Achenbaum (Ed.), *The changing contract across generations* (pp. 169-190). New York: Aldine de Gruyter.
- Rodríguez Cabrero, G., Rodríguez Rodríguez, P., Castejón Villarejo, P., Morán Aláez, E. (2013) *Las personas mayores que vienen. Autonomía, solidaridad y participación social*. Colección Estudios de la Fundación nº1. Madrid: Fundación Pilares para la Autonomía Personal.
- Rogero García, J. (2010). *Los tiempos del cuidado: el impacto de la dependencia de los mayores en la vida cotidiana de sus cuidadores*. Imsero.
- Rosenzweig, M. R., & Wolpin, K. I. (1993). Intergenerational support and the life-cycle incomes of young men and their parents: Human capital investments, coresidence, and intergenerational financial transfers. *Journal of Labor Economics*, 84-112.
- Rossi, A. S., & Rossi, P. H. (1990). *Of human bonding: Parent-children relationship across the life course*. New York: Aldine de Gruyter.
- Roussel, L. (1995). La Solidaridad Intergeneracional. Ensayo de perspectivas. *Reis*, (70), 11-24.
- Sanz Andrés, M. J. (2011). Crianza saludable: presente y futuro de nuestros bebés. En D. Casado (Ed.), *Acción y políticas de apoyo a las familias: crianza, atención a la dependencia y fecundidad* (pp. 53-96). Barcelona: Hacer editorial.
- Silverstein, M., Conroy, S. J., Wang, H., Giarrusso, R., & Bengtson, V. L. (2002). Reciprocity in parent-child relations over the adult life course. *The Journals of Gerontology Series B: Psychological Sciences and Social Sciences*, 57(1), S3-S13.

- Silverstein, M., & Giarrusso, R. (2010). Aging and Family Life: A Decade Review. *Journal of Marriage and Family*, 72(5), 1039-1058.
- Tobío, C. (2012). Reciprocity and solidarity in intergenerational relationships. *Papers Revista de Sociología*, 97(4).
- Torras de Beà, E. (2010). *La mejor guardería: tu casa. Criar saludablemente a un bebé*. Barcelona: Plataforma Editorial.
- Villar, A. (2010). Desarrollo humano: 1980-2010.
- Winnicott, D. W. (1998). *Los bebés y sus madres*. Barcelona: Paidós.
- Zamagni, S. (2012). *Por una economía del bien común*. Madrid: Ciudad Nueva.

## RESEÑA DE LOS AUTORES

### **María Teresa López López**

Doctora en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense (UCM) con la máxima calificación (Cum Laude). Fue Decana de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la UCM y actualmente dirige la *Cátedra Extraordinaria de Políticas de Familia UMC-AFA*. Ha escrito más de 20 libros, y casi un centenar de artículos. En su labor de transmisión del conocimiento ha desarrollado numerosos trabajos de asesoramiento a instituciones públicas, participando como experta en la elaboración de distintos Planes de Familia estatales, autonómicos y locales y en distintas ocasiones ha comparecido como experta, en el Congreso de los Diputados y en la Comisión del Pacto de Toledo para valorar distintas propuestas de normas de carácter social. Ha recibido numerosos reconocimientos y premios por su trabajo: Medalla de Honor de la Universidad Complutense de Madrid y Premio de Investigación del Consejo Económico y Social; entre otros. Su actividad docente la lleva a cabo en el Departamento de Economía Aplicada VI (Hacienda Pública y Sistema Fiscal) de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la UCM de Madrid en el que es profesora titular. Actualmente es también Presidenta del Comité de Bioética de España.

### **Viviana González Hincapié**

Licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense de Madrid (Premio Extraordinario). Máster en Políticas Públicas y Sociales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Actualmente es ayudante de investigación en la Cátedra Extraordinaria de Políticas de Familia Universidad Complutense-Acción Familiar.

### **Antonio Jesús Sánchez Fuentes**

Doctor cum laude —premio extraordinario de Doctorado— en Economía por la Universidad Pablo de Olavide y licenciado en Matemáticas por la Universidad de Sevilla. Actualmente trabaja como profesor Contratado Doctor en la Universidad Complutense de Madrid y pertenece al grupo de investigación Governance and Economics research Network (GEN) en calidad de investigador asociado. Además ha trabajado como consultor externo del Banco Central Europeo y la Comisión Europea, como profesor ayudante (Doctor) en la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla, España) y como ayudante de investigación en la Fundación centrA. Sus principales áreas de investigación son la economía pública y la economía computacional.

